

En busca de la chispa en la pradera

*El sujeto revolucionario
en la intelectualidad
orgánica de izquierda
en Ecuador, 1975-1986*

Andrés Madrid



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR

Ecuador

25 años



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

En busca de la chispa en la pradera
*El sujeto revolucionario en la intelectualidad orgánica
de izquierda en Ecuador, 1975-1986*

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 226

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR
Toledo N22-80 • Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL
Roca E9-59 y Tamayo • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 255 4358, 255 4558 • Fax: ext. 12
www.cenlibrosecuador.org • cen@cenlibrosecuador.org

Andrés Madrid

En busca de la chispa en la pradera
*El sujeto revolucionario en la intelectualidad orgánica
de izquierda en Ecuador, 1975-1986*



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

25 años



CORPORACIÓN
EDITORA NACIONAL

Quito, 2018

En busca de la chispa en la pradera
El sujeto revolucionario en la intelectualidad orgánica
de izquierda en Ecuador, 1975-1986

Andrés Madrid

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 226

Primera edición:

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Corporación Editora Nacional
Quito, abril de 2018

Coordinación editorial:

Quinche Ortiz Crespo

Armado:

Margarita Andrade Rivera

Impresión:

Ediciones Fausto Reinoso,

Av. Rumipamba E1-35 y 10 de Agosto, ofic. 103, Quito

ISBN Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador:
978-9978-19-852-0

ISBN Corporación Editora Nacional:
978-9978-84-995-8

Derechos de autor:
053424

Tiraje: 300 ejemplares

Título original: *En busca de la chispa en la pradera:*
El sujeto revolucionario en el pensamiento de la intelectualidad orgánica
de izquierda en Ecuador durante el período 1975-1986
Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios Latinoamericanos,
con mención en Política y Cultura
Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos, 2015
Autor: *Andrés Madrid Tamayo* (correo e.: *andresmadrid1@hotmail.com*)
Tutor: *Santiago Cevallos González*
Código bibliográfico del Centro de Información: T-1712

La versión original del texto que aparece en este libro fue sometida a un proceso de revisión de pares ciegos, conforme a las normas de publicación de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, y de esta editorial.

Índice

Introducción / 9

Capítulo I

La búsqueda en una amplia pradera / 15

El sujeto revolucionario como la chispa de la tradición marxista / **19**

Una llamarada se advierte: La experiencia latinoamericana / **35**

Capítulo II

En búsqueda de la chispa en la(s) izquierda(s) ecuatoriana(s) / 45

Partidos legales y semilegales: El sujeto revolucionario en disputa / **50**

Las organizaciones político militares: El sujeto revolucionario como tautología / **74**

Capítulo III

La enredada chispa de la pradera ecuatoriana / 81

«El sujeto revolucionario somos los revolucionarios» / **82**

El sujeto revolucionario como población sufragante / **87**

El pueblo como contenedor del todo y la nada / **94**

La clase obrera industrial desde el paradigma de la izquierda positivista / **100**

El proletariado como sujeto político negativo / **105**

Consideraciones finales / 113

Epílogo

Llamarada o glacialización de la pradera / 119

Bibliografía / 121

*A la memoria de Dolores Cacuango, intelectual orgánica
y comunista, símbolo de la unidad de los obreros,
los campesinos y los indígenas explotados del Ecuador.*

Introducción

Aquí viene un antiguo proverbio chino: «una sola chispa puede incendiar la pradera». En otras palabras, nuestras fuerzas, aunque muy pequeñas ahora, se desarrollarán con gran rapidez.

Mao Tse-tung

El proverbio chino, parafraseado por Mao: «una sola chispa puede incendiar la pradera» (Mao 1972, 127), buscaba combatir la actitud pesimista que minimizaba el rol de las fuerzas subjetivas de la revolución, las mismas que llegaron a tener un peso fundamental en la construcción del *poder rojo*, elemento sin el cual hubiera sido imposible el triunfo definitivo de la Revolución china.

La bella metáfora de que «la chispa» (condiciones subjetivas) en una «pradera» (condiciones objetivas) podría hacer que esta «arda como una llamarada» (Mao 1972, 130), deviene en motivación para que las fuerzas de la revolución impulsen su épica, a pesar de las adversidades.

Hemos adoptado la alegoría maoísta para referirnos, en particular, al sujeto revolucionario. El título de este libro, *En busca de la chispa en la pradera*, alude al objetivo de comprender qué era el sujeto revolucionario para la intelectualidad orgánica de la izquierda ecuatoriana en el período comprendido entre 1975 y 1986. ¿Cómo pensaba, en el lapso mencionado, la intelectualidad orgánica de la izquierda ecuatoriana al sujeto revolucionario?

El sujeto revolucionario tuvo interpretaciones diversas, divergentes. No poseía la misma definición para las corrientes autodefinidas como comunistas: Partido Comunista del Ecuador (PCE); Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT); o para las socialistas, como el Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE); tampoco para las maoístas como el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE); o las nacionalistas como Alfaro Vive Carajo (AVC) y Montoneras Patria Libre (MPL); asimismo, para las guevaristas como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Por consiguiente, esta investigación, ahonda

sobre la comprensión que se tuvo, en torno al sujeto revolucionario, al interior de las diversas tendencias de la izquierda referidas en este estudio.

Es importante subrayar que las diferencias existentes entre los partidos, no solamente operan en torno a la interpretación de este objeto de estudio, sino que aparecen en la misma constitución de las organizaciones, tanto en el ámbito orgánico como el político. Existieron organizaciones que estaban más cerca del concepto de partido que derivaba del leninismo (como PCE, PCMLE, MIR), otras del liberalismo (PSE), y otras a la idea de un «foco» en germen, de perspectiva guerrillera, en general las organizaciones político militares (OPM). Algunas establecieron una dicotomía entre partido de masas (PSE) y partido de cuadros (PSRE). Ciertas estructuras políticas aquí estudiadas, difícilmente podrían ser definidas como partidos, por lo menos desde el punto de vista clásico del partido marxista (OPM, AVC, MPL). Consideramos que, inclusive, varias organizaciones autodefinidas como partidos leninistas o maoístas, no se «ajustaron» a las consignas clásicas generales de estas corrientes del marxismo, y que su praxis fue más cercana a la idea de partido que se cultivaba desde la socialdemocracia alemana.¹ De esta forma, la utilización del genérico «partido», para las organizaciones aquí estudiadas, toma en cuenta las diferencias existentes tanto política como orgánicamente, y aprecia su crecimiento concreto en el país y las masas.

El corte temporal escogido, 1975-1986, comienza con la declaratoria de la primera huelga nacional del Frente Unitario de Trabajadores (FUT), el 13 de noviembre de 1975, y el ascenso de la lucha de clases, encabezado por el movimiento obrero. Culmina con la caída de los proyectos que conformaron, de una u otra forma, el campo de la revolución (descabezamiento de AVC, liquidación de otras formas de subversión como MPL y OPM,² extinción del PSRE, consolidación de la línea electoral en la mayor parte de los partidos de izquierda –como el PSE, el PCMLE y el PCE–, disgregación del MIR en varias fracciones, desaparición del MRT), y el ascenso de formas de lucha no clasistas, agrupadas en el advenimiento de los «movimientos sociales».

El período, además, está caracterizado por una confluencia de factores. En el ámbito económico se hallan dos fenómenos: el *boom* petrolero, que permitió generar una dinámica de crecimiento en el tejido capitalista –y a su vez el incremento de un sector importante de la clase obrera industrial y del aparato

1. Esta formulación se desmarca de la noción normativa de aplicabilidad correcta o incorrecta de una idea. Es decir, no se propone como error el no haber trasladado el «esquema» maoísta o leninista a Ecuador. Lo que afirmamos es que existió más correspondencia en la práctica de algunos de los partidos analizados, a momentos, con la base doctrinal de espíritu socialdemócrata que leninista o maoísta.
2. Hacemos referencia a la organización político militar liderada por Kléber Gía Bustamante.

burocrático estatal–, y el ingreso del Ecuador al ciclo neoliberal, de manera más clara, desde la presidencia de Oswaldo Hurtado (1981-1984).

En lo político, se encuentran dos momentos clave. En primer lugar, la década del 70 estuvo marcada por la dictadura «nacionalista y revolucionaria» de Guillermo Rodríguez Lara (1972-1975), y la del Triunvirato Militar (1975-1978). Las mismas contrastaron dos experiencias dictatoriales, las cuales serían sintetizadas, en parte del imaginario de izquierda, como «una dictadura progresista y otra conservadora» (Terán 1994, 20). En segundo lugar, el arribo del período democrático, y el ocaso de Jaime Roldós (1979-1981), que abrió la posibilidad de la participación electoral –vista como una oportunidad por un segmento de la izquierda (PCE-FADI,³ PSE, PCMLE-MPD⁴), así como el apareamiento de una perspectiva crítica, que consideraba al ciclo electoral como un «cambio incambiado», idea que se refería a los logros del sandinismo, los cuales obnubilaron a una parte importante de la izquierda (sobre todo a las OPM y al MIR). En resumen, la modernización capitalista, las nuevas formas de gobierno, el retorno a la democracia y el marco internacional de lucha de la izquierda latinoamericana, fueron los factores sobre los cuales se erigió la praxis de la izquierda en Ecuador.

En el ámbito social, la marca más fuerte es, sin duda, la del movimiento obrero que, con una significativa población sindicalizada y una alta tasa de conflictos laborales (Dávila 1992; Ibarra 2011), impone los escenarios de discusión política nacional, en ajuste a sus intereses gremiales, y a las reclamaciones más amplias del campo popular. El movimiento trae el crecimiento general de la conflictividad social, dispuesta en torno al estudiantado y los sectores jóvenes de las clases medias (Terán 1994, 14), una población inclinada a pensar en la radicalización de la política y la lucha armada, y motivada por el accionar guerrillero latinoamericano, sobre todo nicaragüense, salvadoreño y colombiano.

La propuesta teórica del estudio se proyecta en el concepto de *intelectualidad orgánica* formulado por el marxista italiano Antonio Gramsci. Este comprende a los intelectuales orgánicos, bajo la fórmula «dirigente + militante» que, en nexos con la lucha partidaria, desarrolla determinadas ideas y nociones, y marca tendencias ideológicas al interpretar y aplicar la noción de sujeto revolucionario. Esta versión de lo intelectual-orgánico se opone a la comprensión de origen liberal, la cual superpone la acción del individuo por sobre las masas. En este sentido, este trabajo no endosa a las «genialidades individuales» la responsabilidad de la creación teórica. Al contrario, entiende a los intelectuales orgánicos como la expresión de un «intelectual colectivo» (el partido para Gramsci)

3. FADI: Frente Amplio de Izquierda. Expresión electoral delPCE.

4. MPD: Movimiento Popular Democrático. Expresión electoral delPCMLE.

que abandera una determinada tendencia política-ideológica, integrada en un particular contexto histórico-social.

En esta línea, los partidos analizados representan la voz de una intelectualidad de carácter colectivo, que delinea una relación dialéctica entre los dirigentes y los partidos en cuestión. O, lo que es igual, entre el campo político intelectual y el campo de la praxis partidaria. Por ello se utiliza, indistintamente, el concepto de intelectual orgánico y de partido político, al considerarlos términos que tienen concomitancia al interior de la perspectiva marxista.

Asumir el riesgo de pensar en el sujeto revolucionario, probablemente despierte «sospechas» –en una época azotada por la lógica posmoderna e institucional–, por su supuesta atemporalidad, y por estar fuera de la discusión actual. Parecería que en décadas pasadas, la discusión fue agotada e históricamente «superada». Sin embargo, coincidiendo con Emir Sader (2009), uno de los problemas más asiduos de la izquierda latinoamericana –en contraposición a su enorme arrojó en la disputa política práctica– fue la ausencia de una reflexión teórica que le permitiera generar rupturas en el pensamiento. Por ello, si es que la lucha práctica no estuvo acompañada, en la misma intensidad, por el desarrollo teórico; existe la urgencia de replantear un problema que no fue abordado ni teórica ni políticamente en toda su dimensión.

Si bien la concepción sobre el sujeto revolucionario no es el determinante absoluto en la lucha política, es un factor integrante. No intentamos reducir la problemática de la izquierda a la definición de quién va a hacer la revolución, dado que las posibilidades de realización de un proceso tan complejo como la revolución –quizás el de mayor complejidad histórica–, comprende múltiples variantes materiales e ideológicas, que exceden a este tema en particular. Sin embargo, planteamos un aporte al conjunto de desafíos de la izquierda, a partir de un fragmento de la problemática: el sujeto revolucionario, el cual no ha sido estudiado a fondo.

Al hablar de la «categoría» sujeto revolucionario, hacemos referencia a actores sociales concretos, que actúan, dinamizan y se crean en una determinada conflictividad. Pensando con E. P. Thompson, no interesa entender al sujeto revolucionario como algo acabado, menos aún como un designio o fatalidad de la historia, sino más bien como una creación particular, que se forja en el terreno de la lucha de clases.

La clase obrera, el campesinado, los pobladores y los sectores estudiantiles fueron, a su modo, protagonistas del período propuesto (1975-1986); por ello, es necesario entender qué implicaban, para las variantes de izquierda, dichos sectores sociales. En esta lógica, no asumimos al sujeto revolucionario desde el paradigma economicista del marxismo positivista, que abandera la idea de un sujeto predeterminado por la evolución económica. Por el contrario, se entiende al sujeto revolucionario en la perspectiva política marxista, para

la cual la lucha, la pasión y el conflicto político de clase es el escenario de su configuración, al interno de una determinada trama histórica.

Los campos disciplinarios en los que gravita este texto son la filosofía política marxista, la historia de las ideas y la historia de la izquierda ecuatoriana. Su contribución académica, en síntesis, es determinar qué pensó la izquierda ecuatoriana del período sobre el sujeto revolucionario. Para esto hemos establecido un esquema de interpretación e identificación de determinados sujetos, expuestos a momentos como tipos ideales en las tradiciones de izquierda, y que fueron enarbolados, por cada uno de los partidos en cuestión, como los sujetos de la revolución ecuatoriana.

El libro se ha dividido en tres capítulos: en el capítulo I, se desarrolla el concepto de sujeto revolucionario desde la tradición de pensamiento marxista en Europa y Latinoamérica, con la finalidad de generar un soporte que entre en diálogo y/o tensión con la problemática ecuatoriana. Como punto de partida, se realiza una caracterización general de los conceptos sujeto revolucionario/sujeto histórico. A continuación, se analizan las tesis acerca del sujeto revolucionario en Marx, Lenin, Mao, Gramsci y Mariátegui. Luego, se indaga a otros autores del marxismo en Occidente (Lukács, Lefebvre, Korsch, Mattick, Pannekoek y Marcuse), y se culmina con los aportes de la lucha revolucionaria latinoamericana: la Revolución cubana, la Revolución sandinista, la «vía chilena al socialismo» y la teología de la liberación.

En el capítulo II se trabaja en torno a la particular comprensión del sujeto revolucionario en los partidos de izquierda ecuatoriana del período 1975-1986: PCE, PSRE, PSE, PCMLE, MIR, MRT y AVC.

En el capítulo III, se establece un diálogo entre las preguntas: ¿cómo se pensó al sujeto revolucionario en la tradición marxista internacional?, y ¿cómo se pensó el sujeto revolucionario en la izquierda ecuatoriana del período 1975-1986? Aquí se delimitan las tesis y puntos de vista convergentes de cada una de las tradiciones partidarias (PCE, PSRE, PSE, PCMLE, MIR, MRT, AVC), y se agrupa al sujeto revolucionario, pensado desde la izquierda en ese lapso, en las siguientes figuras o denominaciones: I. El militante revolucionario; II. El pueblo; III. La población sufragante; IV. El proletariado como clase obrera industrial, y V. El proletariado como sujeto negativo.

En función de lo antes señalado, el presente estudio busca repensar a la izquierda, y realizar un análisis que permita considerar las posibilidades de producción teórica actual, en conexión con lo que, en términos históricos, ha sucedido; esto se efectúa con la finalidad de identificar, las fórmulas políticas que en la práctica se alejaron de la senda de la revolución y, por consiguiente, de la construcción de la sociedad de los/as trabajadores/as.

CAPÍTULO I

La búsqueda en una amplia pradera

Proletario que mueres de universo, ¿en qué frénética armonía acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente, tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana dantesca [...], de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo!

César Vallejo

La revolución contemporánea es proletaria porque el proletariado es la única fuerza del mundo moderno que, además de estar vitalmente interesada en la subversión radical del orden social imperante, está en capacidad de llevar a cabo esa subversión. Es precisamente la que le confiere su carácter de sujeto histórico de la revolución contemporánea. La sociedad, por la que lucha la clase proletaria, es una sociedad cuya base económica no permite la división de los hombres en clases de intereses antagónicos: una sociedad comunista.

Bolívar Echeverría

El hombre nuevo está en la punta del cerro.

Omar Cabezas, exguerrillero sandinista

¿Cómo se ha desarrollado el debate sobre el sujeto revolucionario en Ecuador y América Latina?, ¿cuáles han sido las particularidades de este debate?, ¿cuáles son los antecedentes discursivos a la interpretación del sujeto revolucionario en la intelectualidad orgánica de izquierda en Ecuador? Las respuestas a estas interrogantes son el objetivo de este capítulo; para ello, se realiza un acercamiento a las distintas formulaciones teóricas que, desde el marxismo, han dado explicación al problema del sujeto revolucionario.

En esta investigación planteamos como antecedentes las diferencias que, en su aspecto más general, se presentan en la interpretación marxista acerca del concepto de sujeto revolucionario. El objetivo es establecer, como punto

de partida, los distintos matices al interno de dicha tradición, para luego abordar las propuestas planteadas por los partidos de izquierda en Ecuador en el período 1975-1986, cuando se identifica a un actor social específico en la lucha política revolucionaria. Cabe mencionar que, dado el carácter de la propuesta de investigación, el itinerario se mantiene en los límites de aquellos autores que se adscriben o dialogan con el marxismo.

En términos metodológicos, la revisión parte por comprender, desde el aspecto más general, qué se entiende por sujeto revolucionario, sujeto histórico y sujeto de la historia. En segundo lugar, se revisa de manera particularizada las propuestas en torno al sujeto revolucionario, en los autores de la primera y segunda generación del marxismo: Marx, Lenin, Mao y Gramsci, a los que incorporamos a Mariátegui, por presentar un análisis que, al tiempo de mantener rigurosidad recreativa con los planteamientos centrales del marxismo, advierte e incluye las particularidades latinoamericanas. Continuamos el estudio con el análisis del concepto sujeto revolucionario en otros autores marxistas: Lukács, Lefebvre, Korsch, Pannekoek, Mattick y Marcuse. Para finalizar, trabajamos desde los aportes de las propuestas latinoamericanas contenidas en los procesos revolucionarios más influyentes de la región, las Revoluciones cubana y sandinista; la «vía chilena al socialismo», y la teología de la liberación.

SUJETO DE LA HISTORIA, SUJETO HISTÓRICO Y SUJETO REVOLUCIONARIO

Si bien es común utilizar los conceptos de sujeto de la historia, sujeto histórico o sujeto revolucionario de forma indistinta, en este esfuerzo introductorio se recogen ciertos aportes teóricos que permiten colocar hitos conceptuales de partida, antes de desarrollar las distintas acepciones que el marxismo, en sus expresiones particulares, les ha otorgado.

Comencemos, entonces, por afirmar que «todo marxista, preocupado de alguna manera por los problemas filosóficos, parte necesariamente de la visión antropocéntrica de la historia que Marx y Engels heredaron de Kant y de la Ilustración alemana en general: el hombre está situado en el centro del mundo social creado por el hombre mismo» (Lichtheim 1973, 119). Kant es quien inaugura, en la filosofía, la consideración del hombre como sujeto de la historia, en contraposición al providencialismo del medioevo.⁵ El hombre, en

5. Como antecedentes a la consideración del hombre como centro de la historia, podemos destacar el despliegue del protestantismo en Europa, así como el rol del sujeto en la secularización política con Nicolás Maquiavelo. De esto, progresivamente, se desprende la centralidad del

tanto género humano, en la versión de Kant, se constituye simultáneamente como género-individuo, cuya esencia no es algo dado, sino que se crea como resultado de la actividad de los propios hombres. Esta concepción fundamental de la relación entre el hombre-humanidad y la historia, es determinante para el desarrollo posterior de toda la filosofía clásica alemana y para el marxismo.

Este tema fue tratado por el pensador y político ruso Mijail Shitikov en su artículo «El problema del hombre como sujeto de la historia en la filosofía clásica alemana» (1982). En ese texto, el autor destaca el carácter creativo de la relación hombre-mundo, intrínseco a la concepción kantiana de la centralidad del hombre, y su capacidad de perfeccionarse a sí mismo por medio de la razón.

La centralidad del sujeto de la historia, como problema de conocimiento, se explica en la relación del hombre con el mundo social e histórico, y en su protagonismo. Shitikov, citado por Pupo Sintras (2006), define el concepto de sujeto de la historia postulando que «el significado más compartido del término sujeto de la historia es el que lo define como *aquel* que hace la historia, el portador de aquella actividad que conduce a cambios en la vida de la sociedad, a su transformación y desarrollo» (Shitikov 1986, 158-71), (énfasis en el original).

Pupo Sintras señala que «el sujeto de la historia no tiene un carácter ontológico como tal y que no se puede confundir con el sujeto histórico, porque se trata de una categoría filosófica que permite llegar a una comprensión cosmovisiva y profunda de la historia, como orientación y guía para la actividad humana» (2006, 2). La diferencia, entonces, radica –desde el punto de vista ontológico– en el entramado histórico desde donde se configuró el sujeto histórico y en la capacidad de realización de la obra transformadora del sujeto de la historia. Sobre la base de esta lectura, el sujeto de la historia y el sujeto histó-

hombre como principio ordenador del mundo, y la insuficiencia del orden celestial para realizar lo nuevo: la ciencia, el comercio, el Estado. Todo lo existente comienza a ser explicado a partir de principios que no exceden a los propios hombres, sino, por el contrario, que son creados por los mismos. Como diría Aníbal Ponce: «El interés por lo inmediato y lo terrenal ha sustituido a la fe de la inmortalidad del individuo, y el consuelo de un Paraíso para después de la muerte empalidecen frente a la confianza en el progreso indefinido y en el concepto humano de la gloria» (Ponce 1975, 239). Cristóbal Colón, Nicolás Copérnico, Giordano Bruno, Galileo Galilei no solo fueron grandes personalidades, fueron el síntoma de una época en la que los «ídolos de barro» cedían posiciones a los «mortales de carne y hueso». Sin embargo, el concepto de lo «humano» se acota aún más. El *cogito* cartesiano se constituye en la síntesis de lo humano. En esta línea, en una de las máximas del pensamiento raciológico, Friedrich Hegel dice «todo lo real es racional, todo lo racional es real». De ahí que, en el análisis de Ponce, la razón, tendiente cada vez más a la «cuantificación» (a la *calculabilidad* en la versión de Lukács), hace que el mundo del interés mercantil adopte la forma material pergeñada por las mentes de la nueva clase en ascenso: la burguesía; de lo cual resulta que: «es el dinero el dios sobre la tierra» (Sanch citado por Ponce 1975, 240).

rico no tienen un carácter inmanente (biológico), sino que únicamente pueden ser explicados a partir de la intervención de los propios hombres en la realidad, de manera consciente, por medio del trabajo. Lukács en la *Ontología del ser social* dice que «la esencia del trabajo consiste, justamente, en la capacidad de fijación del ser viviente en la relación biológica con su ambiente» (2004, 38). De esta forma, el sujeto de la historia solo puede ser entendido mediante una reflexión filosófica del mundo, alimentada por una concepción materialista, en el sentido de la historia como realización de los mismos hombres.

Ahondando esta perspectiva, Marx y Engels plantean que la raíz de todo sujeto histórico está en la lucha de clases (motor de la historia). Sin embargo, el sujeto mismo no es reductible únicamente a la clase, sino que puede amalgamar varias capas, clases, estratos y categorías sociales, cuya configuración se asocia al desarrollo de las fuerzas productivas. Metodológicamente, se puede extraer de sus textos tempranos –como el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848)– un segundo momento de constitución del sujeto histórico, en el que la lucha de clases se configura como lucha política, cuando se da la «organización de los proletarios en una sola clase y con un partido político» (Marx y Engels 1998, 51), frente a la tendencia conservadora de las clases dominantes que apelan al apoyo de los subalternos.

Sin embargo, para dar el salto a la asociación revolucionaria, Marx señala, en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* escrito en 1852, la importancia de un proceso previo, que debe darse en el sujeto de la transformación. A esto lo denomina: el paso de la «clase en sí» a la «clase para sí», es decir, un conjunto de obreros aislados (momento pre-político), solo puede alcanzar su mayor grado de conciencia si se organiza y asume la responsabilidad/necesidad histórica de transformación de la realidad (momento político). La clase para sí es ya una categoría que enuncia la posibilidad de la acción política organizada, donde el obrero deja su actitud pasiva y pasa a la acción revolucionaria. Por su parte, la clase dominante, a pesar de sus intentos, no podría evitar que se cualifiquen y adquieran conciencia de su papel histórico. Un tercer momento, en el que el sujeto histórico podría –según Marx– tomar mayor relevancia, sería «en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace», cuando se convierte en «guerra civil abierta» (Marx 1998, 54).

Si bien Marx y Engels se refieren en el *Manifiesto* a la revolución proletaria, esta caracterización del sujeto, como resultado del movimiento histórico, ha sido utilizada del mismo modo en otros de sus análisis, como el descrito en *La guerra civil en Francia* (1871). Marx, por tanto, no se remite solamente a una teoría de las clases sociales, sino que demuestra el modo en que la configuración de un sujeto, capaz de transformar la vida de la sociedad, pasa por las estructuras económico-productivas, y por la historia real.

Siguiendo a Caycedo Turriago, podríamos afirmar:

La historia clásica del sujeto revolucionario o transformador admite comprenderla como un tránsito de lo simple a lo más complejo, de las expresiones de identidad y conciencia «naturales» o espontáneas a la autoconciencia; de la dispersión [...] a su unidad mediante la asociación; de su dependencia frente a la clase dominante, a su autonomía hegemónica que reúne la fuerza y la masa crítica para derrocar el poder existente. (Caycedo Turriago 1999)

Lo anterior define la importancia del sujeto histórico (colectivo) como agente transformador de la realidad; de la cual es producto y a la vez productor, puesto que dispone de capacidad para cambiarla mediante la organización y la lucha política.

En adelante, analizaremos el concepto de sujeto histórico en varios pensadores de la tradición marxista, considerando algunos parámetros metodológicos para guiar el proceso y proyectando algunas reflexiones hechas por Pupo Sintras (2006). Para ello, se parte de tres consideraciones: 1. establecer al sujeto histórico en unidad con la dinámica general del capitalismo, desde el punto de vista de las crisis capitalistas y la emergencia de procesos revolucionarios; 2. analizar el sujeto revolucionario al interior de determinados sistemas de ideas que delimitan la constitución de un tipo ideal de sujeto, y 3. recoger contextualmente el sentido del movimiento histórico y de la lucha política, para así vislumbrar a un sujeto histórico dinámico y en construcción permanente.

A partir de estas consideraciones, abordaremos la conceptualización de sujeto histórico/sujeto revolucionario, utilizando de forma indistinta dichas categorías, puesto que de esa forma se encuentran en el desarrollo de las distintas vertientes del pensamiento marxista y de izquierda.

EL SUJETO REVOLUCIONARIO COMO LA CHISPA EN LA TRADICIÓN MARXISTA

A riesgo de proferir una perogrullada, afirmamos que no existe *una* izquierda, sino *varios* tipos de izquierda. Esta hipótesis proviene de una vieja tradición. De hecho, Marx y Engels, ya en el *Manifiesto*, expusieron los distintos tipos de socialismo existentes para la época,⁶ los cuales presuponían al socialismo –izquierda– como un ámbito de disputa, susceptible de adoptar

6. En el *Manifiesto* se plantean los diversos tipos de socialismo, esquematizados de la siguiente forma: 1. los socialismos reaccionarios –a) el socialismo feudal; b) el socialismo pequeño-burgués; c) el socialismo alemán o «verdadero»–; 2. el socialismo burgués o conservador; 3. el socialismo y el comunismo crítico-utópicos, y 4. el socialismo científico (Marx y Engels 1998, 68-78).

diversas posturas, no necesariamente de corte revolucionario. Cabe advertir la caracterización de lo revolucionario excede a la simple utilización del término: un partido puede autodefinirse como «socialista» o «revolucionario», pero profesar una práctica conservadora, socialdemócrata o liberal.

En la acción teórico-política de Marx y Engels, las luchas entre variantes del socialismo no se detuvieron allí. Las críticas a los programas de Gotha y Erfurt, las polémicas con Lassalle y Proudhon, las discusiones con Bakunin, dan cuenta de un ambiente de hostilidad entre posturas. Estas no discrepaban solo por problemas formales –al detentar una misma denominación (socialismo)–, sino, sobre todo, de contenido: es decir, las estrategias de configuración de un tipo de sociedad diferente a la dominada por la lógica del capital.

En estas pugnas se fraguó, en distintas tendencias y momentos históricos, la cosmovisión del proceso revolucionario. El debate sobre el sujeto revolucionario se fue desarrollando en una dialéctica constante entre la praxis política, la reflexión teórica y la experiencia histórica del desarrollo del capitalismo y de la lucha de clases.

Marx: De la clase obrera al sujeto de la negación del capital

Para Marx «el trabajo es, independientemente de todas las formaciones sociales, una condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y, por consiguiente, de mediar la vida humana» (Marx 2002, 53). El trabajo es la categoría y unidad de análisis central en la crítica de la economía política que aparece en *El Capital* (1867), como fundamento metodológico para la comprensión del funcionamiento del modo de producción capitalista. De ahí que los misterios de la ganancia capitalista no se desmitifiquen en el intercambio, sino en la producción, ciclo económico donde se origina la acumulación.

La producción y la realización de la plusvalía, entonces, no pueden existir al margen de la recreación de determinadas relaciones sociales, que en el capitalismo se establecen entre los propietarios de los medios de producción (burgueses) y aquellos que solo son dueños de su fuerza de trabajo (proletarios). Los últimos están obligados a venderse a la producción industrial, a cambio de un salario que les permita, mínimamente, reproducir su vida. Sin embargo, en su condición de ejército industrial el proletariado podría adquirir la conciencia de su condición mayoritaria, de su esencialidad para el ciclo productivo capitalista, y de su propia explotación, constituyendo así una fuerza social que resolvería dicha contradicción, al imponer los intereses de la clase trabajadora a los intereses de la burguesía. Pero, a su vez, esta condición de la

clase trabajadora le permitiría acumular la experiencia necesaria para socializar y organizar la producción en el proceso socialista.

La versión más conocida sobre el sujeto revolucionario ha sido la del *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), donde el proletariado era asumido en su doble carácter: como producto (en tanto fuerza de trabajo controlada o clase en sí) y negación del capitalismo (en tanto sujeto revolucionario o clase para sí), y caracterizado como clase obrera industrial europea –especialmente inglesa–, la cual estaba destinada a establecer el comunismo tras el desplome de la burguesía. Sin embargo, este concepto de proletariado en Marx fue ampliándose.

Como explica José Aricó, las redefiniciones teóricas marxistas se dieron a partir de la relación estrecha entre teoría, movimiento histórico y crisis capitalista (Aricó 2010, 90). Por ello, a finales de 1850, Marx comenzó a escudriñar los fenómenos ocurridos en lugares como Irlanda, China, España, India y, especialmente, Rusia (102-16); países que desplazaron a Inglaterra como el epicentro de la hipotética revolución mundial comunista, y permitieron que se amplíe el concepto de proletariado.

En su correspondencia con Vera Zasúlich (1881), Marx reconocía –a partir de su estudio de la situación rusa– la importancia de los «campesinos como clase rectora de la transformación social, y a la comuna rural rusa –*obschina*– como «punto de apoyo para la regeneración social en Rusia.⁷ La tesis *obschina* llegaría a ser la base de la visión estratégica de Bujarín para la construcción del socialismo, privilegiando al sector rural en los países dependientes y colonizados (Aricó 2010, 113-14). En el mismo sentido, los estudios de Marx sobre el «caso irlandés» provocaron la ampliación del concepto restrictivo de «proletariado industrial» hacia el conjunto de las «capas proletarizadas» del mundo, a raíz de la creciente atención que les prestó, al final de su vida, a los países periféricos y a los productos del desarrollo desigual del capitalismo (114).

En el sentido de Marx, el proletariado (clase obrera de los países de capitalismo desarrollado), en un primer momento, asume la condición de sujeto histórico superador del capitalismo, independientemente de la situación de las relaciones sociales en otras partes del mundo. Y, en un segundo momento, reflexiona sobre la lucha de clases, tanto en las sociedades capitalistas desarrolladas, como en las que coexisten formas «no-capitalistas» (como las llama Marx en el análisis de las formaciones sociales precapitalistas, en los *Grundrisse*) y periféricas. Siguiendo la interpretación de Slavoj Žižek: «Marx distinguía entre la clase obrera y el proletariado: la clase obrera es, efectivamente, un grupo social particular, mientras que el proletariado designa una posición subjetiva» (2006, 564). La «conciencia proletaria» depende del desarrollo de una subje-

7. Federico Engels afirmaría que «la actual propiedad comunitaria rusa podría constituir el punto de partida de la evolución comunista» (Engels citado por Lukács 1970, 17).

tividad («posición autoconsciente») que niega y destruye el capital, condición a la que no solo los obreros industriales pueden acceder, sino el conjunto de la clase trabajadora.

En Marx, los ajustes en la trayectoria del concepto de proletariado son claves. Las formulaciones de los textos «tempranos» no son exactamente iguales a las de los textos «maduros». La idea de *proletariado = clase obrera industrial*, es superada por un concepto de proletariado más amplio, en el que se incluyen a las capas proletarizadas y al «ejército industrial de reserva», con lo cual se proyecta la constitución de una noción de proletariado connotado, en lo fundamental, por su capacidad de ser la expresión negativa del capital.

En la línea de las reflexiones iniciadas por Marx y Engels, se encuentran los aportes de Lenin, quien, a diferencia de los dos anteriores, considera al sujeto histórico desde una dinámica revolucionaria mucho más concreta y sostenida que la arrojada por la Comuna de París de 1871 y el ciclo revolucionario europeo de mediados del siglo XIX: la Revolución rusa. Por ello, es importante destacar los planteamientos centrales de su formulación.

Lenin: Pensar el sujeto revolucionario en la revolución

El énfasis de Lenin está en la acción política como condición para el ejercicio revolucionario de la clase obrera. Como explica Lukács en su *Lenin*, el proletariado no preexiste a la lucha social, sino que es «producto y productor» de la misma (Lukács 1970, 46). La especificidad que adquiere el «proletariado» como sujeto histórico, en contraste con el genérico de «pueblo» de los populistas rusos,⁸ es el resultado tanto de condiciones materiales como político-ideológicas.

El rol de la política, de la mano de las condiciones objetivas de la reproducción social de la clase obrera, se transformaría en el punto angular para la aparición de la conciencia proletaria (clase para sí), y de la posibilidad revolucionaria. Y esta última solo sería posible en la medida que se incluyesen dos necesidades transversales: a) la organización partidaria de manera disciplinada, absoluta y tesonera,⁹ y b) un programa general de las demandas del campesinado ruso (largamente mayoritario en el período bolchevique). De esta

8. Una de las necesidades históricas en la diferenciación del discurso marxista en Rusia fue la crítica a los populistas (*narodniki*), quienes, negando la lectura de la realidad desde la unidad de análisis de clase y opuestos a la industrialización, concebían en el genérico de «pueblo» a la base social directriz de la lucha contra el zarismo.
9. Es clave resaltar la estrecha relación que se establece entre proletariado, política y organización, a decir de Lenin: «no es posible separar mecánicamente las cuestiones políticas de las organizativas» (Lenin citado por Lukács 1970, 37). Esto incluso se puede advertir en el

forma se establecería la tesis de la alianza obrero-campesina dirigida por el proletariado, la cual se fundamenta en la estructura socioeconómica particular de Rusia (Lukács 1970, 36).

En *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), Lenin describe el carácter vital del campesinado para la formación social rusa, y justifica la incorporación obligatoria de las masas campesinas a la estrategia socialista, debido al significativo peso del mundo rural, ampliando la noción de sujeto revolucionario a otras clases (en este caso el campesinado), y ya no exclusivamente a la clase obrera industrial.

Lenin buscó además contrarrestar las tesis de la Segunda Internacional —especialmente, las contenidas en el pensamiento de Karl Kautsky—,¹⁰ que endosaban *per se* a la clase obrera el carácter de revolucionaria, y sobrevaloraban la importancia del crecimiento parlamentario y las reformas al interior del capitalismo, tergiversando la arrasadora crítica de Marx al Estado burgués, con la creación de una ficción de «cambio» por medio de la participación en el gobierno (Lenin 1973b, 5).

Esta vertiente que hegemonizó la Segunda Internacional, planteaba que el advenimiento del socialismo dependería del avance económico del capitalismo, y que la conformación del proletariado como sujeto estaría circunscrita a dicho desarrollo de las fuerzas productivas y a la precarización de las relaciones de producción. De este modo, esta corriente utiliza de forma mecánica el conocido pasaje de Marx, en el *prólogo a la Contribución de la crítica de la Economía política*,¹¹ y lo convierte en un recetario de acción para justificar la profundización del capitalismo —como antesala de la sociedad futura—, reduciendo a un axioma de verdad la metáfora de Marx sobre la relación entre la estructura y superestructura. Lo hace contradiciendo a las propias formulaciones

propio *Manifiesto comunista* al vincular la existencia del partido proletario y la totalidad de la clase trabajadora.

10. Otros representantes de esta corriente serían: Eduard Bernstein, Max Adler, Rudolf Hilferding.
11. «[E]n la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social», en *Introducción general a la crítica de la economía política: 1857*, t. 1 (México DF: Siglo XXI, 1984).

de Marx, ya que niega el materialismo histórico y la dialéctica (Borón 2006, 49). Parafraseando a Herbert Marcuse, desde la perspectiva economicista de la Segunda Internacional, el concepto de sujeto revolucionario implica un «sujeto unidimensional».¹²

Distante del pasivo planteamiento mecanicista, Lenin, en *¿Qué hacer?* (1902), concibe al sujeto revolucionario como producto de la acción política organizada que supere la conciencia gremial o sindical (Lenin 1973a, 61). Condición posible, por la dinámica que imprime la creación de un *partido* que represente los intereses de los trabajadores, y que es dirigido por militantes con *conciencia proletaria*, nacidos en su mayoría desde la clase obrera. El proletariado de esta manera, es una clase que al no poseer medios de producción, está obligada a vender su fuerza de trabajo y –sobre todo– que asume la responsabilidad de organizar al conjunto de voluntades opuestas al capital, y canalizarlas a la construcción del socialismo.

La organización revolucionaria del proletariado equivaldría a la creación de un «Estado paralelo» al burgués: *el soviét*, mismo que requeriría el establecimiento –como decía Lenin– de un «poder dual»; proceso en el cual el campesinado y los soldados de tropa, aglutinados también en el soviét, participarían como parte del *ejército proletario* (Lenin 1973b).

En síntesis, la vinculación entre las masas y el partido, por medio de la militancia política proletaria, es una formulación central del pensamiento leninista y que atravesará, con variaciones, al conjunto de los planteamientos de izquierda. En Lenin, el sujeto revolucionario se lo entiende al interno de la relación masas y partido (militantes).

Después de la muerte de Lenin en 1924, la posibilidad de pensar desde la URSS la revolución socialista en países de capitalismo tardío se dificultó, al igual que la de concebir políticamente un tipo de proletariado que se ajustase a una formación económica social singular.¹³ La tendencia del «marxismo oficial», positivizado en los manuales de ciencias, redujo al sujeto histórico a una versión mecánica y antidialéctica, lectura que influiría al conjunto del

12. Marcuse comprende, en su texto *El hombre unidimensional*, a la contemporaneidad como una época en la cual el desarrollo de la sociedad se somete a un proceso de instrumentalización, privilegiando el factor productivo por sobre las demás dimensiones de la vida humana. Así, la acumulación económica de capital sería el código de ética en la conducta humana general.
13. Consideramos que la «dificultad» de pensar, después de Lenin en la URSS, la revolución socialista, en los países de la periferia capitalista, se puede explicar a partir de un conjunto de circunstancias históricas complejas, que superan con creces las acusaciones vertidas –especialmente desde las corrientes trotskistas y socialdemócratas– hacia la figura de Stalin. Entre algunos factores podríamos mencionar la idea del socialismo en un solo país, la Segunda Guerra Mundial y la derrota de la revolución en los países de Europa Occidental, especialmente Alemania.

movimiento comunista internacional, sobre todo en la etapa pos Lenin de la Tercera Internacional.

Mao: De la clase obrera al campesinado y el pueblo

Hubo que esperar a Mao Tse-tung, Antonio Gramsci y José Carlos Mariátegui para que el campesinado tomara fuerza como sujeto revolucionario en la tradición del discurso marxista. Los planteamientos de estos autores se separaron de análisis que caracterizaban al campesinado con adjetivaciones peyorativas, las cuales le negaban posibles condiciones revolucionarias y de análisis que –a pesar los esfuerzos por incluirlo en una plataforma revolucionaria– nunca lograron exceder la «superioridad» de los trabajadores urbanos respecto a los campesinos (Marx 1848; Lukács 1923; Luxemburgo 1916; Lenin 1902; Paredes 1944).¹⁴ La aplastante supremacía campesina en China, en el sur de Italia y en el Perú, fueron puntos básicos de referencia para pensar el rol del mundo rural en la revolución.

Para Mao, los problemas de los sujetos de la revolución y la contrarrevolución (categorías íntimamente ligadas) ocupan un lugar privilegiado en su análisis. Por tanto, es indispensable pensar en los sectores que los componen. Mao se pregunta «¿Quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos?», interrogante que encuentra una suerte de respuestas en permanente modificación: la definición de los amigos y enemigos del pueblo cambia a partir de los distintos momentos de la guerra civil (guerra interna contra el ejército nacionalista, guerra contra el «invasor extranjero»), y de la guerra política revolucionaria (revolución democrática de «nuevo tipo» y revolución socialista) (Mao 1972a, 9; 1972b, 329-30).

En sus reflexiones, la caracterización del «sujeto revolucionario» (amigos del pueblo) va siempre acompañada de la del «sujeto contrarrevolucionario» (enemigos del pueblo). Su manera de comprender al sujeto revolucionario identifica con claridad las clases sociales del bando antagónico. La definición de los amigos y enemigos del pueblo toma en cuenta la existencia de sectores sociales vacilantes, que tienden a participar en uno u otro bloque contrapuesto. La idea de pueblo en Mao hace uso de la dimensión clasista, lo cual nos aleja

14. Referencias como «terrible atraso cultural», «revuelta elemental», «capa vacilante», «idiotez de la vida rural», entre otras, fueron algunas de las formas para referirse a lo campesino por los autores antes citados. Estos planteamientos fueron sensiblemente modificados durante su desarrollo teórico. La intensión de evidenciarlos se dio en razón de que, a *posteriori*, parte de la izquierda los asumió de manera mecánica, descuidando los contextos históricos y la trayectoria de desarrollo en su producción teórica.

del concepto del populismo ruso, cuyo análisis no partía del análisis marxista de propiedad. Pasemos revista, entonces, a la forma en cómo Mao pensó la existencia de las clases sociales.

Los enemigos del pueblo están constituidos por los «grandes terratenientes y la gran burguesía compradora» –acólitos del imperialismo–; sus representantes políticos son los estatistas¹⁵ y el ala derecha del Kuomintang. La «burguesía media» (burguesía nacional) se ubica en una situación ambivalente, puesto que se halla favorecida por el desplazamiento de los intereses imperialistas de la economía (primera etapa) y, al mismo tiempo, amenazada por la perspectiva socialista del proceso revolucionario (segunda etapa). Esto pone en riesgo su interés particular de transformarse en gran burguesía, y tiene la necesidad política de «establecer un Estado dominado por una sola clase: la burguesía nacional» (Mao 1972a, 10-1; Mao 1972b, 332). En la perspectiva de Mao, la «burguesía media o nacional» está destinada a dividirse en dos bandos, definidos por su apego (revolucionario) o su enfrentamiento (contrarrevolucionario) con la tesis de la revolución.

La «pequeña burguesía», también en una situación política fluctuante (pueden ser o no ser parte de los amigos del pueblo), agrupa a los campesinos propietarios (o campesinos medios), artesanos, las capas inferiores de la intelectualidad¹⁶ y los pequeños comerciantes. Esta clase social, a su vez, se subdivide en tres: La pequeña burguesía en ascenso económico o seducida moralmente por el *statu quo* de la burguesía media, siendo esta fracción políticamente de derecha; las facciones de la pequeña burguesía que, aunque materialmente no tienen posibilidad de ascenso económico –a no ser a través de excesivas jornadas de trabajo y esfuerzo–, se mantienen en una actitud ideológica tenue, sin el arrojo para afirmarse en un determinado campo político; las fracciones en descenso económico que, cada vez más, se desaparegan debido a que los días de bonanza pasaron. Este último sector es asociado políticamente por Mao con el ala izquierda de la pequeña burguesía.

Por otro lado, el «semiproletariado» está compuesto por cinco subclases, «a) la aplastante mayoría de los campesinos semiproletarios;¹⁷ b) los campesinos pobres; c) los pequeños artesanos; d) los dependientes del comercio,

15. Mao hace referencia aquí a grupos contrarrevolucionarios que, inspirados por tendencias fascistas y auspiciados por los gobiernos imperialistas, se enfrentaban al Partido Comunista Chino (PCCH).

16. En la lectura de Mao serán los «estudiantes, maestros de enseñanza primaria y secundaria, funcionarios subalternos, oficinistas y tinterillos» (Mao 1972a, 10).

17. Campesinos empobrecidos: la mitad de la jornada venden su fuerza de trabajo, y la otra, cultivan su tierra; a su vez, se subdividen en tres grupos (superior, medio e inferior), caracterizados por el grado de pauperización de las economías y la participación en la propiedad, la cual se encuentra venida a menos (Mao 1972b, 334-36).

y e) los vendedores ambulantes» (Mao 1972a, 12). El empeño de categorizar el esquema de clases sociales, las fracciones y los grupos existentes a su interno, busca determinar el grado de participación de estas capas en la guerra revolucionaria. Es notorio un cierto pragmatismo político que obliga a «hacer calzar» a las clases y fracciones –sin romper la perspectiva de ruptura socialista–, en una disposición adecuada que responda a una situación particular en las relaciones de fuerza, de tal manera que favorezca a los intereses del PCCH, el ejército popular y, por ende, a las clases dirigentes del proceso transformador. Como agregado a la dualidad leninista partido-masas, Mao propondrá el componente ejército popular; conformándose la tesis tricotómica: *masas-ejército-partido* (militantes).

Según Mao, existen dos razones para que la clase obrera industrial tenga la posibilidad de ocupar un sitio revolucionario: 1. su concentración (física) y 2. su condición económica (paupérrima), factores que componen su «gran capacidad de lucha» (Mao 1972a, 15). En este análisis, el proletariado rural (los asalariados agrícolas) conforma, junto con los campesinos pobres, el núcleo central del cuerpo social revolucionario, dado que «el campesinado es el aliado más leal y numeroso del proletariado chino»; se resuelve así el problema de consolidación del «poder democrático campesino-obrero» (10).

Finalmente, la alianza obrero-campesina –idea original de Lenin–, en la perspectiva de Mao se caracteriza por dos momentos. El primero privilegia el territorio rural como área de dominio y contrahegemonía de las masas campesinas, y tiene como colchón social a las «bases de apoyo» integradas por las comunidades locales, y el segundo, a la alianza de clase obrero-campesina se suman los sectores de la pequeña burguesía (especialmente intelectuales) y la burguesía nacional, permitiendo la construcción de un «bloque de las cuatro clases» que enfrente al Partido Nacionalista (Ibarra 2013, 60). Hay que considerar, que el criterio de inclusión de la burguesía pequeña y nacional, se producía en razón de la guerra contra el Japón (que había invadido China) y que obligaba al PCCH a agregarle a la estrategia de guerra revolucionaria por el socialismo, el de guerra patriótica contra el invasor extranjero.

Para Mao, el problema del análisis de las clases y de los bloques revolucionario y contrarrevolucionario se ajusta a una rigurosa caracterización de la sociedad desde donde se piensa la revolución; en este caso histórico particular, la sociedad china del período de Mao en la primera mitad del siglo XX. Del mismo modo, el intento de idear un sujeto revolucionario, aplicado a una singular formación económica social, se expresará, como veremos a continuación, en las formulaciones del marxista italiano Antonio Gramsci.

Gramsci: Clases subalternas y voluntad

Gramsci, en las primeras décadas del siglo anterior, propone pensar con cabeza propia los conflictos de la revolución nacional y, concomitantemente, el problema de la lucha política revolucionaria en el plano internacional. La utilización de varias categorías en Gramsci (como sociedad política y civil, hegemonía, guerra de posiciones y movimientos, Estados de Oriente y Occidente, bloque histórico, clases subalternas, filosofía de la praxis, entre otras), solo es posible a partir de marcar distancias prudenciales con interpretaciones economicistas y mecanicistas del marxismo; alegando que

El marxismo no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva y entienden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad, hasta que esta se convierte en motor de la economía, en plasmadora de la realidad objetiva, la cual vive entonces, se mueve y toma el carácter de materia telúrica en ebullición, canalizable por donde la voluntad lo desee, y como la voluntad lo desee. (Gramsci 2013, 35)

Para Gramsci, la voluntad del sujeto es fundamental para modelar la dimensión social; la dimensión económica establece una relación no-determinante (sino condicionante) con la voluntad de los sujetos. Dicho en otras palabras: el curso en el cual la economía adopta formas motrices, tiene como responsable la subjetividad de los hombres, a la sociedad de los hombres, lo que resulta ser una especie de «encuentro» entre las condiciones objetivas y subjetivas.

La subjetividad se radicaliza en la medida en que crezca el interés por la revolución socialista, y son «los revolucionarios mismos [los que] crearán las condiciones necesarias para la realización completa y plena de su ideal» (Gramsci 2013, 35). Esta reflexión es parte de la polémica que plantea Gramsci para comprender las condiciones del triunfo de la Revolución rusa, en su ensayo «La revolución contra el capital» (34-7).

En este sentido, en Gramsci el sujeto revolucionario está pensado desde las siguientes variantes: como proletariado y clases subalternas, siempre y cuando las mismas se articulen a un tipo de conciencia transformadora: el marxismo, el cual debe asimilarse como filosofía de la praxis, «pivote central del pensamiento gramsciano, que le otorga un agregado voluntarista al sujeto histórico» (Sánchez Vásquez 2013, 67). Entonces, en la comprensión de Gramsci, voluntad y voluntarismo son:

Desde el punto de vista marxista voluntad [voluntarismo] significa conciencia de la finalidad, lo cual quiere decir, a su vez, noción exacta de la potencia que se tiene y de los medios para expresarla en acción [...] significa por tanto [...], identificación de clase, vida política independiente de la otra clase, organización compacta y disciplinada a los fines específicos propios, sin desviaciones ni vacilaciones. (Gramsci 2013, 40)

Según Gramsci, el tránsito de «clase en sí» a «clase para sí» resulta ser determinante para la creación del sujeto revolucionario. Esto pasa por romper, como principio fundamental, la hegemonía de las clases dirigentes –y, por tanto, del Estado y de la historia oficial–, premisa que se cumple, para el pensador italiano, en la disputa que se da en la porosidad de la sociedad civil.

El concepto de sujeto revolucionario contiene a su vez la idea de «pueblo (o sea, el conjunto de las clases subalternas e instrumentales de toda forma de sociedad que ha existido hasta ahora)» (Gramsci 2013, 489). Ergo, el pueblo puede configurarse como un sujeto revolucionario, una vez superada su relación (ideológica) con las clases dominantes.

Hay que tomar en cuenta que en la situación ideológica de los subalternos se integran formas de comprensión del mundo que se desprenden de las clases dirigentes. Estas se adhieren de manera «activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes» (Gramsci 2004, 491), las cuales se originan en «grupos sociales preexistentes» –lo que Gramsci denominó «consenso activo de los dominados–, ocasionando que los fenómenos sociales luzcan «disgregados, discontinuos y episódicos» (2013, 491).

El conjunto de las clases subalternas (el pueblo), en la perspectiva de constituirse en sujeto revolucionario, tiene posibilidades de «afirmarse en una autonomía integral», lo que le otorga la posibilidad de unificarse, alternativa únicamente válida en la lucha contrahegemónica en las organizaciones de la sociedad civil (Estado ampliado), y la disputa por el control de la sociedad política (Estado cerrado) (Gramsci 2013, 491-2). El proceso de consecución de una «autonomía integral» por las clases subalternas, respecto de los grupos hegemónicos, resulta la base sobre la que se erige el sujeto transformador.

En Gramsci, el sujeto revolucionario responde a un tipo de realidad específica, que está marcada por una permanente lucha en el plano ideológico (contrahegemonía), y tiene que ser pensada de manera singular. De esta forma, los sujetos revolucionarios (proletariado y clases subalternas), se forman paso a paso en el terreno de la disputa política con la burguesía y el conjunto de las élites dominantes. Así, las características de la formación social marcan la pauta para entender, a su vez, el tipo de sujeto histórico existente.

Mariátegui: La idea del sujeto indoamericano

La temprana voluntad de José Carlos Mariátegui por aplicar el marxismo a la especificidad de la realidad latinoamericana (1920), fue una actitud pionera en el pensamiento regional, que le permitió problematizar el objeto «desarrollo del capitalismo» de manera singular en la tradición política de izquierda.¹⁸ También identificó a los actores sociales silenciados en la historiografía nacional, los cuales, desde la perspectiva de la revolución socialista, configuraron un sujeto revolucionario –las masas trabajadoras indígenas– inadvertido para buena parte de esta tradición.

Como anota José Aricó, Mariátegui fue el antecedente más longevo de lo que posteriormente se conocería como teoría de la dependencia. En la idea transversal de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1927), se expone la articulación de Latinoamérica en el desarrollo general del capitalismo. El rol al que económicamente ha sido sometida la región, es una muestra de su encadenamiento a la expansión del capitalismo mundial, desde una condición de dependencia.¹⁹ La relación centro-periferia no se aplica de forma exclusiva en la dinámica estrictamente económica, sino que también en las esferas jurídicas e ideológicas. En tal medida, la educación, las expresiones del arte y la literatura reproducen patrones de funcionamiento generados en los capitalismo centrales, anulando la autosuficiencia de la nación peruana y por extensión –parafraseando a Jorge Abelardo Ramos– de la *Nación latinoamericana* (Ramos 2012).

Sin embargo, a pesar del grado de sometimiento a los diversos tipos de capital que han operado en la región (español, inglés y estadounidense), sobreviven en Latinoamérica formas particulares de sociedades, produciendo una determinada configuración de la formación económico social capitalista. Este doble razonamiento en Mariátegui, el de una región que está articulada (de manera dependiente) al capitalismo central, y a su vez que dispone de rasgos singulares de desenvolvimiento histórico, le permite dotar de especificidad al sujeto revolucionario en Indoamérica.

Para Mariátegui, la singularidad de las masas campesinas en Latinoamérica y, particularmente, en la zona andina, consiste en poseer un antecedente

18. Rafael Polo (2012), recuerda que el objeto del pensamiento «desarrollo del capitalismo», en el caso del Ecuador, ocurrió en la década del 60, contraste que permite advertir la actitud vanguardista del trabajo de Mariátegui.

19. Aquí es importante resaltar las conclusiones a las que de manera particular llegó el ecuatoriano Ricardo Paredes (otro de los «antecedentes» de la teoría de la dependencia) quien señalaba: «sería bueno subdividir este primer grupo de países en dos categorías, en base a razones políticas: a) Países dependientes (Argentina, Brasil, Uruguay, México, Ecuador); b) Países coloniales semicoloniales, en los que se plantea como problema fundamental la cuestión de la emancipación nacional» (Paredes 1978, 353-61).

civilizatorio propio, con instituciones sociales sobrevivientes (v. gr., la minga como forma colectiva del trabajo), las cuales permitirían la construcción del socialismo, y la superación de la estructura social colonialista y de capitalismo dependiente.

La existencia de «elementos del socialismo práctico» en las comunidades campesinas andinas (Mazzeo 2009, 63; Mariátegui 2008, 69), mas la idea de la difusión del socialismo en las masas indígenas empobrecidas, son los factores modeladores de un sujeto histórico ajustado a la singularidad latinoamericana: el campesinado indígena.²⁰ Mariátegui comprende que «en el Perú las masas –la clase trabajadora– son en sus cuatro quintas partes indígenas» (Mariátegui 1984, 225).²¹ En tal virtud, la síntesis que se establece entre marxismo y un tipo singular de formación social, en la perspectiva superadora del capital, es la del «socialismo indoamericano» (2008, 32).

Mariátegui, conocedor del marxismo italiano y del pensamiento del francés Georges Sorel, plantea, al igual que Gramsci, la tesis del voluntarismo. Esto le permite, a la vez, entender a un sujeto revolucionario de una subjetividad singular, opuesto al recetario economicista y también a la propuesta del sujeto racional occidental de la modernidad. El sujeto revolucionario de Mariátegui se inscribe en lo que Quijano llamó «racionalidad alternativa» (1981).²²

La propuesta de socialismo indoamericano anula el presupuesto gradualista de avance hacia el socialismo, que hacía obligatorio el «tránsito por el capitalismo» a los países «feudales o semif feudales». Como versa el análisis de Mariátegui, el hecho de que Latinoamérica no tenga un desarrollo capitalista igual al de los países del capitalismo desarrollado, no significa que la región no esté integrada al desarrollo internacional del capital, y que por tanto que no sea capitalista.²³ Sin embargo, esto no quita los rasgos endógenos de expansión de

20. Manuel Agustín Aguirre ve este planteamiento como la particular «creacionista» de Mariátegui, caracterización similar que le otorgará al cubano Julio Antonio Mella (Aguirre 1983, 11).
21. El pensamiento de Ricardo Paredes expresa la idea de incorporación de las masas campesino-indígenas en la perspectiva de acción política (Paredes citado por Ibarra 2013, 92).
22. El sujeto moderno, pensado desde Occidente, es el sujeto de la razón, de la secularización de la vida y de la calculabilidad. Por tanto, la naturaleza (el objeto) estaría directamente sometida por los hombres (el sujeto). En la versión de Quijano, uno de los aportes del sujeto revolucionario en Mariátegui es la «racionalidad alternativa»: una racionalidad no-cósica, que no cosifica al «objeto». Se advierte, de este modo, la posibilidad de incluir en la configuración de «sujeto moderno» a otro tipo de «racionalidades» y sensibilidades, como la religiosa. Al respecto es importante tener en cuenta el capítulo V, «El factor religioso», Mariátegui, *Sete ensaios de interpretação da realidade peruana* (2008).
23. Esto supondría un corte con la tradición del pensamiento de izquierda regional, sometido a las resoluciones del «marxismo socialdemócrata» o de la Komintern, que postulaba una salida «gradualista» al modo capitalista de producción y no, como en el caso de Mariátegui, la revolución socialista indoamericana.

dicho modo de producción. En esta medida, las masas trabajadoras indígenas suponen una forma de colectivización de la vida social, originada en el pasado civilizatorio incásico y, a pesar del bárbaro proceso de colonización, una experiencia práctica «protosocialista», canalizable a la estrategia revolucionaria, es posible.

En síntesis, el campesinado andino o las masas trabajadoras indígenas de los Andes (básicamente de la Sierra) vinculados con las tesis socialistas, son el sujeto histórico destinado a construir un tipo de socialismo que integra a los principios modeladores de la sociedad comunista, formulados desde el marxismo, la idea de colectivización presente en los códigos de la comunidad andina («elementos del socialismo práctico» indoamericano).

El marxismo y la creación del sujeto

En aras de buscar, desde el marxismo, posibilidades de ampliación del concepto del sujeto revolucionario, se incluyen a ciertos autores –Lukács, Lefebvre, Mattick, Korsch, Pannekoek, Marcuse– que han profundizado, especialmente desde la filosofía, un punto de vista crítico a la asunción mecanicista del sujeto revolucionario como clase obrera industrial. De esta forma, se afirma la comprensión del sujeto revolucionario como agente de la crítica total al capital (Echeverría 1971). Según Gouldner (1989), la defensa de la capacidad crítica, como característica nuclear del marxismo, es el soporte de una forma de pensar la realidad de manera dialéctica, entendiendo al sujeto histórico como la posibilidad de agencia, esto implica la construcción del sujeto portador de un espíritu que enfrente a la historia, sin asumirla de manera estática.

Para Lukács, el punto de encuentro entre proletariado, revolución y marxismo se produce a partir de la categoría de totalidad; el paso de entender las cosas como hechos o tendencias aisladas a «la realidad del proceso general, la totalidad de la evolución social» (1970, 21). La totalidad expresada en el proletariado permite la constitución de un sujeto histórico que integra, en la lucha social, la idea de cooperación con otras clases oprimidas y explotadas en la sociedad capitalista (39).

El carácter del mercado mundial determina, de manera cada vez más creciente, la relación –oculta– de los obreros individuales con sus pares. La mercancía cumple el rol de enlace entre el trabajo objetivado de varios obreros, los cuales no pueden ser conscientes de la condición social del trabajo, debido al fenómeno conocido como fetichismo, cosificación o reificación (Marx 2002, 87-102; Lukács 1969, 90): el mismo que hace que las relaciones entre personas aparezcan como relaciones entre cosas (Engels citado por Lukács 1969, 17). El proceso material de totalización de la producción y de la vida

social, asumida conscientemente por los trabajadores, es el punto de partida para la generación de una acción política total (revolucionaria).

Henry Lefebvre, en un provocativo ensayo, pregunta «¿Es revolucionaria la clase obrera?»; interrogante que para el apriorismo obrerista resulta ser más que herética. El cuestionamiento de Lefebvre busca la desmitificación de un sujeto preconstituido y la estructuración de un sujeto a la medida del trajinar político. Su afirmación de partida es: la clase obrera «no posee un conocimiento inmanente» (Lefebvre 1974, 252); por tanto, *per se* no es revolucionaria, puesto que el presupuesto para caracterizar lo revolucionario pasa por dimensionar la totalidad social, lo que equivale a levantar una estrategia que se desprende de un análisis social aglutinante que excede a la vida en la fábrica. Según Lefebvre, el papel revolucionario de la clase obrera no es de carácter *estructural-dado*, sino *coyuntural-creado*. Para que la clase obrera obtenga el estatuto de revolucionaria, la condición es su involucramiento en una realidad que es más grande que el horizonte gremial, y que se libere de la «tendencia a la estrechez» (Lenin citado por Lefebvre 1974, 253). La pregunta subyacente es ¿cómo la clase obrera puede ir de lo particular a lo general y transformarse en proletariado?

Lefebvre establece dos momentos: el primero muestra una clase obrera desconectada de la totalidad social, reproductora de la «ideología de empresa», y portadora de un «proyecto político mínimo», de corte reivindicativo y circunscrito en estricto al mundo de la fábrica. En un segundo momento, la clase obrera se conecta con el todo social, es portadora de una «ideología de partido», e impulsa un «proyecto político máximo» (Lefebvre 1974, 258-60). La negatividad —como un valor oposicional al capital de carácter destructivo— obliga a entender en su aspecto revolucionario a los trabajadores que están fuera del mundo de la fábrica: el ejército industrial de reserva.

Por otra parte, Paul Mattick y Karl Korsch plantean que: si bien es verdad que la ley del valor marxista demuestra la inmanente contradicción en el proceso de acumulación capitalista, eso no supe la acción de los sujetos. Entonces, lo que se pueda realizar en la tentativa revolucionaria es responsabilidad creativa de la política (Mattick 1978, 53), y de la supresión revolucionaria del modo de producción capitalista (Korsch 1978, 125). El nexo entre la teoría de la acumulación y la idea del derrumbe,²⁴ sería posible librándose del abordaje «puramente económico»; en el marxismo no es la economía la que determina las relaciones de clases dadas, sino que, por el contrario, son las relaciones sociales de pro-

24. La teoría del derrumbe plantea el colapso del capitalismo por vías estrictamente económicas independientemente de la intervención humana, propuesta popularizada por Henryk Grossmann al calor de la crisis final de los primeros años de la Revolución rusa y la gran depresión de la década del 30 del siglo pasado.

ducción capitalistas (en su forma más amplia) las que configuran la economía (Mattick 1978, 54).

En este sentido, Korsch sostiene que hay que romper «la piedra filosófica» de la economía. La tendencia de estos autores es entender que el sujeto histórico se crea y surge bajo determinadas condiciones. De esta manera, formulan una crítica de la teoría de la crisis (y su versión radicalizada, la crisis final), dado que esas subjetivaciones predictivas –a decir de los autores– desatienden el movimiento objetivo de clase del proletariado. Además, las subjetivaciones minimizan la capacidad adaptativa del capital, la lucha ideológica de clase, el rol del Estado, y la mayor rapidez del ciclo de acumulación de capital frente a la caída de la tasa de ganancia.

Según la versión de Anton Pannekoek –muy vinculada a Lenin–, en la que la revolución es un proceso acumulativo de varias batallas perdidas y ganadas, se plantea que el proletariado espera muchas catástrofes, en vista de la capacidad adaptativa del capital, que no es tomada en cuenta por los teóricos de la «crisis final» (Pannekoek citado por Mattick 1978, 56). Así, Pannekoek propone, de manera bastante cercana al Marx de la *Carta a Bloch*, que el factor subjetivo parece haberse aproximado más a las condiciones de lucha, que el factor económico que determina la historia en *última instancia*.

Por otro lado, con el detonante de la rebelión de la juventud francesa del Mayo del 68, Herbert Marcuse radicaliza sus distancias con el marxismo soviético: critica el *a priori* del sujeto revolucionario, apalancado en el desarrollo económico del capitalismo. Según su postura «los portadores sociales de la transformación no se forman sino en el proceso transformador» (Marcuse 1968, 25). En *El final de la utopía*, expone las posibilidades de construcción del sujeto revolucionario en el presente, ya no en el horizonte futuro; a partir de la «nueva imaginación proletaria y las nuevas determinaciones del factor subjetivo» (45).

También muestra la aparición de nuevos actores sociales (como el caso del estudiantado) y la emergencia revolucionaria en los países de tercer mundo. Estos nuevos actores verifican la inexistencia de una clase redentora, y el surgimiento de una multiplicidad de grupos, los cuales se arropan en una especie de *negatividad antisistémica*, al plantearse el desplazamiento del reino de la necesidad al reino de la libertad.

De las reflexiones de estos autores se desprende una noción de sujeto revolucionario, que está en relación con las condiciones materiales de existencia, sus particulares formas de asumir la conciencia política (subjetividad revolucionaria) y sus posibilidades de generar una negación del capitalismo, a partir de la praxis revolucionaria.

La asimilación de estos postulados, ha sido limitada en la acción política de los partidos de izquierda en América Latina y en Ecuador. Solo después

de la caída del muro de Berlín (1989), algunos intelectuales, en su mayoría no vinculados a los partidos comunistas, concibieron estas formas de sujeto revolucionario, pues la versión predominante del marxismo era la de los manuales de política de la URSS.²⁵

UNA LLAMARADA SE ADVIERTE: LA EXPERIENCIA LATINOAMERICANA

Mientras en Europa, producto del reordenamiento en las relaciones Estado-sociedad posteriores a la Segunda Guerra Mundial, tenían lugar: la implantación del Estado de Bienestar Keynesiano (EBK), la ofensiva contra la clase obrera, el pacto obrero-patronal –que reducía el alto nivel de conflictividad de otras décadas–, la consolidación de la versión socialdemócrata y positivista del marxismo, la invasión a Checoslovaquia y Hungría –por parte de la URSS–, el triunfo de la tesis de coexistencia pacífica al socialismo –en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)–, la separación de los países capitalistas modernos del centro de las posibilidades de la revolución socialista y del pensar el sujeto revolucionario; en el otro lado del mundo, en los países de capitalismo tardío y de la periferia occidental, la situación se presentaba de forma completamente distinta.

El resurgimiento de los movimientos de liberación nacional en diversas regiones del Asia, África, América Latina y las Antillas,²⁶ la emergencia anti-colonialista desatada en el Sureste asiático, el espaldarazo de la Revolución china, las luchas anticolonialistas en Indochina (Laos, Camboya, Vietnam) y las figuras que, por peso propio, imponen particulares maneras de ejercicio revolucionario (Ho Chi Ming, Võ Nguyễn Giáp), producen el emplazamiento de

25. En el caso latinoamericano, la fórmula científicista tuvo sus adeptos; siendo, quizás, algunos de los manuales de difusión del marxismo-leninismo de la URSS (Spirkins, Kusinien, etc.), los textos «más positivistas» de Engels y Lenin (*Anti-Dühring*, *materialismo y empiriocriticismo*), los trabajos de divulgación de Martha Harnecker (sus célebres *Conceptos elementales del materialismo histórico*), los presupuestos teóricos que privilegiaban el «método analítico-reductivo de la ciencia positivo [por sobre] el sintético totalizador de la dialéctica» (Muñoz citado por Lichtheim 1973, 17); situación que condicionaba, en buena medida, la salida al socialismo por medio del mítico desarrollo de las fuerzas productivas, objetivada en la configuración del resolutivo objeto clase obrera industrial.
26. Personajes como Frantz Fanon adquieren prestancia política e intelectual en su lucha por la liberación del yugo francés en Argelia, del régimen colonialista de varias potencias europeas (Francia, Holanda, Bélgica, Portugal) persistente en más de una veintena de países en las Antillas, y en el apoyo a los procesos de liberación nacional en gran parte del territorio africano.

la idea de la revolución en los países de capitalismo tardío, y el apareamiento de otras posibilidades para la definición del sujeto revolucionario.

En el caso particular del hemisferio occidental, el triunfo de la Revolución cubana desplaza hacia Latinoamérica el campo de atención política de la izquierda mundial, estableciéndose una crítica a la estrategia hasta entonces dominante (Moreano 1976, 76). Resultado de esto, aparece una articulación entre el campo «intelectual» y el campo político. De la acción política se desprende, a su vez, la crítica teórica-ideológica.

Fue el campesinado, ligado a la lucha guerrillera, el actor político central de la acción revolucionaria latinoamericana,²⁷ en un tiempo en el que existía una álgida lucha sindical (1960), sobre todo en el caso de los países de Cono Sur. La lucha guerrillera, no obstante, adquirió un despliegue mayúsculo, confirmado en el triunfo de la Revolución sandinista (1979). Casi todos los países de la región tuvieron, en diferentes niveles, intentos de implantación de «focos guerrilleros», como en el caso colombiano, que devinieron en más que simples intentos.

Alejandro Moreano señala que, en este contexto, los aportes políticos latinoamericanos de mayor relevancia a la experiencia mundial de la lucha de la izquierda fueron: las guerrillas de liberación nacional, la teoría de la dependencia, las luchas obreras y la teología de la liberación. Cada uno de estas elaboraciones intelectuales y políticas determinó nuevos entendimientos sobre el sujeto revolucionario, a partir de las características territoriales de los procesos de lucha de clases. El campesinado, la clase obrera, «los pobres y el pueblo» y los sectores intelectuales de la clase media se constituyeron en actores que, en determinados momentos, cumplían roles de importancia en la conflictividad política de la región.

Cabría señalar que, en el caso latinoamericano, este debate deja abierta la posibilidad de ampliar la concepción del proletariado y del sujeto revolucionario desarrollada desde el campo intelectual europeo. En ese momento, Ernesto Guevara de la Serna, «El Che», se convertía en el referente del deber y del ser-revolucionario. Las definiciones de sujeto revolucionario, se fraguan a partir de la emergencia revolucionaria. En una zona de inequidades, convulsiónada por la lucha social, la acción político-militar marca la pauta en la definición del sujeto revolucionario, sobre todo, las revoluciones victoriosas (cubana, sandinista y la «vía chilena al socialismo»).

27. A pesar de que Régis Debray, en su texto *La crítica de las armas*, sostiene que las «armas» desplazaron a la población de la responsabilidad de la acción revolucionaria, en el ideario de la izquierda latinoamericana, el campesinado, manifestado en la lucha guerrillera, ocupará un rol de importancia, en la perspectiva de pensar el sujeto revolucionario.

El debate medular que, posterior a la Revolución cubana, se coloca en la escena política-intelectual, es el de la vía pacífica o armada para la revolución. Este fue uno de los nodos centrales en la diferenciación de las izquierdas, que a su vez estaba asociado a la dicotómica tensión dada entre reforma o revolución, como «proyección estratégica de ruptura» (Sader 2009, 121). Lo electoral y lo armado entraron así, en la izquierda latinoamericana, en una relación antagónica y, por tanto, afectaron la constitución del sujeto revolucionario.

Cuba: El militante en la construcción del hombre nuevo

La Revolución cubana aportó a la militancia latinoamericana, según Sader, un espejo mucho más reconocible para mostrarse a sí misma la posibilidad de conquistar un utópico porvenir, a partir del encadenamiento de acontecimientos precedentes de resonancia regional,²⁸ que no pudieron fraguar la idealizada «conquista del poder». Esto significó, para casi toda la izquierda latinoamericana, la construcción de puentes con el marxismo europeo, mediante figuras como las del Che y Fidel (Sader 2009, 16) y, aún más, se habilitó un desplazamiento del eje revolucionario de Europa y Asia, esta vez a América Latina.

En la figura del militante se producía el «ascenso» en el escalafón humano, dado que «el marxista [el revolucionario] debía ser el mejor, el más cabal, el más completo de los seres humanos» (el Che citado por Hart 1989b, 393), ya que «el deber del revolucionario es hacer la revolución» (Castro citado por Hart 1989b, 372). La idea de la predisposición del revolucionario a luchar, suplía otros factores integrantes de la contienda política. Desde entonces, el espíritu voluntarista (práctico) asumió componentes trágicos, superponiéndose al esfuerzo teórico. Las *Tesis de Feuerbach* de Marx (1845), en especial la XI,²⁹ constituyeron una especie de «recetario eticista», con lo cual la práctica militante se izó por sobre las preocupaciones teóricas. En el imaginario de la izquierda latinoamericana, ser militante significaba trascender en la historia, y protagonizar un nuevo ciclo construido por los mismos revolucionarios. Cuba representaba el derrotero paradigmático, parafraseando a Luckás: la «actualidad de la revolución» (Luckás 1970, 9).

28. El asesinato de Gaitán en Colombia, que culmina con un alzamiento popular conocido como el «bogotazo» de 1948; la Revolución boliviana del 1952 dirigida por el MNR; la contrarrevolución encabezada por los Estados Unidos de Norteamérica (EUA) en respuesta al gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954; e inclusive, con menor impacto regional y un poco más alejado cronológicamente de la Revolución cubana, la insurrección popular dada en Ecuador en 1944, conocida como «La Gloriosa».
29. «Todos los filósofos no han hecho nada más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo» (Marx 1970, 12).

¿Qué es lo que el proceso cubano aporta para entender la configuración del sujeto revolucionario? En primer lugar, la figura del militante revolucionario como el factor determinante de la historia, construcción hecha a partir de la imagen que proyectaba la épica guerrillera; la disciplina y la entrega absoluta a la causa de la revolución inauguró un modelo del deber, del ser-revolucionario, plasmado en la idea del *hombre nuevo*. Por otro lado, se encuentra en la praxis revolucionaria el «apoyo» del campesinado en el despliegue de la lucha guerrillera, y el respaldo del pueblo: categoría política en la que se encuentran todos los sectores «maltratados» (campesinos, trabajadores y estudiantes) por la dictadura de Fulgencio Batista.

Aquí aparece una dicotomía, puesto que lo particular en el proceso cubano es el vínculo con el militante revolucionario, externo al pueblo y al campesinado. De esta manera, la «externalidad-militante» (varios de ellos jóvenes profesionales de clase media), se enlazó en la «interioridad-campesinos y pueblo» (sectores populares), logrando desatar el proceso insurreccional revolucionario. Condición que no tenía parangón en la lucha de izquierda marxista, y que no se volvería a reeditar en condiciones victoriosas.

En el «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental»,³⁰ el *Che* pronuncia un discurso que tiene un enorme impacto en el comportamiento de la izquierda, donde reivindica la unidad de los pobres en Latinoamérica, como eje central de la *lucha* contra el imperialismo (Hart 1989a, 333). De esta manera, Cuba adquiere una referencialidad mítica y provoca una enorme simpatía en el conjunto de la izquierda latinoamericana, lo que permite abrir los horizontes de la lucha armada en la región.

Chile: Clase obrera, poder popular y disputa electoral

Si el campesino había sido la figura central de la lucha de los años sesenta en América Latina, la clase obrera, producto del desarrollo del capitalismo y de los procesos industriales, empezó a tomar centralidad en el desarrollo revolucionario durante los 70, y en los países del Cono Sur, incluso durante los 60. En el caso de Chile, la participación política de los trabajadores se expresa en la conformación de un potente movimiento de masas, la Unidad Popular –UP–, que articularía a la mayor parte de los partidos de izquierda y a la Central Unitaria de trabajadores –CUT–, bases sociales de esos mismos partidos, generando un referente en varios aspectos para la izquierda latinoamericana.

30. Discurso pronunciado por el Che el 16 de abril de 1967.

La experiencia al interno de la disputa del sistema electoral de partidos y de las movilizaciones de masa en la izquierda chilena, marcarán la praxis de los trabajadores, sobre todo en el ideario de la UP. El planteamiento era que: siendo Chile un país que no tenía ni las condiciones geográficas ni el peso del mundo rural sobre la dinámica general de la economía como en otros países latinoamericanos, las expresiones políticas se localizaban en torno a las ciudades y el mundo de la fábrica, y a ciertas iniciativas ligadas a las acciones militares urbanas. Descartándose, por lo menos en la gran mayoría de los partidos la lucha guerrillera y al campesinado como el sujeto revolucionario. De esta forma el concepto de sujeto histórico ligado a los trabajadores se forjó en la movilización de masas y la disputa electoral.

En teoría, la «vía chilena al socialismo», tesis fraguada en la izquierda de la época, hace que el sujeto revolucionario –clase obrera– participe, de manera directa, a la cogestión de las empresas –la producción– en un ambiente de paz, antítesis del modelo cubano del «foco guerrillero», sin que esto signifique la construcción de un modelo para-estatal, o de «dualidad de poder» como denominaba Lenin. Sería una forma de construcción del poder popular, que tiene como protagonista a la clase trabajadora, pero que no implique el enfrentamiento violento con la burguesía, sino la disputa de espacios en la sociedad civil y de herramientas legales que puedan ser instrumentalizadas por los trabajadores.

Esto determina un cambio en la concepción del sujeto revolucionario, debido a que asume nuevas tareas en la esfera de la producción, lugar en el cual hipotéticamente se puede transformar la contradicción entre el capital y el trabajo. La intención de la izquierda chilena adherida a la UP consiste en la «viabilidad de un proyecto socialista dentro de los parámetros de una situación en que se articulan un orden socio-económico capitalista y un orden político democrático» (Baño y Flisfisch 1988, 47).

En el modelo chileno, la hipótesis giraba, en que la «transformación» se hace en democracia, lo que implica, como se señaló en el párrafo anterior, la participación del sujeto revolucionario en la producción para el progresivo cambio de las relaciones sociales pues el gobierno, no el poder –concepto que va más allá de la sociedad política– ha sido conquistado de forma pacífica. La construcción del socialismo, en el modelo de la Unidad Popular, no pasa por la abolición violenta del Estado burgués, sino por «reemplazar la actual constitución burguesa dentro de la propia Constitución, respetando las instituciones políticas y las leyes vigentes» (Garcés citado por Baño y Flisfisch 1988, 83). Sin embargo, el golpe de Estado a Salvador Allende (1973) modificó esta visión, y abrió la discusión hacia las posibles limitaciones de las transformaciones en democracia y la pertinencia de la lucha armada, y por tanto, de modificar la idea de que el sujeto revolucionario se podría forjar al margen su participación en dichos procesos.

Nicaragua: Nacionalismo y liberación

Desde la segunda mitad de la década del setenta, la Revolución sandinista acapara la atención de una parte de la izquierda latinoamericana, la cual, desde el interés de ampliar las posibilidades de acción de los partidos formales (comunistas, socialistas), se ve atraída por un movimiento: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). El FSLN, sin el canónico uso de la terminología marxista, desarrolla un proceso revolucionario que vincula –en la perspectiva del sujeto revolucionario– a campesinos, obreros, estudiantes, sacerdotes, intelectuales de la clase media y sectores de la burguesía nacional; una composición heterogénea que cuestiona las versiones tradicionales de la izquierda sobre el sujeto revolucionario. La diferencia, respecto a la experiencia cubana, radica en que la composición del sujeto tiene como uno de los componentes más fuertes el nacionalismo, y en menor medida, el socialismo.

Con ese antecedente, el FSLN levanta varias inquietudes: ¿Cómo planearse la revolución por fuera de la ortodoxia marxista? ¿Cómo remplazar a los insignes referentes de la revolución como Marx o Lenin, e inclusive el Che o Fidel? ¿Con qué sustituir la propuesta socialista hacia las masas? ¿Cómo motivar un proceso que tenga en esencia la posibilidad de generar una alta movilización de masas en respaldo a las fuerzas rebeldes? ¿Con qué sustituir al proletariado como sujeto central del proceso de emancipación?

Uno de los ejes del ideario revolucionario nicaragüense fue la imagen de Augusto César Sandino.³¹ La idea de lo nacional, en esta perspectiva, estaba ligada a lo popular: potenciar lo nacional significaba incluir el acervo localizado en los sectores excluidos del Estado oligárquico, que modelaban la sociedad a partir de las imágenes foráneas, especialmente europeas y estadounidenses. En efecto, la patria y la nacionalidad pasaron a ser posibles desde la base de la libertad y la unidad de todos los oprimidos. De ahí que: el «odio a los agresores externos y a los vendepatrias» y «la unidad de acción entre los patriotas y los oprimidos» (Weelock Román y Sandino citados por Muro 1986, 49) fueron condiciones fundamentales del ejercicio de la política revolucionaria.

31. Sandino es el símbolo de la identidad nicaragüense, conjuntamente con el poeta Rubén Darío. Comandó la resistencia en la guerra contra los EUA en Nicaragua (1930); transformándose su pensamiento, años más tarde, en la base ideológica para la conformación de FSLN. Del uso de la imagen de Sandino se desprende, por una parte, la necesidad de contar en Latinoamérica con referentes «propios» (nacionales), independientemente de si estos se fraguaron en contextos históricos y políticos, no necesariamente empáticos con la perspectiva de ruptura socialista. De esta manera, Bolívar, Artigas, Sandino, Martí, Alfaro (para el caso ecuatoriano), entre otros, se transformaron para parte de izquierda regional (como AVC, M-19 o MLN-Tupamaros), en los símbolos sobre los cuales cohesionar voluntades de lucha antioligárquicas y antiimperialistas.

En el FSLN no existió una homogeneidad teórico-política, pero sí una relación compacta entre las tendencias existentes al interior,³² a partir de dos motivantes ideológicos: el problema del poder y la participación activa del pueblo. Esto solo fue posible a partir de una configuración amplia, de esencia policlasista.³³ De esta manera, existió un «considerable grado de pluralismo político. En este sentido, en el proceso revolucionario la clase obrera no representaba la hegemonía (Vila y Harris 1985, 11). Se conformó un bloque de fuerzas revolucionarias múltiple, con contenidos heterogéneos, en donde estudiantes, campesinos, barriadas de las ciudades, obreros, cristianismo de base radicalizado, e inclusive sectores de la «burguesía patriótica» (10), componían una sinfonía amplísima – no poco disonante– que se agrupaba en los genéricos de pueblo y patria.³⁴

La experiencia sandinista aporta una serie de elementos a la lectura del sujeto revolucionario, que, bajo las condiciones de la dominación imperialista norteamericana, se alimenta con un sentimiento patriótico. Este sujeto revolucionario no es homogéneo, pues no necesariamente se agrupa en torno a la identidad de lucha anticapitalista, abriéndose las posibilidades de un sujeto revolucionario colectivo, que se va construyendo en la praxis revolucionaria, sobre la base de una figura de identificación común; en el caso de Nicaragua: Sandino.

Teología de la liberación y el sujeto «pobre»

Como anotamos, la teología de la liberación resulta un fenómeno propiamente latinoamericano, que se extiende por varios países, incluyendo Ecuador.³⁵ Sectores cristianos de base y teólogos asumen la construcción de la Iglesia al servicio de los «humildes, como la opción preferencial por los pobres»

32. Nos referimos a las denominadas tendencias: la proletaria, la tendencia de guerra popular prolongada y la insurreccional o tercerista (Muro 1986, 134).
33. En tal virtud, la lucha antidictatorial no necesariamente significa lucha anticapitalista. Así, la caída de la dictadura de Anastasio Somoza no significó el enfrentamiento con la burguesía en su conjunto. En esa misma línea, el combate antioligárquico (entendidas como lucha contra las fracciones más atrasadas -en términos históricos- de la élite dominante) per se no implica una postura anticapitalista, sino más bien una crítica al anquilosamiento de las relaciones sociales capitalistas y a los grupos tradicionales de poder oligárquico.
34. Así se confirma en la participación de elementos no somocistas de la burguesía en la Junta de Gobierno Nacional de Reconstrucción, posterior al triunfo del sandinismo en junio de 1979; como anotaba el comandante sandinista Luis Carrión, «sacrificar los intereses individuales o de grupo, en beneficio de los sagrados intereses de la Patria” (Carrión citado por Vila y Harris 1985, 20).
35. Por ejemplo, en Chile con la corriente «cristianos por el socialismo»; el cristianismo de base y el cura Gaspar en Nicaragua; monseñor Óscar Arnulfo Romero en El Salvador; Camilo Torres en Colombia; Gustavo Gutiérrez en Perú, y en Ecuador con monseñor Leonidas Proaño; como algunas de las figuras emblemáticas (Moreano 2012, 19; Dussel 1994, 118-20).

(Gutiérrez 1974, 308), ligando las necesidades de la población pobre a la misión liberadora y salvífica de Cristo en la Tierra (321). La dimensión social de la Iglesia crea condiciones para la inclusión de las masas en la acción política, por medio de las comunidades eclesiales de base –CEB– (Proaño 1974, 62). El ser pobre, en este sentido, obtiene una connotación paralela al ser explotado de la razón marxista (Moreano 2012, 31); de esta manera, los pobres son los protagonistas y el sujeto histórico concreto, absoluto y único de la liberación (Fornet-Betancourt 1993, 248; Moreano 2012, 32).

Para Dussel, la praxis es el elemento articulador entre teología y marxismo. La construcción de lo inmediatamente necesario para los desposeídos resulta ser el código de ética que, a su vez, promueve una metodología de acción y participación de los sectores excluidos. Formalmente, no está en su dominio definir quién es el sujeto de la revolución, no es su responsabilidad producirlo. La Iglesia de los pobres, a decir de Leonidas Proaño, tiene como objetivo «denunciar el mal en que se encuentra el hombre» (Proaño 1974, 62).

A pesar de lo anterior, Moreano plantea que «la Iglesia radical descubrirá en los «pobres» la fuerza espiritual que encarnaba a Cristo, y, en esta medida, la categoría de «pobre» asume «una visión teológico-política amén a la economía-política» (2012, 29-30). Así, el pobre, en el análisis de Moreano, guarda empatía con la noción de proletariado, visto como todos los oprimidos por el capital y no exclusivamente como el obrero industrial. Este planteamiento es importante para entender el debate sobre el sujeto revolucionario en América Latina, debido a que «la tesis de los pobres como sujeto central de la historia, cobrará [...] una dimensión escatológica» (1994, 35).

En esta línea, ser pobre se traduce en una cualidad ética del «evangelio de los pobres». Para la teología de la liberación, la pobreza responde a causas sociales fundadas en una «situación estructural, injusticia social, visto a la luz de la revelación cristiana» (Gutiérrez 1994, 307-8). A este factor material generador de la pobreza se le agrega el factor bíblico, en tal virtud, «el pecado estaría depositado en la realidad viva» (Paulo VI citado por Proaño 1974, 60), adquiriendo una dimensión social y no individual. De esta forma, se concluye que «el sistema capitalista es pecado» (Proaño 1974, 63).

A manera de cierre, se advierte la relación entre nacimiento e ideación de un determinado sujeto en un particular contexto histórico. Actores sociales en condiciones de transformar el estado de las cosas, se presentarían como producto y negación de la estructura que los originó. Por ejemplo, el campesinado, la militancia, la clase obrera, el pueblo (sujetos centrales de los procesos chileno, cubano y sandinista), fueron posibles en un contexto de crecimiento del sector industrial, colonial o de vasallaje nacional, léase, en una trama específica del desarrollo de la formación social. Sin el factor estructural, simplemente estos sujetos no habrían existido y trastocado la base que los vio nacer.

Por tanto, existe una relación entre sujeto y estructura dialéctica determinada (Osorio 2001, 77-9). Marx en el *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte* diría que: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que les han sido legadas por el pasado» (1971).

Ni el determinismo económico, ni el voluntarismo politicista, son la condición del sujeto revolucionario, sino la expresión unitaria de las condiciones del mundo material y de la conciencia, que se manifiestan, a decir de Osorio, como «relaciones de desequilibrio existente» (2001, 80).

El «anti humanismo teórico» althusseriano concebiría que la «historia es un proceso sin sujeto» y otorgaría al mecanismo del proceso histórico la centralidad y al sujeto un rol aleatorio, al ser resultado determinado por el nivel estructural (Ichida 2006, 2). Pensando con Lefebvre (1974), creemos que los factores estructurales-dados tienen una relación dialéctica con los factores coyunturales-creados, la dimensión histórico-estructural con la política-estructurada, el proceso con el sujeto. El sujeto revolucionario se realiza al interno de una situación histórica estructural concreta de la cual es «víctima» y «victimario».

CAPÍTULO II

En búsqueda de la chispa en la(s) izquierda(s) ecuatoriana(s)

La conservación de un lenguaje marxista, por personas para quienes se ha vuelto totalmente ajeno el pensamiento de Marx, constituye una gran desgracia para el socialismo.

Georgs Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*

Mis muertos siguen sufriendo el dolor de la vida en mí.

Antonio Porchia

*Eran jóvenes todos.
Y marchaban con tal coraje y firmeza tanta
que el futuro –al mirarles avanzar– hizo
genuflexión, cayó rendido y en rendición a ellos:
fue presente.*

David Ledesma Vázquez, poema «Guerrilleros»

En el presente capítulo se realiza un recorrido por el debate teórico-político en torno al sujeto revolucionario construido por las izquierdas en Ecuador, mediante la revisión de los discursos de los partidos más influyentes de la época. Las preguntas a responder son: ¿cuáles son los elementos que separan a las variantes de izquierda en torno al sujeto revolucionario? ¿Dónde opera la diferencia fundamental en los discursos entre las izquierdas ecuatorianas en su concepción del sujeto revolucionario?

El énfasis del capítulo radica en las diferencias *inter-partidistas*, y *no intra-partidistas*, de tal suerte que la caracterización de cada una de las tradiciones de izquierda del período, procura determinar su vertiente hegemónica. Considerando que no se trata de un campo de acción homogéneo, se procede al análisis de la forma en cómo la intelectualidad orgánica pensó el tema, en el PCE, PSRE, PSE, PCMLE, MIR, MRT y AVC.

Bolívar Echeverría (2011) establece una diferenciación entre las variantes de izquierda a partir de determinados valores oposicionales, marcados por el nivel de ruptura hacia la modernidad capitalista y, en tal medida,

los alcances para la comprensión del concepto de revolución que se fundan en la oposición al carácter oligárquico, racista y explotador de la sociedad capitalista latinoamericana. Por su parte, Cristina Benavides (2014) establece la diferenciación entre la izquierda en términos de la acción política-militar: vía armada o pacífica/legal o ilegal, asumiendo un esquema que se aparta de la propuesta que privilegia –como en el caso de Echeverría– a los aspectos político-ideológicos. El enfoque del presente trabajo considera que tanto las diferencias ideológicas y políticas como las que giran en torno a la lucha pacífica o armada, aportan en conjunto para entender el proceso de diferenciación de la praxis de izquierda.

Las fuentes de investigación escogidas se refieren de manera directa a lo que pensó este segmento de la izquierda del sujeto revolucionario en el período 1975-1986, de tal suerte que los análisis, que se separan de la temporalidad analizada, son preferencialmente discriminados, en procura de sortear visiones posiblemente distorsionadas por el tiempo. En este sentido, los materiales escogidos son: a) los órganos centrales (periódicos, revistas) que proveen criterios –independientemente de su autor– del colectivo partidario, que mayoritariamente se ve identificado con posturas que ocupan una dimensión política orgánica; b) determinados libros, escritos por intelectuales adscritos a una determinada corriente política, y c) entrevistas a informantes calificados, vistos como militantes de diversos partidos de la época, en los cuales podemos indagar posturas que, por las limitaciones en general de la producción teórica de la izquierda ecuatoriana, no las encontramos en textos escritos.

Cabe destacar la importancia que en el proceso de investigación tuvieron los órganos centrales de los partidos en estudio, que expresan el pensamiento del intelectual orgánico, voz del intelectual colectivo, en la versión de Gramsci: el Partido. La revisión hemerográfica supuso un análisis del discurso de los partidos en torno al sujeto revolucionario, más allá de que, en la práctica política sea correspondiente o no el privilegio por tal o cual sujeto de la revolución. Dicho de otra manera, la investigación no advierte fácticamente la pertinencia de uno u otro sujeto, sino que, en este capítulo, se limita simplemente a describirlo.

En el caso del MIR, analizamos la revista y periódicos *Causa Proletaria*, *Lucha Proletaria* y *Voz Rebelde*; en el PCMLE recurrimos a su órgano central *En Marcha* y al periódico *Patria Nueva* del MPD (expresión electoral del PCMLE) y a los informes de labores de la FEUE; para analizar el PCE se revisó su órgano de difusión *El Pueblo* y *Juventud Rebelde*, además de textos de Pedro Saad; para el caso del PSE el periódico *La Tierra* y los textos de Germán Rodas y Jorge Oviedo; para el PSRE, artículos publicados en *La Tierra*, *Prensa Obrero* y *Campesina*, *Tribuna Socialistas* y trabajos de Manuel Agustín Aguirre y Telmo Hidalgo; para AVC revisamos la revista *Qué Púchicas Mi País*, *Montoneras*, los

textos *Mientras haya algo que hacer nada hemos hecho* (MHQH), *Insurgencia, democracia y dictadura*, de Darío Villamizar, y *AVC: Revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa*, de Juan Fernando Terán; para el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT) revisamos *Lucha Socialista, Nuestra Lucha, Tarea Urgente y Movimiento*, además de trabajos de Fernando Velasco.

LA IZQUIERDA EN EL PERÍODO 1975-1986

El desarrollo del sistema capitalista en Ecuador, particularmente, la expansión del capital industrial³⁶ y los centros urbanos, tiene como correlato la conformación de un importante sector de trabajadores, quienes en una coyuntura política conflictiva, debido a la presencia de la Junta Militar y la precarización de sus condiciones de vida, empiezan a fortalecer las centrales sindicales. Esto lleva a que, el 13 de noviembre de 1975, se produzca la Primera Huelga Unitaria, de carácter nacional, realizada por el FUT, el cual está conformado por: la Central de Trabajadores del Ecuador (CTE), Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres (CEOSL) y la Confederación Ecuatoriana de Organización Clasistas (CEDOC), quienes colocan la lucha de los trabajadores y del movimiento obrero en la palestra pública.³⁷

Como muestra la tabla 1, la agenda de las organizaciones sindicales sale de lo gremial, lo que provoca el crecimiento general de la conflictividad social con el apoyo del estudiantado y los sectores jóvenes de las clases medias (Terán 1994, 14). Los últimos son sectores que se inclinaron, en algunos casos, a pensar en la radicalización de la política y la lucha armada, al tiempo que otros

36. Los principios de la política de industrialización, durante la década de 1970 en Ecuador, estaban contenidos en la «Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario del Ecuador» (1974), formulada en el gobierno militar de Guillermo Rodríguez Lara. Posterior a los dos períodos dictatoriales (Rodríguez Lara y el triunvirato militar), se abrió, en lo político, un ciclo de transición hacia el orden constitucional, que estaba, sin embargo, controlado de manera directa por los militares y los EUA, en concordancia con las necesidades de las élites dominantes del país. En ese momento, existía una agitación social importante y la presencia de gobiernos represivos —como el de León Febres Cordero—. En lo económico, el ciclo neoliberal se expandía y reprimarizaba la producción, además de medidas que afectaban directamente a la organización sindical, como la flexibilización laboral.
37. Con Emilio Velasco se produce el triunfo de la línea «clasista» al interior de la CEDOC, de la mano de la FENOC que estaba fuertemente influenciada por la acción del MRT de Fernando Velasco. José Chávez de la CEOSL, en el VI Congreso, rompe con la línea proimperialista con la que se fundó dicha central sindical. Tanto la CEDOC, como la CEOLS, y la CTE de Juan Vásquez (militante del PCE) sostienen, por primera vez en el país, la unidad de las tres centrales sindicales en el FUT.

Tabla 1. HUELGAS NACIONALES ENTRE 1975 Y 1986				
<i>Huelga</i>	<i>Fecha</i>	<i>Participantes</i>	<i>Gobierno</i>	<i>Plataforma de lucha</i>
Primera	13 de noviembre de 1975	CTE, CEDOC, CEOSL	Gral. Guillermo Rodríguez Lara	Por la reforma agraria integral, el aumento salarial y la nacionalización del petróleo.
Segunda	18 de mayo de 1977	CTE, CEDOC, CEOSL	Triunvirato Militar	Se repite la plataforma de 1975.
Tercera	13 de mayo de 1981	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT)	Jaime Roldós	Por el aumento salarial, contra el alza de los combustibles y pasajes y la estatización del transporte público.
Cuarta	9 de diciembre de 1981	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT)	Oswaldo Hurtado	La misma plataforma de 1981, más la democratización de la educación superior.
Quinta	22 y 23 de septiembre de 1982	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT)	Oswaldo Hurtado	Por la derogatoria del reglamento de la Ley de Reforma Agraria, defensa derechos humanos y reivindicaciones de los barrios urbanos.
Sexta	21 de octubre de 1982	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT)	Oswaldo Hurtado	Contra el alza de los combustibles y las imposiciones del FMI.
Séptima	23 y 24 de marzo de 1983	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT)	Oswaldo Hurtado	Contra la devaluación del sucre, incremento de los precios de la gasolina y sucretización de la deuda externa privada.
Octava	31 de octubre de 1984	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT)	León Febres Cordero	Contra la devaluación del sucre y las posturas arbitrarias del gobierno.
Novena	9 de enero de 1985	FUT, Frente Popular, UGTE y UNE	León Febres Cordero	Contra la devaluación de la moneda, subida del precio de la gasolina y del transporte.
Décima	27 de marzo de 1985	FUT, Frente Popular, UGTE y UNE	León Febres Cordero	Por el aumento salarial y contra la postura arbitraria del gobierno.
Décima primera	17 de septiembre de 1985	FUT, Frente Popular, UGTE y UNE y ECUARUNARI	León Febres Cordero	Contra la desincautación de divisas y flotación de tasa de interés.
Décima segunda	25 de marzo de 1986	FUT, Frente Popular, UGT, UNE y ECUARUNARI	León Febres Cordero	Contra el alza de precio de gasolina y transporte público.

Fuente: Jorge Dávila.
Elaborado por: Tomás Quevedo.

frentes optaron por participar en la democracia a través del sistema de partidos (PSE, PCE-FADI, PCMLE-MPD). Asimismo, se puede apreciar la progresiva vinculación de más sectores convocantes a las huelgas nacionales, como el caso de la ECUARUNARI, el magisterio, los barrios y otra central sindical, la UGTE,³⁸ no vinculada orgánicamente al FUT.

El retorno a la democracia se produjo en momentos en los que, pese a la intensa represión, las organizaciones sindicales, estudiantiles, campesinas y barriales enfrentaban al Triunvirato Militar, cuya política antiobrera tuvo como desenlace los acontecimientos del 18 de octubre de 1977, en el ingenio azucarero Aztra, hecho que implicó la respuesta del movimiento sindical y la adopción de posturas tendientes a la lucha armada.³⁹

Por otra parte, el desarrollo del movimiento estudiantil se afincó en la lucha por el derecho a una educación gratuita y de libre ingreso; esta coyuntura, fue un aliado importante del movimiento sindical, como en el caso de las «jornadas de abril» de 1978. El magisterio, por su lado, planteó como demandas centrales al Estado: la cancelación a tiempo de los salarios y la mejora gradual de sus ingresos. A nivel campesino se establecieron dos instancias: la articulación de las organizaciones campesinas a las estructuras de las centrales sindicales y partidos⁴⁰ y el desarrollo de otras organizaciones indígenas más allá de la FEI⁴¹ (aun con concepciones campesinistas). Estas organizaciones surgieron de la acción de los partidos de izquierda, de las OPM y del ala progresista de la Iglesia: la ECUARUNARI (1972).⁴²

38. Unión General de Trabajadores del Ecuador, central sindical conformada a principios de la década del 80, articulada estrechamente al PCMLE.
39. La masacre de Aztra ocurrió en el momento de un llamamiento a huelga de trabajadores, hecha de manera unitaria por varias organizaciones sindicales que tenía el Ingenio Azucarero (alrededor de 25), provocada a partir de un alza de los precios del azúcar. La respuesta de la patronal fue de las más sanguinarias en la historia nacional, cegando la vida, según los reportes de las centrales sindicales, de alrededor de 130 obreros. Por medio de llamados a conformar un frente electoral unitario en el FADI (situación a la que se unen, inclusive, el MRT y el MST, entre otros) o de acciones de «desquite» contra la burguesía (como el secuestro y ajusticiamiento del industrial Briz López) o la convocatoria, a pocas semanas de la masacre, a una jornada de lucha por parte de las centrales sindicales, el «18 de octubre» y «Aztra» pasaron a ser más que un nombre y una fecha recordatoria: fueron símbolos para repensar la acción política.
40. La FENOC estará articulada a la CEDOC, la FEI a la CTE y la FENACLE a la CEOSL.
41. FEI: Federación Ecuatoriana de Indios. Fue fundada en 1944 y estuvo, en el transcurso de su vida, asociada fuertemente al PCE. Una de sus líderes insignes será Dolores Cacuango.
42. ECUARUNARI: Ecuador Runakunapak Rikcharimuy (renacimiento de los indios ecuatorianos). A su vez hay que recordar que la articulación de sindicatos rurales y partidos de izquierda fue anterior, data de 1930 y se consolida, sobre todo, por la adscripción corta del PSE, y más adelante del PCE, a los congresos de la Tercera Internacional, que para ese entonces había planteado la estrategia del Frente Popular (o la alianza obrero-campesina). Más

Esta coyuntura comenzó a declinar en 1986, con los primeros síntomas del decaimiento de la lucha obrera, la desarticulación del proyecto AVC (con el asesinato de sus principales dirigentes), entre otros sucesos que se detallarán en el capítulo III; así como con el advenimiento de los «movimientos sociales» que asumen una ideología por fuera del marxismo (preeminencia del discurso culturalista).⁴³

Es en este escenario de acción la izquierda desarrolló varias concepciones sobre el sujeto de la revolución ecuatoriana, en un marco de paso del dominio militar al orden constitucional, proceso que varió los repertorios de acción: mientras unos radicalizaron su propuesta hacia la lucha armada, otros optaron por el electoralismo, lo que marcó diferencias a la hora de concebir al sujeto revolucionario, pues no es lo mismo formar una columna guerrillera que construir una base electoral. Como se planteó anteriormente, la carga diferenciadora, a la hora de singularizar al sujeto histórico, está apalancada en los aspectos político-ideológicos tanto como la distinción formal entre lucha armada y pacífica, que evidencia a su vez, la comprensión específica sobre la formación social ecuatoriana, el contexto internacional y la correlación de fuerzas. A continuación, se exponen las concepciones del sujeto revolucionario postulados por las principales organizaciones de izquierda del Ecuador, durante el período de este estudio.

PARTIDOS LEGALES Y SEMILEGALES: EL SUJETO REVOLUCIONARIO EN DISPUTA

PCE: El obrerismo teórico y la revolución nacional liberadora

El Partido Comunista del Ecuador nació a finales de la década del 20 del siglo pasado, identificándose tempranamente (1933) con la Tercera Internacional, relación que persistió durante todo el tiempo de vida de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El Comintern o Tercera Internacional, «centro irradiador de idearios» (Ibarra 2014), formuló un conjunto de tesis para los países coloniales y semifeudales (en los que se incluía todo el orbe a excepción de Europa, EUA y la URSS) que planteaba: en los países de capitalismo no-desarrollado, la revolución debería ser de carácter democrático-burgués, puesto que no había posibilidad de saltarse los «estadios del desarrollo

adelante, esta estrategia fue transformada en el Frente Único (alianza del proletariado con las burguesías nacionales); precisamente en tiempos de avance del fascismo.

43. Aquí hacemos referencia a la centralidad que adquieren los discursos de la cultura y el denominado «giro lingüístico» (Jaspers) en la inteligibilidad social, posturas ligadas fuertemente a enfoques posmodernos, que negarían la actualidad de los meta discursos, en particular, del marxista.

histórico» (Stalin 1977), por tanto, si no se habían desarrollado las relaciones de tipo capitalista, el socialismo se tornaba inviable. En este sentido, los comunistas de los países del «tercer mundo» tenían que aliarse a las burguesías nacionales en su lucha contra los rezagos precapitalistas, para generar las condiciones materiales (desarrollo de las fuerzas productivas) que permitiesen el derrotero socialista.

La actitud acrítica hacia las orientaciones de la Tercera Internacional se mantendría incólume en las reflexiones del PCE.⁴⁴ Este alineamiento al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) –convertido en el centro ideológico del comunismo internacional– marcó la comprensión del PCE acerca del sujeto revolucionario. La tesis de la revolución democrático-burguesa de la URSS encontró su correlato en Ecuador en el concepto de la revolución nacional liberadora (RNL).⁴⁵ A decir del PCE:

Nuestra patria no puede alcanzar [el socialismo] sino después de un proceso de transformaciones sociales revolucionarias, cumpliendo etapas que deben realizados los objetivos de la revolución nacional liberadora, en su triple contenido: antiimperialista, antifeudal y democrática. El paso de la revolución socialista depende de la profundidad de la revolución nacional liberadora y de la correlación de fuerzas sociales que se creen en ese proceso. (*El Pueblo*, No. 1187, 1978)

La tesis de la RNL forzaba a tender puentes con una parte de las clases dominantes (en particular la burguesía nacional, que se suponía era de alguna forma «dominada» por el capital transnacional) para «preparar las condiciones» hacia el horizonte socialista. En el año 1974, el histórico Secretario General del PCE, Pedro Saad, impartió en la Facultad de Agronomía de la Universidad Estatal de Guayaquil, a propósito de la Segunda Reforma Agraria impulsada por los militares, un discurso en el que se recalcaron «coincidencias» entre el PC, el gobierno y los militares: «tanto ellos [el gobierno y los militares] y nosotros, nos enfrentamos al mismo problema y forzosamente, aunque partamos

44. El PCE sostuvo una política de alineamiento hacia la Unión Soviética durante alrededor de 50 años, puesto que consideraba a la política internacional soviética como la «magistral política exterior de la URSS» (*El Pueblo*, No. 1350, 1981: 4). Incluso en los albores de la caída del Muro de Berlín, el semanario *El Pueblo* (1987) planteaba que la Perestroika suponía un tipo de «reforma a la máxima democratización de la sociedad soviética», que «la Unión Soviética, [era la] patria del socialismo práctico» y «las reformas a la producción» significaban «más socialismo».
45. Hernán Ibarra explica a la Revolución Nacional Liberadora como una configuración de fuerzas motrices, integradas por «la alianza obrero campesina junto a otros sectores sociales, particularmente la pequeño burguesía y la burguesía nacional» (Ibarra 2013, 60).

de diferentes puntos de vista, al operar de buena fe se producen coincidencias» (Saad 1974, 183).

Dado que el planteamiento del PCE era que Ecuador vivía una situación semifeudal, debido a las relaciones de producción en el campo, el primer paso era una transformación en el agro, que liquidara las formas de producción heredadas de la colonia en la hacienda serrana,⁴⁶ en conexión con la acción política de la burguesía nacional (aceptando su existencia previa), lo que significaba impulsar una revolución nacional liberadora antiimperialista, pero no anticapitalista. En este orden, Saad dice en una intervención en Cuba: «nosotros hacemos alianzas con la burguesía agraria, con los capitalistas agrarios en los problemas de la lucha contra el imperialismo, en la lucha contra el precio, el mercado, etc.» (Saad 1974, 35).

El potencial carácter antiimperialista de la burguesía y la necesidad de acción conjunta con los trabajadores fue una de las ideas motrices (Aguirre 1983, 56), que se mantuvo tanto en el período dictatorial (1972-1979), como en el retorno a la democracia (1979-1986). El sujeto revolucionario, en la fase de la RNL y en los planteamientos del PCE, fue la alianza entre los trabajadores y la burguesía nacional,⁴⁷ que se manifestó en el combate conjunto ante la oligarquía (antinacional y antipopular). Ejemplo de ello fue la conformación de la Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE) en 1944, y el Frente Amplio de Izquierda (FADI) –brazo electoral del PCE desde el retorno a la democracia– en la década del ochenta, quienes privilegiaron la contienda política, respetando las reglas de juego del sistema de partidos burgués.

A lo anterior se sumó la idea persistente de que el sujeto encaminado a liderar la revolución era la clase obrera, sobre todo en el desarrollo de la revolución socialista – segunda fase–, proceso únicamente posible después del triunfo de la RNL –primera fase–. Así lo expresó Manuel León, Secretario General del PCE:

Nuestro Partido lucha por el establecimiento del socialismo y del comunismo en el Ecuador. En el momento actual luchamos por los objetivos de una revolución nacional liberadora, antiimperialista, antifeudal y democrática [...]. El paso a la revolución socialista, creemos a nuestro juicio, [iniciará] de la profundización de la revolución nacional liberadora, y de la correlación de fuerzas que se creen en este proceso. (*El Pueblo*, No. 1139, 1977)

46. A decir de Saad: «no es posible –lo decía escandalizado– que nuestros campesinos sigan produciendo con azadón mientras en otras partes existe tractores» (Saad 1974).

47. Hernán Ibarra recuerda, a partir de los estudios de Nela Martínez, Erika Silva y Rafael Quintero, la relación existente entre Pedro Saad y el browderismo, corriente política estadounidense fundada por Earl Browder, Secretario General del Partido Comunista de los EUA, cuya propuesta central giraba alrededor de la «tercera vía» (convivencia entre el capitalismo y el comunismo) y la «superación de los antagonismos de clase» (Ibarra 2013, 50-1).

La propuesta de la clase obrera, como vanguardia de las demás clases partícipes de la revolución (burguesía nacional, campesinado), se sostenía de manera doctrinal en la narrativa del PC. La clase obrera adquiriría, en lo teórico, un grado superlativo. De esta forma, las demás clases sociales explotadas serían –según lo que consta en las resoluciones del X Congreso del PCE en 1981– las que «acompañen» la obra futurista de la clase obrera (*El Pueblo*, No. 1347, 1981). De la misma manera, antes del X Congreso, en el año 1975, a propósito de la Primera Huelga del FUT, el PCE plantea que:

Ha quedado demostrado que existe en el país la fuerza necesaria para avanzar por el camino de las transformaciones revolucionarias, una fuerza capaz de vencer los obstáculos y derrotar a los enemigos. HA QUEDADO DEMOSTRADO, LO DECIMOS ORGULLOSAMENTE, QUE A LA CABEZA MARCHA LA CLASE OBRERA DEL ECUADOR, LA CLASE LLAMADA A DIRIGIR LA TRANSFORMACIÓN DEFINITIVA DEL PAÍS EN ALIANZA CON TODOS LOS ECUATORIANOS, CIVILES Y MILITARES, QUE RECHAZAMOS LA MISERIA Y EL RETRASO, QUE QUEREMOS UN ECUADOR GRANDE, LIBRE Y PROGRESISTA. (*El Pueblo*, No. 1029, 1975), (énfasis en el original)

La visión dogmática de la importancia de la clase obrera (obrerismo teórico),⁴⁸ dejaba de lado, en términos teóricos, a una significativa población campesina en el Ecuador de la época, por tanto, el «obrerismo» (ensimismamiento de lo obrero) descontextualizará la condición del país. Esto se ve matizado con la trascendencia práctica que asume la figura del «pueblo», «pueblo ecuatoriano» y «mayorías laboriosas». Así, «el pueblo ecuatoriano [...] tiene que desplegar su acción, lo más resuelta y unitaria posible [...] que representa avanzar por los caminos de la democracia, de la libertad, del progreso y del bienestar de las grandes mayorías». (*El Pueblo*, No. 1347, 1981: 1)

El concepto de pueblo tendió un puente entre los sectores que no están contenidos en la clase obrera, lo que significó la creación de un contenido policlasista en la idea del sujeto revolucionario. Uno de los editoriales de *El Pueblo*, con motivo del advenimiento electoral en 1977 (cambio del modelo de dictadura militar a la democracia de partidos), decía: «este es un paso a un nuevo régimen elegido por el pueblo y bajo principios jurídicos también aprobados por las grandes masas populares del país a través de referéndum y de los correspondientes actos electorales» (*El Pueblo*, No. 1088, 1977).

48. Según el CONADES, para 1974 «Ecuador era un país predominantemente rural», solo el 41,2% se reconoció como urbano, mientras que en 1986 las proyecciones de la población rural se fijaban 54,7%; se terminará el informe diciendo que «así sin embargo más del 50% de la población estará en el campo» (CONADES 1979, 11-38).

La vinculación entre la «cerrada» idea de la clase obrera y la «abierta» idea de pueblo marca la narrativa del PCE, que a momentos se torna un tanto confusa. Los llamados a la «salida democrática de la crisis económica, la oposición a la «política antipopular y antinacional», el marcado «menosprecio de «este gobierno» frente al hombre ecuatoriano», arengas por la «lucha reivindicativa, liberadora y patriótica», lucha por los «objetivos democráticos y antiimperialistas» o la consigna: «marchar por el camino de la liberación nacional y social rumbo al socialismo», son frases persistentes; pero ¿cuáles son los lugares de enunciación de este extraño laberinto verbal? A nuestro entender tres: el «marxismo soviético», el «populismo» y el «liberalismo», conceptos que acompañan no solo al discurso del PCE, sino que, de alguna forma, caracterizan a parte de la izquierda en Ecuador, problema que será tratado con mayor profundidad en el capítulo III.

A modo de síntesis, el contenido central de la propuesta del PCE, respecto al sujeto revolucionario, gira en torno a tres actores: 1. La clase obrera, 2. La burguesía nacional, y 3. El pueblo. Y una estrategia subdividida en dos: a) la liberación nacional (de corte democrático burgués), y b) la socialista.

El contenido antiimperialista de la lucha por la liberación nacional es más claro hoy ante las masas, al igual que el contenido antifeudal y democrático de la misma. Esta lucha consiguientemente puede agrupar a diferentes fuerzas en un amplio frente con este triple contenido antiimperialista, antifeudal y democrático. Este es el frente de la liberación nacional. La fuerza principal, la fuerza más consecuente de esta lucha es la clase obrera. En las actuales condiciones de nuestro país, no hay otra clase capaz de dirigir esta lucha [...]. Por supuesto que la clase obrera, hay que repetirlo, tiene que unirse ella [a la RLN] y unir a su alrededor a los campesinos, a los trabajadores, a través de la alianza obrero-campesina, a los asalariados agrícolas, a los explotados, a todos los marginados, y unir a otras fuerzas que coincidan con las tareas de lucha por la liberación nacional [...]. Corresponde, pues, a la clase obrera desempeñar el papel dirigente en esta revolución liberadora, sin perjuicio de la participación que puede tener incluso la burguesía nacional. (*El Pueblo*, No. 1373, 1982)

La preocupación por la problemática agraria, desde donde se desprende de la idea de la articulación obrero-campesino, surgió desde el nacimiento del PCE.⁴⁹ La figura de Ricardo Paredes fue clave para esto.⁵⁰ En el período estadia-

49. Desde sus inicios, el PCE se vinculó con el tema campesino-indígena, con Ricardo Paredes y Joaquín Gallegos Lara, al que se agregan nombres como Dolores Cacuango, Tránsito Amaguaña, Neptalí Ulcuango, Jesús Gualavisí, Angelita Andrango, María Luisa Gómez de la Torre, entre otros.

50. Ricardo Paredes, para 1925, planteaba la necesidad de diferenciar a tres tipos de países de la periferia capitalista: los coloniales, semicoloniales y dependientes, categoría última en la

do (1975-1986), el tema agrario giró en torno a la propuesta de la reforma agraria democrática –RAD–, que planteaba, en lo medular, una reforma que elevara la productividad del campo y entregara tierras a los campesinos. No obstante, a pesar de todo, la profundización de la noción del campesinado como sujeto revolucionario fue secundaria (fuera de la burguesía agraria), dado la importancia que habían adquirido el sujeto revolucionario, la clase obrera, la burguesía nacional y el pueblo.

PSRE: El proletariado como negación del orden

El PSRE surge a partir de una ruptura con el PSE, en el año 1963. Emerge con la idea de construir un movimiento que, al calor de la Revolución cubana⁵¹ –según Manuel Agustín Aguirre «el hecho más importante para América Latina» (Aguirre 1983, 54)– levante una línea insurreccional de masas y se distancie de una práctica circunscrita a la disputa política del sistema de partidos, conciliadora, de corte browderista, en el sentido de no-amenaza-del-orden. Se plantea, de esta forma:

Nuestro Partido [el PSRE] y las posiciones Socialistas Proletarias de este país tenemos la tarea de difundir el pensamiento del Che y de señalar la importancia de la guerra revolucionaria, que de acuerdo a las condiciones de dominio y explotación del Imperialismo, y las burguesías nativas, es el único método para lograr el objetivo final: la Toma del Poder y la construcción del socialismo proletario en América Latina. (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 4, 1977)

El concepto de proletario para el PSRE expresa un proyecto de raíz antagónica con las «formas» del capital (imperialismo, burguesías nativas), canalizable únicamente a través de la guerra revolucionaria, en su forma insurreccional

que se incluía Ecuador. De tal suerte, como se planteó anteriormente, se convierte en uno de los primeros intelectuales, conjuntamente con Mariátegui, antecedentes de la teoría de la dependencia. De la misma manera, Paredes planteaba que «los países que tienen una población indígena muy numerosa (México, Ecuador, Perú, Bolivia) están en mejores condiciones para la edificación del socialismo en el campo que los países donde este elemento indígena no existe» (Paredes citado por Ibarra 2013, 83).

51. La Revolución Cubana, para el PSRE será –como para otros partidos– la piedra angular para la posibilidad revolucionaria. Sin embargo, a pesar de reconocerse en el proceso cubano, el PSRE criticará las intentonas foquistas que se dieron en Ecuador, como la «guerrilla del Toachi» o la del «Pinol». La militante socialista revolucionaria Laura Almeida calificará a estas expresiones como seudoguerrilleras y provocadoras al distanciarse de las masas (Almeida 2007, 19). Un relato detallado de estas experiencias «guerrilleras» en Ecuador, se encuentran en Villamizar (1994).

de masas. A decir del militante marxista Patricio Ycaza, el socialismo revolucionario aparece a partir de: «[la] errática estrategia del PSE en La Gloriosa y la posterior colaboración con el gobierno de Galo Plaza, que Aguirre calificaría como el más tremendo de los errores del socialismo, esto lo llevó a criticar las tesis de la revolución democrático-burguesa en boga y a reivindicar el carácter de la revolución socialista latinoamericana» (Ycaza citado por *Punto de Vista*, No. 537, 1992: 11).

El PSRE desestima la caracterización del Ecuador como semifeudal o feudal, así como la tesis de la revolución democrático-burguesa, propia de la tradición comunista sometida a la Tercera Internacional, como se vio en el caso del PCE. Considera que «los Partidos Comunistas sostienen la existencia de una burguesía nacional antiimperialista, que los lleva a entregar la dirección de esta lucha a estos sectores de la clase dominante» (*Tribuna Socialista*, No. 1, 1976). La desestimación de la tesis de la revolución democrático-burguesa, a su vez, niega la existencia del sujeto revolucionario (burguesía nacional), y es «utópico plantearse [...] que dentro de la clase dominante la burguesía industrial sostenga posiciones antagónicas con el capital imperialista y con los terratenientes y que se encuentre capacitada para liderar o apoyar una revolución democrática-nacional» (No. 7, 1977).

En tal virtud, el PSRE reflexiona sobre el país desde las tesis de la dependencia y el subdesarrollo, sin establecer una relación centro-periferia maniquea. Su propuesta procura comprender el desarrollo de las clases en relación a la deformación de la estructura económica de la nación, que supone la atrofia de la industria y el irregular proceso de modernización del campo (Oviedo 1992, 2-6). A decir del PSRE, «nosotros no consideramos al imperialismo como un fenómeno externo, ante el cual pueda renunciarse o atenuarse las contradicciones de clase al interior de nuestra sociedad sino al contrario: el imperialismo se expresa a través de su aliada la burguesía nativa» (*Tribuna Socialista*, No. 1, 1976).

El PSRE entiende al país como una particular formación social capitalista, superable únicamente a partir del concepto de la revolución proletaria como problema de ruptura del orden capitalista (nacional e imperialista), mediante el uso de la violencia por parte de las masas trabajadoras. En este sentido, los bloques de clases (dominante y dominada) se compondrían de la siguiente manera: la clase dominante constituida por los terratenientes (serranos), latifundistas (costeños), comerciantes importadores y exportadores, banqueros financieros, y burgueses. La clase dominante estaría liderada por una fracción monopólica, subordinada, especialmente, a los intereses del capital norteamericano (Oviedo 1992, 9).

Las clases explotadas, o clases «portadoras de la historia», estarían conformadas por las siguientes fracciones: el proletariado (industrial, agrícola, de

servicios y el semiproletariado), el campesinado pobre y los pueblos indígenas que –sin ser fruto de la evolución capitalista– serían parte de su estructura (Oviedo 1992, 10). En el sujeto revolucionario pensado desde el PSRE convergen, como se aprecia en la clasificación de Oviedo, las clases explotadas tanto de la ciudad como del campo. El problema campesino para el PSRE se convierte en un tema recurrente. Telmo Hidalgo, otro de los dirigentes del socialismo revolucionario, en 1978 plantearía que:

Solo una revolución socialista, proletaria, podrá eliminar la gran propiedad latifundista y entregar la tierra individual o colectivamente a los campesinos [...] superando formulaciones estereotipadas que pretenden encerrar en la categoría de «feudal» o «semifeudal» la realidad y problemas del campo ecuatoriano, consideramos que es el capitalismo subdesarrollado y dependiente donde se encuentra la raíz del desarrollo desigual, del atraso y miseria en la que se encuentran las zonas rurales y de la explotación monstruosa que sufren los campesinos. (Hidalgo 2010, 44)

Este pensamiento establece una relación entre la situación campesina y la perspectiva socialista, siempre y cuando su diagnóstico parta desde el «punto de vista» proletario («revolución socialista, proletaria»), que significa la articulación de los problemas del campo en relación con las demandas de los obreros fabriles, y viceversa. En otras palabras: no es posible la revolución socialista si es que no se piensa una reforma agraria estructural, o si no se compactan las necesidades de los trabajadores del campo y la ciudad, expresadas en la mítica alianza obrero-campesina.⁵² En uno de los editoriales del órgano central del PSRE de la época, *La Tierra*, se esboza:

hemos dicho que el proletariado no puede luchar solo y aislado frente al bloque capitalista [...] aunque la clase obrera constituye la fuerza fundamental, requiere de alianzas estratégicas y tácticas [...] en nuestro país la clase proletaria ha de constituirse en la fuerza dirigente (capacidad revolucionaria) y la principal (por su gran número) que corresponde al campesinado. (*La Tierra*, No. 2, época quinta, 1978)

La superación de la ecuación «clase obrera = sujeto revolucionario» por la de «clase obrera + campesinado = sujeto revolucionario» amplía las posibi-

52. Como lo señala Jorge Oviedo: «en el socialismo revolucionario no se creía a pie juntillas en la tesis de que la clase obrera industrial iba a ser la conductora del proceso revolucionario, había en el socialismo revolucionario una corriente que tomaba en cuenta a la población, aquello se esconde en el genérico de ciudadanía, a la gente de las ciudades del semiproletariado urbano, característico del Ecuador desde el siglo XX. Y se tenía claro los aportes que pueden dar los sectores campesinos e indígenas» (entrevista, 14 de agosto de 2014).

lidades del bloque conductor del proceso revolucionario y, en el orden teórico, rehúye los modelos del marxismo socialdemócrata.

Autodefinido como «marxista autónomo», el PSRE se plantea la lucha contra el «cretinismo parlamentario» (Aguirre parafraseando a Marx en Aguirre 1983, 58-60). Al respecto, propone que «el proletariado ecuatoriano aprenderá de sus propias prácticas la verdadera naturaleza de las elecciones, que persiguen el relevo en el poder de altos mandos militares por los más altos representantes de la oligarquía» (*La Tierra*, No. 2, época quinta, 1978). En tal virtud, el ámbito de disputa política en el cual el sujeto revolucionario actúa no es el de la lid electoral, sino los espacios que estimulan el desarrollo de la lucha de masas, y los epicentros donde el sujeto revolucionario se desenvolverá: «Que toda huelga, que toda toma de tierras, que todo acto de masas cuente con la presencia combativa de los cuadros socialistas revolucionarios [...]. Que en toda movilización de masas se plantee la unidad combativa de los explotados [...] toda forma de organización obrero-campesina popular es necesario impulsar» (*La Tierra*, No. 3, 1974).

La propuesta de pensar lo «obrero-campesino popular», resulta ser la tesis desde la que se identifica a un sujeto revolucionario de carácter «abierto», rompiendo con el concepto de sujeto revolucionario «cerrado», visto como la clase obrera industrial, concepción propia del marxismo positivista. La consigna se traduce en «desarrollar el poder del movimiento obrero-campesino y popular, dado que la revolución se fundamenta en la construcción permanente del poder obrero-campesino y popular» (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 2, 1977).

En síntesis, para el PSRE la definición de sujeto revolucionario, en términos ideológicos, se funda en su carácter negativo al capital, como «negación absoluta del orden» (Aguirre 1983, 10). En este sentido, se privilegia la táctica marxista-leninista de la revolución ininterrumpida y permanente, distanciándose de la táctica etapista socialdemócrata; además, se profesa un espíritu refractario al policlasismo, e incredulidad sobre la existencia de una burguesía nacional, lo cual rompe las visiones del sujeto revolucionario tanto del PCE y –como veremos a continuación– del PSE. El concepto del sujeto revolucionario advierte posibilidades de ser radicalizado, condición que permite, en perspectiva, profundizar los alcances y los componentes del bloque social revolucionario.

PSE: Trabajadores, elecciones y movilización de masas

Desde su nacimiento en 1926, el PSE afrontó los problemas nacionales con fuerza propia, y fue poco dependiente hacia la corriente internacional del comunismo, representada por la URSS. Según el exmilitante socialista Jorge

Oviedo: «el Partido Socialista mantuvo independencia de la Tercera Internacional, planteándose pensar con cabeza propia».⁵³ Al tiempo, el nexo con el sistema de partidos de la democracia burguesa pautará su comportamiento político.

Durante el período estudiado, 1975-1986, el PSE tuvo dos momentos que hay que diferenciar. El primero en la dictadura militar (la «nacionalista revolucionaria» y la del Triunvirato), en el que tuvo muy poca presencia en el escenario político nacional, en razón del proceso de ilegalización de los partidos de izquierda durante la dictadura del general Guillermo Rodríguez Lara, en 1972. En esta etapa, su crecimiento orgánico e influencia ideológica en las masas fue débil, situación que provocó que el PSRE (fracción del PSE, conformado en 1964, analizado líneas arriba), asumiera el liderazgo político desde una tradición socialista identificada por el ideario insurreccional, hasta finales de la década del 70. De hecho, por ejemplo, el periódico *La Tierra*, históricamente órgano central del PSE, pasa a ser la voz representativa del PSRE, y no del debilitado PSE.

Un segundo momento se da en la década de los 80, período de retorno a la democracia. La *Ley de Elecciones y de Partidos Políticos*, la legalización del PSE, y la conformación del Frente Socialista (FS), permiten un cambio en el panorama de la época dictatorial. El PSE adquiere fuerza orgánica y política, lo que permite la reanimación de las tesis que localizan al sujeto revolucionario de la tradición socialista, no en la línea de la insurrección armada de masas (PSRE), sino en una plataforma que conjuga la lucha de masas y la disputa al interior del juego del sistema electoral de partidos (PSE), mediante la «imbricación de la lucha de masas y la lucha parlamentaria» (Rodas citado por *La Tierra*, No. 20, 1986).

En el XXXVIII Congreso del PSE, en el año 1982, se plantea la «reconstitución ideológica», por medio de la conformación del FS, instancia que buscó unificar las expresiones partidarias de corte socialista: PSE, PSRE y el PEP⁵⁴ (Rodas 1983, 35). En este período, en el periódico *La Tierra* se expresa que «[e]l Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano, el Partido Socialista Ecuatoriano y el Partido Ecuatoriano del Pueblo resuelven unificar su acción y configurar el FRENTE SOCIALISTA» (*La Tierra*, No. 3, 1983), (énfasis en el original), en la perspectiva de «construir organizativa, política y socialmente al Frente Socialista como un frente político de masas, que responda a la decisión

53. Entrevista a Jorge Oviedo, 14 de agosto de 2014.

54. El Partido Ecuatoriano del Pueblo (PEP), de base sindical y encabezado por José Chávez, quien varias veces fue presidente de la CEOSL, se integró también al FS. Paralelamente, otros partidos de izquierda como el MRIC y el MRT se integrarían al FADI, conducido por el PCE. En el caso del PCMLE, el MPD se constituirá en su brazo electoral; mientras que el MIR se mantendrá sin representación electoral y al margen del sistema de partidos en el período de nuestro estudio.

de lucha que ha caracterizado al pueblo ecuatoriano, [y que] sigue siendo la única alternativa válida» (*La Tierra*, No. 14, 1985).

El establecimiento de la vida jurídica del PSE (junio de 1983) abrió la posibilidad para que la tendencia socialista agrupada en el FS tuviera la facultad de participar en el litigio electoral, con las listas 17.⁵⁵ La participación electoral significó una fuerza de atracción ideológica hacia el PSE desde el resto de organizaciones del FS (PSRE, PEP); de esta forma, «el Frente Socialista se desarrolla en el país como un concentrador de socialistas en torno al PSE, expresión legal de los socialistas que inflama el pensamiento de las masas oprimidas» (*La Tierra*, No. 14, 1985). En este proceso, el trabajo político, en perspectiva del ámbito legal-electoral, adquirió un peso especial.⁵⁶ «En el derrotero del PSE hay que destacar [...] el compromiso de las fuerzas socialistas del país por hacer de este espacio legal su único referente, que con capacidad e identidad propias que hagan del Partido el instrumento de masas al servicio de los más caros intereses revolucionarios» (*La Tierra*, No. 14, 1985).

La articulación de un partido que desde la legalidad represente a las masas en la lucha por el socialismo cobra fuerza. Se crea una plataforma que pone énfasis en la vinculación de amplias capas sociales, utilizándose, repetidas veces, los genéricos de «pueblo», «todos los ecuatorianos» y «trabajadores» como unidades articuladoras del discurso. En las resoluciones del XXXIX Congreso del PSE, celebrado en Riobamba, se planea «Construir un Partido que creadoramente apunte al servicio de todos los ecuatorianos, lejos de cualquier coyuntura o deformación ultrajante de los principios socialistas» (Rodas 1983, 8).

Como se aprecia en la cita anterior, la declaratoria de inclusión al Programa del PSE de «todos los ecuatorianos», auspició la convergencia entre la retórica socialista (en torno al trabajo) y la populista (en torno al pueblo). La idea estaba planteada en el sentido de poder construir un «partido de masas» (PSE) que superara a la concepción del «partido de cuadros» (PSRE) que había dominado ideológicamente a la corriente del socialismo revolucionario y era muy activa en la década del 70 (Oviedo 1992, 23).

55. En un artículo Eduardo Paredes planteará al respecto que «El Frente Socialista logró en corto plazo una realidad política y orgánica única: el Partido Socialista Ecuatoriano inscrito en la legalidad con el número 17» (*La Tierra*, No. 31, 1988).

56. Las tesis caracterizadoras del PSRE, como la insurrección de masas y el alejamiento de las elecciones como centro gravitacional de la lucha por el socialismo, pierden fuerza. En este mismo año, mueren dos figuras centrales provenientes del socialismo revolucionario: Telmo Hidalgo y Laura Almeida. En el caso de otro de los dirigentes fundadores de la tendencia socialista revolucionaria, Manuel Agustín Aguirre, ya no cumpliría un rol ideológicamente determinante en la línea del Frente Socialista (Oviedo, entrevista, 14 de agosto de 2014).

El triunfo para la diputación en 1984 de Edelberto Bonilla, en Chimborazo, permitió la revitalización de la imagen del PSE, al «evidenciar», en la victoria electoral, la viabilidad de la vía democrática para la izquierda, planteándose la idea de que «El Socialismo cumple en su acción parlamentaria» (*La Tierra*, No. 15, 1985). A decir del exmilitante socialista Jorge Oviedo (2014), «Enrique Ayala Mora, Manuel Salgado, Germán Rodas y el Presidente del Partido, en ese momento Víctor Granda, se convierten en los intelectuales visibles que profundizarán la creencia en la transformación a través de las elecciones»,⁵⁷ postura que se agudiza posteriormente con la conquista de alrededor de siete escaños⁵⁸ en el Congreso Nacional Ecuatoriano (*La Tierra*, No. 18, 1986). En uno de los editoriales de *La Tierra* del año 1984 se expresa que

el Frente Socialista *demonstró en las urnas la validez de su proyecto político*, demostró la existencia de condiciones para llevar adelante la alternativa socialista que por años ha sido objetivo de organizaciones y grupos políticos de izquierda [...] no es triunfalista decir que *la participación del Frente en las elecciones fue un éxito en la medida en que demostró esta tesis*. (*La Tierra*, No. 5, 1984), (énfasis del autor)

El nexo entre el concepto de pueblo (o todos los ecuatorianos) y la participación electoral construye la idea de que el sujeto transformador está determinado por su capacidad de disputa en la lucha de masas, así como en la disputa electoral, mecanismos de avanzada socialista que permitirían construir un Estado más democrático, de tal suerte que «las posibilidades del Frente Socialista y de sus componentes son muy grandes, tanto en la actividad parlamentaria, como también y sobre todo, en la organización y movilización popular» (*La Tierra*, No. 7, 1984). En este sentido, la democracia, los derechos y las elecciones, en la tradición de pensamiento socialista, se articularían al proceso de lucha revolucionarias, debido a que: «El Frente Socialista no es un mero arreglo electoral, se trata de un camino de unidad y convergencia de todas las fuerzas socialistas [...]. La participación electoral [...] no fue sino el comienzo de la consolidación de un proyecto político a largo plazo» (*La Tierra*, No. 7, 1984).

La síntesis del discurso socialista sobre el sujeto revolucionario arroja lo siguiente: en la comprensión del PSE, este es el pueblo o los trabajadores, vistos como conjunto de ciudadanos con obligaciones y derechos, articulados a un tipo de sociedad que se mueve a partir de determinadas reglas de juego que, a través de la lucha de masas capitalizada hacia el sistema electoral de partidos,

57. Entrevista, 14 de agosto de 2014.

58. Algunos de los diputados de este período serán Víctor Granda, H. Rivadeneira, G. Flor, F. Carrasco, Diego Delgado, Enrique Ayala Mora.

a veces son posibles de sustituir. La convergencia entre la disputa democrática y la lucha revolucionaria encuentran sintonía. «El respeto a la Constitución Política y el régimen de derecho [...] la defensa de los derechos sociales y económicos de los sectores mayoritarios del País, [...] el mejoramiento sustancial de los ingresos de los trabajadores en el campo y la ciudad» (*La Tierra*, No. 15, 1985), establecen un punto de encuentro para el PSE, en la estrategia de la lucha por el socialismo.

El PSE se distancia de la noción de sujeto revolucionario localizada en la clásica figura de proletariado. De hecho, en su órgano central *La Tierra*, las referencias al proletariado son casi nulas, siendo el concepto de trabajadores o pueblo las figuras más recurrentes. «El PSE es ya una realidad única y es sin duda un proyecto político del pueblo ecuatoriano» (*La Tierra*, No. 31, 1988). El concepto de los trabajadores permite, a su vez, la inclusión de otras capas sociales en la lucha reivindicativa de las organizaciones de masas, de tal suerte que la consigna para el PSE, respecto a las líneas políticas para las organizaciones de masas, es «[...] fortalecer el FUT y a su programa, incorporar política y orgánicamente las demandas de las nacionalidades indígenas y estructurar nuevas formas de organización popular, para alistar la movilización y la auto-defensa de las masas» (*La Tierra*, No. 18, 1986).

Esto aplica en la perspectiva de poder fundamentada en la acumulación de fuerzas vía «construcción de un bloque social alternativo que cree las bases de una política de toma de poder» (*La Tierra*, No. 18, 1986), asentada en la relación «movilización de masas + elecciones» que, a su vez, permita el establecimiento de una «real democracia [que] encuentre solución a los problemas que enfrenta la mayoría de la población», proceso que, según el PSE, es distante de las «concepciones sindicalistas y reformistas» (*La Tierra*, No. 18, 1986). No obstante, a pesar de desplegar enormes esfuerzos por potenciar las luchas en el ámbito sindical, consideramos que el acumulado de fuerzas se medía, en lo esencial, en la perspectiva electoral: «castigar al gobierno en las urnas» (*La Tierra*, No. 16, 1986).

A modo comparativo, las diferencias entre el PSRE y el PSE, operan en la dimensión estratégica (insurrección/elecciones), condición que afecta también la construcción del sujeto. Mientras para los primeros, lo proletario insumía la idea de una esencia desigual dada en la relación de clases que no se podía disolver sino a través de la ruptura de la relación social, el PSE, tratará de buscar condiciones de igualdad en la participación electoral vía ciudadanización de las masas trabajadoras, y construir un «sujeto votante». Por tanto, puede referirse terminológicamente a la misma persona (trabajadores), pero el sujeto es distinto. El PSE insistirá en la necesidad de permear, en la práctica, el ideario electoral en los trabajadores.

En síntesis, siguiendo a Manuel Agustín Aguirre, el PSE se enfoca en los principios revolucionarios y los programas de acción reformistas (Aguirre

1983, 13); es decir: una declaratoria por la revolución socialista y una práctica ligada a la disputa en el sistema electoral de partidos. En la tradición del PSE, la tesis de la insurrección de masas no posee validez estratégica. La referencia a la revolución latinoamericana, como las de Cuba o Nicaragua, se observa con cercanía ética (declaraciones de respaldo), pero con distancia política: no se considera válida la estrategia insurreccional para la realidad ecuatoriana, lo que configura una visión del sujeto revolucionario como una entidad articuladora de la lucha de masas y la lucha electoral.

PCMLE: Del maoísmo al hoxahísmo, del campesinado a la clase obrera

El PCMLE, de inspiración maoísta en sus inicios, surgió en 1964, a partir de la fracasada experiencia de la Unión Revolucionaria de las Juventudes del Ecuador (URJE), de inspiración guevarista,⁵⁹ y tras la expulsión de algunos de los miembros de esta intentona armada de la fracción del PCE-Pichincha (entre los que se encontraban Rafael Echeverría Flores, Milton Reyes); a ellos se sumaron Celso Fiallos, Patricio Moncayo, Ulises Estrella, entre otros.

En un inicio, a decir de Villamizar (1994, 34), buscaban retomar los principios de la revolución internacionalista que la tradición comunista ecuatoriana había relegado y promulgar la línea maoísta y la guerra popular.⁶⁰ La figura de Mao Tse-tung fue clave en los intentos de las tendencias marxista-leninista que expresaban la radicalización de la postura comunista por medio de la guerra, tomando en cuenta sobre todo al campesinado (*En Marcha*, No. 346-347, 1976). El aporte de la asimilación maoísta del PCMLE distinguió tres líneas claramente diferenciadas y discutidas al interior de la izquierda: insurrección de masas, guerra popular prolongada y guerra de guerrillas (Benavides 2014, 81).

El ideario de la militancia sostuvo la voluntad de patrocinar la vía revolucionaria a partir de la triunfante fórmula china: *del campo a la ciudad*; de ahí su empeño en disputarse «contra viento y marea», en especial, las facultades de pedagogía de las universidades, perspectiva que posibilitaba, en teoría, disponer de maestros que se proyecten hacia las zonas rurales para iniciar una

59. La calificación de guevarista de URJE surge, en lo fundamental, a partir de la adopción de la idea de «foco» guerrillero, que implicó, en este caso particular, la ausencia de trabajo de masas previo a la instalación de la intentona guerrillera. No obstante, algunas organizaciones políticas (por ejemplo el PCE-SR), defenderán la identidad maoísta de URJE.

60. Esto, al calor de las tensiones Pekín-Moscú y el sisma que ocasionó el XX Congreso del PCUS (donde se valida la coexistencia pacífica entre capitalismo y socialismo).

estrategia que priorizaba las zonas campesinas. El rol de los maestros y el magisterio fue el engranaje entre las masas campesinas y la teoría revolucionaria.⁶¹ Empero, lo anterior nunca maduró. En la práctica, la estrategia maoísta no se efectivizó, lo que significó que la participación del campesinado como sujeto, y la guerra revolucionaria como estrategia, no avanzaran. A principios de la década de los 80, el PCMLE abandonó la identidad maoísta y la importancia del campesinado como sujeto revolucionario. Incluso, hay que anotar el cambio de los íconos y las consignas referenciales que aparecían en el periódico *En Marcha*. El rostro de Mao y el eslogan «por la revolución popular» salieron del diseño de sus portadas; quedando las imágenes de Marx, Engels, Lenin y Stalin (antes estaba la de Mao también) y la consigna «por la revolución democrática y antiimperialista» como los símbolos pecemelecistas.⁶²

Desde la perspectiva teórico-política, la clase obrera adquirió fuerza. En el programa general y estatutos del PCMLE, surgió una retórica ceñida rigurosamente a un tipo de ortodoxia propia de las corrientes marxistas-leninistas de la época, leídas desde el hoxahísmo.⁶³ De esta forma, se planteó que: «El Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador es el partido político de la clase obrera ecuatoriana, su vanguardia consciente, su destacamento más alto de organización de clase, que dirige a la clase obrera y las masas populares en el combate por la liberación social y nacional, por el socialismo y el comunismo» (PCMLE 1991, 3).

La centralidad está planteada alrededor de la clase obrera, sujeto de una teleología insuperable: de la liberación nacional al comunismo. Esta posición se emparenta con la del PCE: el obrerismo teórico. La clase obrera como vanguardia de la revolución a través del partido. «El papel hegemónico de la clase obrera en la revolución es una muy importante cuestión de principio. Del hecho de quien dirija la revolución depende el rumbo, el camino y los objetivos de la misma» (*En Marcha*, No. 421, 1978).

La propuesta del PCMLE establecía, a su vez, una relación con la idea etapista de la revolución, vinculada a una lectura positivista del marxismo.

61. Entrevista realizada a Marco Villarroel, militante de la época del PCMLE, el 16 de septiembre de 2014.

62. Así como para el maoísmo fue el XX Congreso de la Unión Soviética (en su lectura, el triunfo de la reacción por sobre el comunismo), para el hoxahísmo fueron los cambios que se produjeron en China después de la muerte de Mao Tse-tung, en 1978. La empatía con la figura de Enver Hoxha (líder de la Revolución albanesa), por parte del PCMLE, implicó, a su vez, el alejamiento progresivo de la identidad maoísta.

63. El hoxahísmo se caracterizará por la defensa a ultranza de la interpretación estalinista del marxismo. De esta manera, se desplazan las fórmulas maoístas (en las que la Revolución albanesa, en su momento, defendía) y se asumen las tesis de la Unión Soviética del período de Stalin.

Cabe recordar que, en la acepción positiva del marxismo, no se podía pasar a otra etapa si no se acababa de desarrollar la inmediatamente anterior. Por tanto, Ecuador, un país semifeudal y semicolonial –a decir del PCMLE–, tenía primero que plantearse la consolidación de la vía de desarrollo capitalista, obstruida por el imperialismo y la burguesía entreguista, para poder pensar en el socialismo.

Se desprende, de este razonamiento, que había que hacer lo que la burguesía no hizo: la revolución democrático-burguesa, o –en el lenguaje del PCMLE– la revolución democrático-antiimperialista, o –en la versión maoísta– la revolución de nueva democracia (RND) (PCMLE 1991, 5). Al respecto, se explica en el periódico *En Marcha*: «El camino de la revolución ecuatoriana [...] recorre el camino del combate reivindicativo y político generales, de la guerra del pueblo y desemboca en la dictadura del proletariado y las otras clases revolucionarias, en la revolución de nueva democracia y la revolución socialista» (No. 402, 1977).

La RND sería la primera parte de la estrategia socialista, que involucrara a la burguesía nacional como integrante, en teoría no hegemónica, del proceso revolucionario. En la segunda fase de la estrategia revolucionaria, la revolución socialista, la clase obrera asumiría la conducción plena.

La clase obrera es la clase dirigente del proceso revolucionario y ese papel tiene que asumirlo, efectivamente, en la práctica de lucha, mediante un proceso de asimilación de la ideología del proletariado, mediante la comprensión de sus intereses objetivos como clase, en última instancia, mediante un proceso de surgimiento y consolidación –a través de la educación política– de su conciencia de clase revolucionaria. (*En Marcha*, No. 322: 1976)

En la práctica, los esfuerzos se limitaron a avanzar en la «primera fase de la revolución» (la revolución democrático-antiimperialista). Con el retorno a la democracia (1978), el MPD cobró fuerza. Al igual que sucedió en otras tradiciones de la izquierda (PCE-FADI, PSE-FS), el retorno a la democracia hizo de las elecciones la forma central de disputa el Estado. Se enfatiza, que la disputa es *del* Estado y no *con el* Estado; o, para precisar, *del* Gobierno, expresión política formal del mismo. Más aún, la participación de Jaime Hurtado González y Alfonso Yáñez en las elecciones presidenciales de 1984, logrando el cuarto lugar con 7,3% de votos, proyectarían la imagen de «viabilidad» de la contienda. A decir de Oswaldo Páez, militante de MPD y presidente de la FEUE en 1978, a propósito de V Consejo Nacional del MPD:

somos una fuerza en desarrollo... avanzamos al frente de la historia... sabiendo que el futuro nos pertenece, sabiendo que el MPD marcará toda esta etapa histórica de liberación nacional, es obligación de sus dirigentes provinciales y de to-

dos sus militantes, el organizar este gran Movimiento político que principalice la lucha política partiendo de las reivindicaciones que recoge nuestro Programa de gobierno. (*Patria Nueva* 1978: 9)

En tal sentido –a decir de este análisis–, el brazo electoral: el MPD, a la larga, «devoró» al PCMLE, tendiendo puentes entre la idea de construcción de un sujeto revolucionario y de una base electoral, similar a lo pensado con el PSE, con la salvedad, de que en los relatos pecemelecista, no se desintegrará la terminología marxista. Además, el PCMLE continuó direccionando su trabajo político con tres actores en particular. Primero, con la clase obrera o los trabajadores, como por ejemplo el desplegado en la Federación de Trabajadores de Pichincha (FTP) y sobre todo con la conformación de la Unión General de Trabajadores del Ecuador (UGTE) en 1982.⁶⁴ Segundo, con los maestros, en la organización del magisterio, a través de la Unión Nacional de Educadores (UNE) fundada en 1944. Tercero, con el movimiento estudiantil, mediante las asociaciones de escuela de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE), también fundada en 1944, y con los consejos estudiantiles de la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE) de 1967 (Benavides 2014, 57).

Nuestra posición responde a los más caros intereses del pueblo y la nación. Siendo, como es, la posición del pueblo, y comprendiendo la etapa histórica que atravesamos en el proceso revolucionario, que es la de acumular fuerzas, consideramos justo el «Programa de gobierno que plantean los trabajadores, maestros y estudiantes» [...] que fuera presentado por la FTP, la FEUE y la FESE. (*En Marcha*, No. 320, 1975)

Según el militante del PCMLE y presidente de la FEUE, del período 1976-1977, Marco Villarroel (2014),⁶⁵ el movimiento estudiantil y el magisterio fueron los sectores de más alta combatividad del PCMLE en la década del 70. Nombres como los de Jorge Tinoco y Rosita Paredes eran representativos de estos gremios. Para los sectores de la juventud, en aquella época, se creó «el mito del adolescente, del joven y del universitario militante» (entrevista 2014); o como planteaba el extzánzico Fernando Tinajero «el mito eligió a la universidad como su templo» (Tinajero 1987, 75). En una gran cantidad de números

64. Cabe anotar que la UGTE no estaba articulada orgánicamente al FUT, y tenía –según los datos de la época del Ministerio de Trabajo– una presencia significativamente menor en el seno de la clase obrera, a diferencia de las otras centrales sindicales. Incluso, por ejemplo, el PCMLE se opuso a la 19a. Huelga Nacional Unitaria.

65. Entrevista, 16 de septiembre de 2014.

de *En Marcha* de nuestro período de estudio, se puede apreciar la significación central que el PCMLE otorgaba a los estudiantes y a los maestros.⁶⁶

En esta dimensión, la juventud asumió el potencial revolucionario. Ser joven, según las frases de Juan Montalvo y del Che reutilizadas por el PCMLE,⁶⁷ o la consigna «luchar y estudiar por la revolución junto al pueblo» (*En Marcha*, No. 322, 1976) eran sinónimos de rebeldía. La juventud y los estudiantes tenían el deber de acercarse al pueblo, con, por ejemplo, el vínculo universidad-sociedad, mediante la extensión universitaria, proceso retratado en los informes de labores de la FEUE (FEUE 1977), o mediante la propuesta pecemelecista de «Organización y lucha por un programa de gobierno de trabajadores, maestros y estudiantes» (*En Marcha*, No. 376, 1977).

En síntesis, el sujeto revolucionario en el PCMLE se mueve entre la idea de la clase obrera o los trabajadores, los estudiantes y los maestros. A la noción de sujeto revolucionario, encarnado en la juventud (los estudiantes), se suma la relación con los sectores populares. El revolucionario se percibe como el joven de los sectores populares que, junto a los obreros y maestros, conforma el sujeto revolucionario; perspectiva que no nulita del todo la idea de la participación de otros sectores nacionalistas, sobre todo en el desarrollo de la primera fase de la revolución: la democrática antiimperialista o la RND.

MIR: La subjetividad militante

Desde mediados de las décadas del 60 y 70, surgieron expresiones políticas al margen de las dos mayores tradiciones de izquierda local (PSE, PCE), y en contestación a la ausencia de un programa político de corte revolucionario (Benavides 2014, 54). Una de ellas fue el MIR, el cual influenció con sus ideas a un tipo de activismo deseoso de ofertas radicales, y que se encontraba centralizado, mayoritariamente, en el movimiento estudiantil. A decir en uno de los fascículos de Causa Proletaria: «El MIR se ubica al interno de las vanguardias y organizaciones político-militares surgidas en la última década en lucha antiimperialista y socialista» (No. 4, 1972: 10). Empero, lo político-militar se mantuvo en el ámbito estrictamente declarativo, con excepción de iniciativas esporádicas (el MIR-Manabí) que romperían las orientaciones de la dirección nacional mirista.

66. Las referencias a los estudiantes y los maestros fueron insistentes en casi todos los números de *En Marcha*, como muestra proponemos las ediciones de 1975 (No. 312), y 1977 (No. 380-390, 398, 400 y 401).
67. «Desgraciado del pueblo donde la juventud no se rebelde y haga temblar al tirano» (Montalvo); «Ser joven y no ser rebelde es una contradicción biológica» (el Che).

Su desarrollo se localiza en dos momentos. El primero en un período de cohesión partidaria y despliegue de sus sectores de influencia (hasta 1982), y el segundo en un período de divisiones y fraccionamientos internos (de 1982 en adelante), provocados por discusiones epifenoménicas localizadas en las interpretaciones sobre el desarrollo del proceso revolucionario.⁶⁸

El sujeto revolucionario, para el MIR, fue el proletariado y la juventud militante (mayoritariamente estudiantes). En adelante, se caracterizan a estos dos sujetos en base a la producción teórica contenida en su órgano de difusión partidista, *Causa Proletaria*. El proletariado, en la perspectiva del MIR, es el resultado de la expansión asimétrica del capitalismo en el ámbito internacional, lo que, a su vez, le permite ser el sujeto histórico de este proceso que aglutina a todos los explotados por el capital. De este modo, la lucha del proletariado en contra de la opresión nacional se encadena en una lucha mucho más amplia:

El proletariado de las naciones oprimidas debe participar en las luchas nacionales, no solo porque la opresión nacional impide el desarrollo de la conciencia revolucionaria en las masas y desvía la atención de las contradicciones principales; sino también, fundamentalmente, por que la LIBERACION NACIONAL Y LA LIBERACION SOCIAL SE HAN FUNDIDO EN UN MISMO PROCESO ininterrumpido. (*Causa Proletaria*, No. 4, 1972: 3), (énfasis en el original)

Para el MIR, el concepto de «liberación nacional» no está emparentado con la revolución democrático burguesa (como sucedía con el PCE y el PC-MLE). Por el contrario, la liberación de las naciones oprimidas se concretaría con la revolución socialista. Esta posición se resalta, puesto que de la adopción de dicha estrategia (revolución socialista) se desprende el privilegio por el sujeto revolucionario proletariado y no por el de burguesía nacional, sujeto medular de la propuesta de la revolución democrático-burguesa.⁶⁹

El MIR establece una diferenciación entre el proletariado y la clase obrera. El proletariado se asume como el aglutinante de todos los explotados, mientras que la clase obrera es la guía del conjunto proletario; de esta manera:

68. Existieron sucesivas divisiones provocadas por diferencias discursivas: MIR Causa Proletaria, MIR Voz Rebelde, MIR Barricada Popular.

69. El MIR planteó que en la liberación nacional «la oposición del proletariado debe ser: por un lado apoyar a la burguesía en su lucha contra el imperialismo; por otro, enfrentar a esta burguesía como a su enemigo de clase» (*Causa Proletaria*, No. 4, 1974: 4). La resolución de esta diatriba, en el ideario mirista, se zanjó siempre por el repudio de la posibilidad aliancista con la burguesía, en teoría.

El avance cualitativo como conciencia de la clase obrera, si bien se ha revelado nuevamente como la auténtica vanguardia del proletariado, como la única clase potencialmente revolucionaria, nos ha permitido observar su carencia casi absoluta de organización. La unidad del pueblo alrededor del proletariado, no se ha dado precisamente alrededor de su poder de concentración y dirección política, sino más bien ha sido provocada por un afán espontáneo de protestar por la espantosa situación que está soportando. (*Causa Proletaria*, No. 4, 1972: 1)

En efecto, al proletariado se lo entiende como una dimensión aglutinante de todos los «explotados y oprimidos por el capitalismo»: «el proletariado sabe que solo será libre si lo es a la vez el conjunto de los oprimidos» (*Lucha Proletaria*, No. 6, 1977). Esta reflexión sofoca el símil que se establece, entre proletariado y clase obrera a secas, en otras tradiciones marxistas.⁷⁰ Sin embargo, el proletariado sería una suerte de cuerpo acéfalo si la clase obrera no guiase su marcha.

Por otro lado, el proletariado, para el MIR, presenta una composición bifacética: es la fuerza material contra el capital (al aglutinar a los explotados en una sola expresión organizativa revolucionaria), y la fuerza ideológica revolucionaria (al garantizar la negación del capital y la afirmación del socialismo). La fuerza ideológica se traduce en el proceso de «proletarización» de otras clases sociales, como la pequeño-burguesía. Se abre para el MIR, la «posibilidad condicional de que los sectores medios de la sociedad, la pequeño-burguesía oprimida por el capital adopte un punto de vista revolucionario en la medida que, en su tránsito inminente al proletariado, fueran rompiendo su perspectiva de pequeños productores y fueran tomando las banderas socialistas de la clase obrera» (*Causa Proletaria*, No. 4, 1972: 26).

La labor de los revolucionarios pasaría, según esta perspectiva, por la de «potencia[r] la conciencia política de los trabajadores y hacerles comprender la necesidad de la alianza obrero-campesina, concibiéndola como una alianza de intereses que debe ser dirigida por el proletariado» (*Causa Proletaria*, No. 16, 1976: 2). Este planteamiento es contradictorio, dado que en ocasiones se utiliza de la misma manera el concepto de proletariado y de clase obrera (como sujetos dirigentes del conjunto social). Sin embargo, en otras ocasiones, el concepto de proletariado aglutina a las masas explotadas, y la idea de clase obrera a la fuerza conductora.

70. El MIR planteará de esta manera que «sin el concurso de las masas organizadas, [...] sin el concurso del pueblo, por más cuadros, estructuras y organización que tenga un partido nunca podrá afrontar su misión histórica con la efectividad que se requiere», insistiendo en la participación de «los obreros, los pobres del campo, los desposeídos de la ciudad, los sectores democráticos de la pequeño burguesía» en la lucha revolucionaria (*Causa Proletaria*, No. 8, 1975).

El proletariado vendría a ser una especie de prefiguración de la sociedad del futuro, que arrastra al conjunto del campo popular tras sí, a partir de la consigna transformadora: «la indignación debe madurar en conciencia militante» (*Causa Proletaria*, No. 16, 1976). El proletariado por sí mismo no tendría condiciones para agrupar o dirigir la lucha revolucionaria (según la utilización del término en el MIR), si previamente no asimilase un tipo de conciencia socialista, a la que lograría acceder únicamente a través de la figura del militante, encarnación de una elevada voluntad de lucha.

El concepto del militante, en Ecuador, se desarrolla en un contexto de ascenso de la lucha revolucionaria en América Latina, en especial después del influyente impulso que supuso la Revolución cubana, que según el MIR es un referente que «sin mantener ligaduras con el «trotskismo» o el «estalinismo», [...] demostró la creatividad revolucionaria del pueblo» (*Causa Proletaria*, No. 4, 1972: 9). En el período de este estudio (1975-1986), en la región latinoamericana se desarrollaron varias experiencias de corte revolucionarias que reforzaron, en el imaginario mirista, la trascendencia de la acción del militante.⁷¹ La figura del «militante» adquiere un estatuto de importancia trascendente en los objetivos de la revolución, y el uso del término es recurrente en la narrativa del MIR.⁷² La politización de las masas sería una labor únicamente posible por medio del trabajo de la militancia radicalizada.⁷³

La subjetividad militante derribaría las dificultades de la empresa revolucionaria. La convicción permitiría la superación del «estado de las cosas», dado que para hacer la revolución «no basta la existencia de condiciones objetivas» (a pesar incluso, de que en algunas *Causas* se critica el «simplismo voluntarista» y la «sustitución [de] la realidad con frases-argumentos»),⁷⁴ en razón de la insistente necesidad de «atraer» a las masas a la lucha revolucionaria.

En este planteamiento, las crisis económicas son «solamente» fisuras por las que puede transitar el proletariado y donde es responsabilidad militante «hacer que fluya la conciencia política, la indignación general y el descontento de las masas oprimidas» (*Causa Proletaria*, No. 14, 1976: 29). Este «método»

71. Junto a la gesta cubana estaba la emergencia tupamara en Uruguay, el ALN en Brasil, las movilizaciones campesinas de Hugo Blanco en el Perú, entre otras asonadas que incentivaron la voluntad de «avance» en la senda del Che, a la que se sumaron nombres como del chileno Miguel Enríquez, figura central del glosario mirista.

72. Al respecto puedo mencionar la *Causa Proletaria* No. 6, 7, 10, 14, 19 y 23.

73. Como consta en varios números de *Causa Proletaria*, esta militancia no tendrá reparos en el llamamiento a la «violencia revolucionaria», «organización de las violencia de los oprimidos», «las armas» y el reconocimiento de la praxis político-militar de otras réplicas del MIR en varios países de la región (Venezuela, Perú y, sobre todo, Chile). Claro está que se mantuvo, en el tiempo de existencia del MIR, en los límites declarativos.

74. *Causa Proletaria*, No. 14, 1976: 9 y s.

de trabajo (vinculación: militancia-masas-crisis), se apega a la icónica idea de Lenin de que la revolución es posible cuando la clase dominante ya no puede dominar y los explotados ya no quieren ser explotados, en un ambiente de crisis general del capital (Salem 2008, 14).

En síntesis, la voluntad militante puede provocar la transformación de la realidad, más allá de las condiciones objetivas de existencia, «la mística revolucionaria es un arma de la ideología proletaria, es un arma de la organización revolucionaria, donde nos forjamos los militantes, el hombre nuevo, la patria nueva» (*Voz Rebelde*, No. 7, 1982).

A la idea de la voluntad militante se sumó la de la ética (mística) revolucionaria. Este valor pretendía una «formación íntegramente humana y mística de nuestros militantes [...] con valor, fuerza y seguridad» (*Causa Proletaria*, No. 4, 1972: 1), en la perspectiva de construcción de un partido que «vigile la pureza de los principios, la ideología proletaria» y se aleje de la «clientela electorera, de engorde partidario» (*Causa Proletaria*, No. 14, 1976: 30).

En el caso del MIR, la conformación de la militancia provino, en lo fundamental, de los sectores del movimiento estudiantil. Por tanto, la idea del militante estuvo materialmente asociada a los sectores de la juventud, y fueron los circuitos de las universidades y colegios los lugares donde se articularon, mayoritariamente, los procesos de radicalización de la política y de la lucha armada, tendencia que concebía al sistema electoral como ajena a la revolución, siendo este hecho, el detonante de varias divisiones internas. En tal virtud, algunos militantes miristas decantaron en organizaciones de corte político-militar (AVC, OPM, MPL), dado las limitaciones prácticas del MIR para materializar, las incendiarias formulaciones teóricas.

MRT: Velasco y la unidad obrero-campesina

El MRT, al igual que otros grupos (MIR, PCMLE o el MRIC⁷⁵), se conformó para generar una alternativa revolucionaria al interior de la clase obrera y el campesinado; «el MRT es una organización política de lucha nacida de la unión voluntaria de obreros, campesinos, pobladores, maestros, estudiantes y otros revolucionarios» (MRT, documento de divulgación, julio 1978).

Aunque su trayectoria política no fue muy larga (desde 1974 hasta principios de 1980), este movimiento tuvo cierto nivel de influencia en los sectores sindicales y en el movimiento campesino. Resultaría imposible lograr una comprensión completa del MRT por fuera de la relación que estableció con la

75. MRIC: Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana.

Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC), la CEDOC, la CEOSL y la figura de Fernando Velasco Abad «El Conejo» (dirigente del MRT). Esto evidencia una estrecha cercanía entre el MRT y el movimiento de masas. Velasco, según el dirigente sindical José Chávez, fue un personaje clave para las luchas del FUT y otros movimientos sociales, durante parte de la década del 70.

Los aportes del «Conejo» Velasco fueron fundamentales: el plan estratégico, las plataformas de lucha, los manifiestos, los documentos adoptados en las convenciones; se enriquecieron con su pensamiento político y su posición revolucionaria, destacándose su definición en cuanto a que la lucha política y la lucha económica deben ir intrínsecamente entrelazadas, que es indispensable mantener autonomía e independencia de clase ante los detentadores del poder. (Chávez 2014)

La acción del MRT permitió que la CEDOC pase de posiciones de raíz conservadora – propias de la hegemonía que la Iglesia católica había tenido en su conformación inicial– a la adopción de una posición de clase y del discurso socialista.⁷⁶ Lo singular de la acción del MRT es que la conversión, hacia la identidad clasista y socialista de la CEDOC, se logra en el conspicuo trabajo realizado a través de una organización de base campesina, la FENOC.

La articulación que se da entre la CEDOC (organización con énfasis en lo obrero) y la FENOC (organización con énfasis en lo campesino) advierte, en el MRT, la necesidad de pensar teórica y políticamente desde una base obrero-campesina,⁷⁷ y construir el frente único de las clases revolucionarias. En un documento de divulgación (1978) se plantea que, «el MRT persigue unir a los trabajadores del campo y la ciudad e integrarlos a la lucha política, desarrollar el Frente Único de las clases revolucionarias, articular las luchas de todo el pueblo y darles un contenido revolucionario, acumular fuerzas y avanzar a la lucha por el socialismo» (MRT, documento de divulgación, julio, 1978).

De ahí el planteamiento del MRT, de «un gobierno de obreros y campesinos en una república socialista, como única solución real a los problemas de la clase obrera y el pueblo» (MRT citado por Larco 2012, 184), se convierte en la consigna política central.

El dirigente del MRT, Fernando Velasco, se empeña en la conexión de la situación de la clase obrera urbana con la del campesinado al interior de la hacienda capitalista y las haciendas tradicionales en descomposición (Morea-

76. La CEDOC se conforma en 1938, bajo la denominación de Central Ecuatoriana de Obreros Católicos, a propósito de la discusión del primer Código del Trabajo que se aprueba ese mismo año. Esta central obrera estaba ligada al Partido Conservador. El trabajo del MRT permitió cambiar la identidad de «Obreros Católicos» por la de «Organizaciones Clasistas».

77. Es clave fijarse en la atención de Velasco sobre el tema campesino e indígena en sus trabajos.

no citado por Velasco 1983, XXII), así como en establecer vínculos entre las necesidades más inmediatas de las masas y la proyección estratégica socialista. Para él la lucha concreta establece un cordón umbilical para enlazar las aspiraciones más altas del proletariado (XIII).⁷⁸

De la relación política y teórica entre lo sindical y lo campesino, se desprendía, para el MRT, que el sujeto revolucionario se localizara en la unidad obrero-campesina. Estos dos actores, vinculados entre sí, tuvieron un permanente reconocimiento en las revistas y periódicos del MRT. La tesis, «por la unidad de los trabajadores y campesinos; por el derecho y respeto a la vida de los trabajadores, campesinos e indígenas» (*Nuestra Lucha*, No. 8, 1977), fue aludida de forma constante, estableciéndose que «el deber fundamental que las actuales circunstancias plantean a la clase obrera y al campesinado es el fortalecimiento de la posición socialista al interior de la totalidad del movimiento de masas, fortalecimiento que deberá expresarse en nuevas y más altas acciones de lucha» (*Tarea Urgente*, No. 1, 1976).

La vinculación entre lo obrero y lo campesino no discrimina a la «totalidad del movimiento de masas» –tesis que es coincidente con el PSRE–, en tal suerte, otros actores sociales pueden incluirse en el bloque social revolucionario (por ejemplo, los indígenas), siempre y cuando se integren en una plataforma identificada con el socialismo. A su vez, la consigna obrero-campesina es un acontecimiento clave para entender no solo la conformación de la CEDOC, sino, en general, la del resto de centrales sindicales aglutinadas, en esa época, en el FUT.

Es importante, a su vez, determinar la posición del MRT, posterior a los gobiernos militares. En el proceso de retorno a la democracia, el MRT se inclina a apoyar al FADI –sin formalmente ser parte orgánica de este–, conjuntamente con otros partidos de izquierda –a diferencia del PSRE que se opone al proceso electoral a través de la «candidatura» extralegal de Manuel Agustín Aguirre–. Sin embargo, el MRT concibe lo electoral como un mecanismo táctico de acumulación de fuerzas (posición en teoría coincidente –no en la práctica– con el PCE y PCMLE), que tiene como premisa la discusión de tesis políticas por el socialismo; las elecciones no son la última forma en el proceso de lucha por el socialismo, sino «un aspecto coyuntural a ser instrumentado» (MRT citado por Larco 2012, 188). En tal virtud, la comprensión del sujeto revolucionario, visto desde la unidad estratégica obrero-campesina, no se dis-

78. En esta línea, a propósito de la masacre de los trabajadores en el ingenio azucarero Aztra (1977), se aprecia en el MRT, un análisis tendiente de entender el proceso de proletarización del campesinado: «las condiciones de vida del campesinado hacen que migre en busca de fuentes de ingreso», provocando un desplazamiento de campesinos que desde «Azua y Cañar bajan a la Costa, especialmente a los ingenios en el tiempo de zafra» (*Lucha Socialista*, No. 1, 1977).

torsiona por la táctica electoral, lo que significa una oposición a concebir al sujeto revolucionario como población sufragante.

La temprana muerte de Velasco, el 9 de septiembre de 1978, propicia una serie de manifestaciones de adhesión a su memoria que no trascendieron en el desarrollo de la praxis partidaria. Entre varias expresiones de reivindicación política, de manera figurativa, extraemos la siguiente:

FERNANDO VELASCO viene a dar su modesta cuota, su aporte a la reconstrucción de la política y lucha proletaria. La debilidad de las organizaciones, parece obligarlo finalmente, luego de la Huelga del FUT, lo mismo que de la conformación del MUI, a que Velasco llegue, con otros compañeros, a organizar un nuevo frente de combate a la voracidad de los capitalistas. (*Causa Proletaria*, No. 26, 1978), (énfasis en el original)

En síntesis, el concepto de la alianza obrero-campesina, vinculado a la praxis del MRT, contribuye a pensar el sujeto revolucionario desde una clave negativa al capital, postulado que desarrollaremos más adelante.

LAS OPM: EL SUJETO REVOLUCIONARIO COMO TAUTOLOGÍA

Con el retorno a la democracia, la izquierda enfrentó el dilema de adaptarse al proceso democrático en boga o avanzar hacia la confrontación, en consonancia con la emergencia regional (existencia de varias marchas revolucionarias en toda Latinoamérica) de un proyecto que incluía la violencia como identidad política. Varias organizaciones se decidieron por el camino del legalismo y el pacifismo, e intentaron acceder al gobierno por vía electoral (Unidad Popular en Chile, Izquierda Unida en Perú), sin excluir, inclusive, algunas alianzas con la burguesía.

No obstante, otras organizaciones se decidieron por la lucha armada. Sin lugar a dudas, AVC fue el centro de atención en lo que respecta a la lucha armada en Ecuador; a lo que le podemos sumar la conformación, a mediados de la década del 70, de una OPM liderada por Kléber Gía Bustamante, de Montoneras Patria Libre (MPL) y, bien entrada la década del 80, del PCE-SR.⁷⁹

En los antecedentes de las OPM en Ecuador, se encontraban experiencias con una alta limitación política y operativa, además –con excepciones– de la ausencia de una reflexividad apologeta de la violencia que empuje una es-

79. PCE-SR: Partido Comunista del Ecuador-Sol Rojo.

trategia político-militar por el poder. Pensando desde Clausewitz, la guerra es un hecho práctico que no discrimina la direccionalidad teórica. Estos factores dificultaron pensar el emprendimiento armado, y por tanto resolver el problema del sujeto revolucionario al interior de dicha práctica.

Sin embargo, lo que podemos identificar, a partir de la praxis de las OPM, es que los estudiantes fueron los primeros que se convirtieron a la militancia política de izquierda y se perfilaron como el sujeto determinante y, en segundo lugar, el campesinado –sin que haya significado la creación de un sujeto integrante concreto–, porque vivía en las zonas rurales, estratégicas para los que asumieron la alternativa guerrillera.

A pesar de que, como planteamos, no hubo procesos que se desarrollaran como guerrillas constituidas, no se puede dejar de mencionar antecedentes como las experiencias de URJE,⁸⁰ y otras de menor envergadura como: Vencer o Morir, el Destacamento de la Organización Secreta (DOS) y las Brigadas Píntag, a más de ciertas prácticas de sectores del PSRE y de la fracción del MIR-Manabí.

Se destacan algunos acontecimientos históricos que influyen el ámbito de la lucha armada en este período de estudio: a) la masacre de los trabajadores del Ingenio Azucarero Aztra; b) la influencia de las guerrillas colombianas (FARC, ELN, M-19, EPL); nicaragüenses (FSLN); salvadoreñas (FMLN) y la experiencia cubana; c) la emergencia de la lucha en el movimiento obrero (FUT); d) la avanzada del movimiento estudiantil, especialmente las «jornadas de abril» de 1978 en la lucha antidictatorial; f) las tomas de tierras lideradas por el movimiento campesino e indígena en varias partes del país (FENOC, ECUARUNARI, FEI), y g) el trabajo de la teología de la liberación y de las comunidades eclesiales de base (CEB).

Para finalizar, los intentos de producción teórica de la época sobre la lucha político-militar en Ecuador fueron muy escasos, lo que implicaba limitaciones en el tratamiento del concepto de sujeto revolucionario. Esto se debía a dos factores. El primero, la presunción de que el carácter de la revolución estaba marcado por la práctica, por tal motivo la acción suplía el lugar de lo teórico. Y el segundo, el enfrentamiento con el Estado, en considerable desequilibrio de fuerzas, limitaba la posibilidad de encontrar un espacio de serenidad teórica.

80. URJE es uno de los pocos intentos, con cierto nivel de desarrollo, de montar una especie de columna guerrillera en la zona de Santo Domingo de los Tsáchilas, en el sector del Río Blanco, en el año 1964. Dicha experiencia terminó a los pocos meses en desbandada: presos, desaparecidos, torturados, muertos y el derrumbamiento casi absoluto de URJE. Como dijimos líneas arriba, de este proceso emerge el PCMLE. URJE, a su vez, significa el punto de partida de casi todas las propuestas político-militares que se dan en las décadas del 70 y 80 en Ecuador (Villamizar 1994).

El sujeto revolucionario no fue reflexionado a profundidad. No obstante, existía una condición que proclamaba que la militancia revolucionaria alzada en armas contenía a los verdaderos revolucionarios, produciéndose una tautología: *el sujeto revolucionario eran los mismos revolucionarios*, en el sentido de la militancia dispuesta a enfrentarse en una lucha armada con el enemigo, en sus distintas acepciones: burgueses, oligarcas, ricos, etc. La tradición de lucha de las OPM en Ecuador, se concentraba en la acción de la militancia revolucionaria, y en las condiciones que caracterizaban al sujeto revolucionario (como el arrojo, la entrega y la convicción por la lucha armada).

AVC: El pueblo y la impronta como discurso

AVC se descentra de las discusiones motivadas por el espíritu marxista; su distanciamiento no solamente opera en el ámbito terminológico, sino sobre todo en el analítico. En la perspectiva del presente objeto de estudio –el sujeto revolucionario–, la realidad en la lógica AVC no se explica a partir del análisis de clases, sino en el ámbito de los «destructores» y «constructores» de la Patria, concepto nuclear del corpus alfarista. Los primeros son identificados como la oligarquía, y los segundos agrupados en el genérico de pueblo.⁸¹ El camino a seguir es la rebelión del pueblo contra la oligarquía; destruir el poder de las minorías con el poder de las mayorías, de los pobres, de las fuerzas nacionales. Garantizar el triunfo de una de las partes implica la construcción de la fuerza armada que el pueblo requiere para asegurar la lucha contra los dominadores (AVC 1985, 20).

Las figuras de pueblo y oligarquía disponen de dos características. La primera, que muestra de manera dicotómica, contrapuesta, los intereses «del pueblo», «de los pobres», «de las fuerzas nacionales», es antagónica a los intereses de la oligarquía, y viceversa. La segunda, tanto el pueblo y la oligarquía, son conceptos que no acaban de cerrarse. ¿Quiénes son parte del pueblo y quiénes de la oligarquía? ¿Cuál es la base ideológica y económica para pertenecer a uno u otro espacio?

Por otro lado, AVC, como varios grupos en la región (MRTA en Perú, por ejemplo), tiene una sinuosa conformación. AVC se configura a partir de

81. La lucha central se desata a partir del conflicto oligarquía y pueblo, de esta base se desprende la estrategia. A decir de Juan Fernando Terán: «en un sentido restringido, la oposición pueblo-oligarquía es apreciada como oposición entre grupos agroexportadores financieros costeños y los individuos bien intencionados con la producción «auténtica» [ya sea como propietarios o asalariados], o bien, que viven de su trabajo. La oposición fundamental cobra, así, la forma de un conflicto entre la fracción y el resto del conglomerado social» (Terán 1994, 144).

la unión de una serie de grupos que ni teórica ni políticamente tenían nexos estructurales.⁸² Como plantea Cristina Benavides: «si hay algo que no estuvo claro para todos en AVC fue su ideología. El único principio que los unificaba era la *revolución*» (2014: 89). Más aún, cuando, a decir de los propios militantes alfaristas, la inacción de la izquierda, el diletantismo acerca de la salida revolucionaria de la acción política, el «quietismo ahistórico», la «radicalidad verbal» (AVC 1985, 23), fue lo que motivó la composición de una organización que pretendía el «crecimiento en caliente, puesto que para los alfaristas «estamos haciendo y debemos seguir haciendo, ésta es la única garantía de que desarrollaremos estrategias, formulaciones, propuestas, fuerza efectiva y alianzas» (AVC 1985, 30).

En tal medida, AVC hará suya la consigna tupamarista uruguaya: «la teoría nos divide, las acciones nos unen», produciéndose lo que hemos dado por llamar la *impronta como discurso*,⁸³ como pensaba AVC, «nosotros más que discutir debemos hacer» (AVC 1985, 41). Esta característica generaría una base sobre la cual se comprenderá el sujeto revolucionario. La acción será el determinante central en la definición de los revolucionarios.

Junto a la urgencia de la acción y la necesidad de forjar una conducta que realce la practicidad, se encuentra la importancia de la historia y la nación, como pilares constitutivos para el concepto del sujeto revolucionario. En palabras de su comandante Arturo Jarrín –fuertemente marcado por la experiencia centroamericana– AVC plantea: «el encuentro con el proyecto sandinista, donde el guía y el conductor no es ni Marx ni Lenin [...], sino un proceso que rescata la historia y la tradición de lucha de un pueblo, le inspira para que el Ecuador también se plantee recoger la historia» (Villamizar 1994, 114).

El llamado a «recoger la historia», obligó a referirse a la intelectualidad «nacional» ecuatoriana, sobre todo, por su dimensión literaria. En tal virtud, los que llenaron el espacio vacío dejado por los clásicos del marxismo, fueron personajes que, independientemente de su procedencia liberal, personificaron

82. AVC (alegoría final de una pancarta de lo que en teoría se debió haber llamado el Ejército Revolucionario del Pueblo Eloy Alfaro ERP-EA) se conforma mediante la aglutinación de «Los Chapulos», grupo de estudiantes de la Universidad Central del Ecuador (UCE), liderados por Arturo Jarrín, que a su vez integró a una parte de la militancia del MRIC. Por otro lado, a un grupo desprendido del MIR, que tenía influencia sobre la FESE, dirigido por Fausto Basantes Borja, quien, a su vez, acarrió a otras figuras que militaban en la OPM de Gía Bustamante. Por último, otro grupo donde se encontraban militantes de experiencias revolucionarias del 70 (Benavides 2013, 84). A decir de Villamizar (1994), estos grupos se influyen en varios ámbitos: en la formulación de un proyecto político, en la concepción militar estratégica, en las formas organizativas adoptadas y en el estilo político «alfarista».

83. En una de las resoluciones generadas en la Segunda Conferencia Nacional se decía: «dejar que los hechos sean los que hablen».

el simbolismo nacional, al tratar temas que hacían referencia al ser ecuatoriano que había sido opacado por las élites oligárquicas.

Desde los pensadores ilustrados como Eugenio Espejo y Juan Montalvo; los independentistas Antonio José de Sucre y Simón Bolívar; los revolucionarios liberales como Eloy Alfaro, José Peralta y Belisario Quevedo; los escritores del realismo social como Alfredo Pareja Diezcanseco, José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara y Demetrio Aguilera Malta; los indigenistas como Jorge Icaza y Oswaldo Guayasamín; los luchadores de las gestas indígenas desde Rumiñahui hasta Cristóbal Pajuña y Rafael Perugachi, y el historiador Oswaldo Alborno, se constituían en los hitos referenciales de la propuesta alfarista, que quería mostrarse a la sociedad como la constructora de «lo nacional», como portadora del acervo «popular», puesto que «tenemos historia propia, tenemos identidad de indios, de cholos, mestizos, negros, montubios, tenemos identidad de patria» (Jarrín 2004, 30).⁸⁴

El anhelo de lo nacional se asoció a la idea de lo popular o del pueblo (Sánchez- Parga citado por Terán 1994, 26), como problema que había sido negado por las élites oligárquicas que privilegiaron la cultura de «afuera» en detrimento de la cultura «nacional». Esto a su vez advierte una crítica a una visión colonizada de la misma izquierda, que no se preocupó en darle singularidad al discurso de la revolución ecuatoriana. El enfrentamiento con la oligarquía implicó la afirmación del pueblo, la patria y lo popular: «El pueblo de Alfaro no puede humillarse y permitir tanta arbitrariedad oligárquica. Hoy más que nunca es una necesidad la unidad de todas las fuerzas democráticas y patrióticas para enfrentar al tirano. Esa unidad debe darse en la oposición a la política anti-popular del gobierno y debe plantearse rebasando los marcos institucionales de la oposición» (*Montonera*, No. 19, 1985).

La defensa de lo popular decanta, para AVC en la crítica al imperialismo. Frente a la pregunta de ¿Cómo se define ideológicamente AVC?, la respuesta es «como una organización democrática en armas, como una organización nacionalista, antioligárquica y antiimperialista» (*Qué Púchicas Mi País*, No. 1, 1986: 14). La consigna de la revolución popular (nacional), democrática y antiimperialista funciona como un tipo de praxis que, cobijada en el connotativo de «alfarista», se aleja del patrón marxista-leninista, y abandona la «vocinglería doctrinaria» —como denomina AVC al «exceso» teórico de la izquierda—. En el plano del sujeto revolucionario, este apriorismo antiintelectual determina el alejamiento de las reflexiones provenientes del «purismo» revolucionario.

84. «El alfarismo es nacional, no tanto porque Eloy Alfaro sea ecuatoriano, tanto porque siempre (desde el Colorado hasta ahora), ha dado respuesta al país: indios, negros, montubios, obreros, artesanos, campesinos, profesionales, empresarios nacionales. Siendo así tuvimos que ser consecuentes con ellos e iniciar un período [...]» (*Qué Púchicas Mi País*, No. 1, 1986: 74).

La noción del proletariado simplemente desaparece, izándose el concepto de pueblo. A decir de AVC «solamente cuando se ejerza verdadera soberanía popular, cuando las fuerzas sociales del pueblo sean PODER se podrá organizar las tareas necesarias para resolver los problemas y las aspiraciones del pueblo» (AVC 1985, 19), (énfasis en el original). El pueblo es, entonces, el contenedor de «todos» los negados por la oligarquía. La lucha armada se piensa como el ámbito desde el cual el pueblo puede manifestarse. «Apoyar al pueblo y darle un instrumento de fuerza: las armas, [es por lo] que está presente Alfaro Vive, Carajo!» (AVC 1985, 21).

No obstante, el grueso de la militancia alfarista estaba caracterizada por una alta tasa de jóvenes, «la juventud [es] un elemento muy importante para la construcción del EJÉRCITO POPULAR» (*Montonera*, No. 26, 1985), (énfasis en el original). Siguiendo las reflexiones de Terán, las demandas políticas de una parte de la juventud no habían sido absorbidas por otras expresiones de la izquierda; esta porción de militancia joven eran los «sujetos renegados de la izquierda» (al no existir en la izquierda espacios políticos que se plantearan con celeridad la lucha armada). La joven militancia se arropó en una comprensión de la lucha, que tenía como telón de fondo el antiizquierdismo, antiteoricismo, propagandismo y pragmatismo (Terán 1994, 14).

La urgencia de la revolución en la juventud estaba dada por la aceleración de una propuesta que planteara la guerra (en términos prácticos) como condición política medular, desatendiendo el problema de la guerra en su dimensión teórico-estratégica. Esta situación de descontento en los sectores de la clase media, sobre todo estudiantiles, se profundizaba por el retorno a la democracia, que a juicio de las «juventudes insurgentes» significaba un «cambio incambiado» (Terán 1994, 157).

En el anhelo de volcar a los sectores populares, el proyecto alfarista rompió con esquemas y presupuestos de la ética política de la izquierda marxista, y acogió a vertientes que, desde la base de la identidad democrática –vistas desde cualquier orbe político–, desearan impulsar un proyecto susceptible de trastrocamiento violento de la matriz de poder oligárquico, proyecto que no anteponía la clase como un delimitador de las identidades sociales. La figura genérica y abstracta del ciudadano, del «ecuatoriano» o –incluso– de los «jodidos», fueron las expresiones que agruparon a los campesinos, estudiantes, amas de casa, artesanos, los productores «auténticos» y los «empresarios nacionales». Lo que produce una suerte de indeterminación a la hora de precisar el sujeto histórico.

AVC se muestra como una especie de aglutinador de lo marginal, de los «desplazados» por la oligarquía; el pueblo es un contenedor que no privilegia la categoría económico-política de explotado. Así, el sujeto revolucionario es el que sufre, padece y que, por tanto, no hay que forjar –puesto que *per se* existe un in-

manente revolucionario en el pueblo ecuatoriano— una especie de «psicología de inconformidad que caracteriza al pueblo ecuatoriano» (*Qué Púchicas Mi País*, No. 1, 1986: 59).

Lo particular del planteamiento es que el concepto de pueblo no excluía, entre otros actores, a la burguesía nacional, «víctima» también de la oligarquía. Empero, a diferencia del planteamiento del PCE, la participación del pueblo no se inscribía en una estrategia etapista de la revolución, sino que el triunfo del pueblo, en la versión de AVC, significaba la consolidación del proceso revolucionario «total», aunque distante, de la identidad socialista de la revolución. En una propuesta de gobierno, lanzada en el diario *Hoy*, AVC exponía luchar por «un gobierno de los ecuatorianos para los ecuatorianos [...] permitir la presencia del capital extranjero siempre y cuando redunde en beneficio del país, apoyar a los sectores productivos auténticamente nacionales y racionalizar la utilización de nuestros recursos naturales» (Villamizar 1994, 151).

En el concepto de pueblo, se integra también a los sectores de la clase dominante no-oligárquica: la burguesía nacional modernizante. Coincidiendo con la reflexión de Terán, el proyecto alfarista no es sino la lucha por la efectiva modernización de la política y economía capitalista, y la ruptura con el pasado monopólico oligárquico (1994, 23). En tal virtud, el concepto de sujeto revolucionario no se fraguó desde la base anticapitalista, sino desde la base antioligárquica. La idea de AVC de «democracia en armas», durante el gobierno socialcristiano de Febres Cordero (1984), con el tiempo los condujo a la «democracia sin armas» en el gobierno socialdemócrata de Borja (1988).

««Alfaro Vive, Carajo» cree firmemente en la vocación democrática del pueblo ecuatoriano y de la defensa del sistema democrático, uno de cuyos pilares más importantes son las elecciones. Por lo tanto estaremos atentos para responder a las amenazas en contra de este legítimo derecho de todos los ecuatorianos» (*Montonera*, No. 19, 1985).

La ponderación en AVC del concepto de democracia y la adopción del sujeto revolucionario «el pueblo» y «los revolucionarios» —que como se había anotado se descentran del paradigma marxista—, constituyen, para el caso ecuatoriano, la antesala del período que caracteriza a la sociedad tras la caída del Muro de Berlín (1989). La derrota de los proyectos clasistas y del marxismo, a los que AVC veía con distancia prudencial, hizo que a finales de la década del ochenta, y sobre todo en los noventa, emerja con fuerza la figura de los «nuevos actores sociales», los movimientos sociales, transición a la que prestaremos atención a finales del capítulo a continuación.

CAPÍTULO III

La enredada chispa de la pradera ecuatoriana

La violencia empleada contra los que oprimen masas enteras de trabajadores, la violencia a favor de millones de seres explotados, nunca, jamás puede ser mala, esta violencia es sagrada.

Enrique Terán, primer Secretario General del PSE

La historia real es lucha, pasión, combatividad. El mismo acto de seleccionador de datos, de interpelarlos, de adoptar tal o cual método significa una toma de posición.

Manuel Agustín Aguirre, PSRE

Si había esperanza, estaba en los proles.

George Orwell

Tras analizar las distintas posiciones, respecto al sujeto revolucionario dentro de la tradición marxista, y haber establecido las formulaciones de las principales organizaciones de la izquierda ecuatoriana, este capítulo ahonda en las tesis y puntos de vista convergentes de cada una de las posturas partidarias que han sido descritas (PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR, AVC), buscando la relación entre sus relatos político-ideológicos y la construcción concreta de un perfil del sujeto de la revolución ecuatoriana.

No es fácil estructurar el criterio de «lo revolucionario» en las organizaciones objeto de este estudio, pues la formulación sobre el «sujeto revolucionario» se inscribe en un conjunto de ideas complejas, derivadas de sus distintas interpretaciones sobre el marxismo, la revolución y la formación social ecuatoriana. En este capítulo, se relaciona al sujeto revolucionario, pensado desde la izquierda, con el contexto general de la lucha partidaria.

Se ha agrupado al sujeto revolucionario de la izquierda ecuatoriana, en el período estudiado, desde las caracterizaciones: i) el militante revolucionario; ii) el pueblo; iii) la población sufragante; iv) el proletariado como clase obrera industrial y v) el proletariado como sujeto negativo. La síntesis de cada una de estas formulaciones se dio en función de la recurrencia con la que los partidos

en cuestión se refirieron a un determinado sujeto. El propósito de este esquema es visibilizar un proceso implícito en las narrativas y las prácticas políticas de los partidos de izquierda, a veces considerados una especie de «tipos ideales».

Como antecedente, para la configuración de los sujetos revolucionarios descritos, se evidencia la presencia de tensiones ideológicas entre los distintos partidos, puesto que no había un acuerdo sobre la propuesta revolucionaria «verdadera». Empero, existieron determinados puntos de empate, circunstancia que hace posible identificar a determinados actores, alrededor de los cuales giró el debate para reconocer al sujeto de la revolución en la izquierda ecuatoriana.

La adopción, en cada uno de los partidos (PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR, AVC), de un sujeto revolucionario particular (el militante revolucionario, el pueblo, la población sufragante, el proletariado como clase obrera industrial, el proletariado como sujeto negativo), no niega que, en determinados momentos, exista la predilección por otro sujeto revolucionario; por ejemplo, el PCE escogió al «proletariado como clase obrera», así como al «pueblo»; o AVC al «militante revolucionario», tanto como al «pueblo».

Por otro lado, se identifican las contradicciones entre el aspecto teórico y práctico. Por ejemplo, en el caso del PCE, PCMLE y el MIR existe una contradicción entre la defensa teórica del sujeto revolucionario «clase obrera», y la incorporación práctica en sus agendas de lucha de otros sujetos: pueblo, estudiantes y maestros, militante revolucionario. En otros casos, se da un uso conceptual distinto de un mismo sujeto, como en el caso particular de pueblo; allí se identifica la utilización de una acepción populista de contenido policlassista (PCE, AVC), o desde la idea de «todos los explotados» (PSRE, MRT, MIR), más cercana al concepto de proletariado –concebido en el marxismo– como sujeto negativo.

«EL SUJETO REVOLUCIONARIO SOMOS LOS REVOLUCIONARIOS»

Uno de los puntos de coincidencia en las prácticas de los partidos de la izquierda ecuatoriana (como el MIR), especialmente los ligados a los proyectos armados (AVC, OPM, MPL), es la centralidad que adquiere el militante revolucionario en el proceso político y, en especial, en la lucha armada. El sujeto sobre el que recae la determinación del proyecto emancipatorio y la responsabilidad de enfrentar la conquista de un mundo mejor, es el militante revolucionario. Las clases sociales explotadas (como los obreros y los campesinos), en repetidas ocasiones son subsumidas por la acción de la militancia armada, conformada, en su mayoría, por jóvenes de clase media (Terán 1994, 14).

El militante revolucionario era, según esta concepción, el representante político de la población. Encarnaba sus sufrimientos, padecimientos y necesidades, deslindando la responsabilidad central de las masas en el proyecto revolucionario, puesto que se asumía que la acción de la militancia era a la vez la acción de pueblo, o como AVC señalaba: «armando a nuestra organización, por lo tanto al pueblo» (*Qué Púchicas Mi País*, No. 1, 1986: 18). La presencia «real» del pueblo fue obviada por la representación –cuantitativamente menor– de la militancia, lo que implicó que las masas –en el período de despliegue de AVC, por ejemplo– no adscribieran al enfrentamiento político-militar con el Estado.⁸⁵ De esta forma, a decir del MRT, organizaciones como AVC adoptaron una posición «vanguardista» como expresión política al margen del pueblo, tal como consta en uno de sus periódicos *Movimiento*: «el vanguardismo [...] ha privilegiado su auto-construcción por sobre el desarrollo político del pueblo» (*Movimiento*, noviembre, 1980).

La praxis de AVC y otras organizaciones (como por ejemplo el MIR) construyen la imagen del militante como el artífice de la revolución, quien, dedicado a hacer crecer al partido (en reclutamiento, infraestructura y financiamiento especialmente),⁸⁶ anteponía los deseos de cambio de la militancia por sobre las posibilidades materiales de avance revolucionario (crisis económica, debilidad de las élites, configuración de un bloque histórico de los explotados, construcción del programa político, situación internacional, etcétera).

Como habíamos analizado en el capítulo II, la subjetividad militante, especialmente en las OPM (AVC, MPL, OPM) y el MIR, se superpuso a cualquier otro aspecto de carácter objetivo. La separación entre la subjetividad política y el movimiento real de las masas, por parte de la izquierda, que –a decir del MRT– «sustituía las propuestas políticas por estimaciones subjetivas», fueron, en 1980, analizadas de la siguiente manera:

Se generó [en la década del setenta] un importante debate acerca de la formación social ecuatoriana y del carácter de la revolución, debate que permitió la superación de las tesis que sustentaban las posiciones reformistas y que implicó una definición política general bajo la perspectiva socialista [...] *se produ-*

85. La confrontación entre AVC y el Estado ecuatoriano no se libró en espacios de la lucha de masas. Por el contrario, fue llevado por fuera de la órbita de acción de la política de las organizaciones populares. La lucha «pública» se restringió a ciertas labores propagandísticas y a acciones militares, sobre todo con objetivos de financiamiento. Sin embargo, lo que estaba claro es que las masas no participaban de este conflicto entre alfaristas y el Estado.

86. En *Qué Púchicas Mi País*, No. 1, se observa la centralidad que merece, en la acción de la militancia alfarista, el problema del autofinanciamiento vía recuperaciones económicas, así como en la búsqueda de espacios para reuniones e infraestructura (*Qué Púchicas Mi País*, 1986: 24).

ieron también corrientes que alejadas del movimiento de masas, sustituían las propuestas políticas por estimaciones subjetivas, por un inmediatismo improductivo. (Movimiento, noviembre, 1980), (énfasis del autor)

En esta línea, las estructuras sociales pueden ser cambiadas para las OPM, básicamente agrupando las voluntades individuales de los militantes que quieran hacer la revolución —«estimaciones subjetivas», «inmediatismo improductivo», a decir del MRT—, indistintamente de que los trabajadores, los campesinos o los pobladores hayan decidido, o no, participar. Esto ocasiona una pérdida de objetividad, a partir del sobredimensionamiento de la voluntad y el auto convencimiento de la militancia, por sobre cualquier otro condicionante. De esta forma, frases de AVC, como «La tortura: daña el cuerpo, fortalece el espíritu» (*Qué Púchicas Mi País*, No. 1, 1986: 38), ideológicamente auspician un tipo de subjetividad que denuesta la importancia de las condiciones materiales de avance objetivo, lo que conduce a la militancia a un derrotero que tiene ínfimas posibilidades de victoria⁸⁷ (Benavides 2014, 124).

Hay que tomar en cuenta la decisiva influencia del proceso cubano, en la izquierda del período analizado, para reforzar la idea de la heroicidad militante por sobre cualquier dificultad. Como se expresó en el capítulo I, Cuba representa, parafraseando a Lukács (1970, 9): «la actualidad de la revolución» en Latinoamérica. El Che demuestra a la militancia de izquierda, cómo un pequeño grupo de combatientes puede crecer y tomarse el poder —experiencia que describe en *Guerra de Guerrillas* (1960)—, elevar la capacidad del guerrillero, y crear condiciones de desarrollo de la guerra revolucionaria, a sabiendas de que en un inicio no solamente no pueden existir, sino que, inclusive, pueden darse condiciones desfavorables (Hart 1989, 377).

En organizaciones como AVC, MPL y OPM, existió el privilegio del concepto de lo militar por sobre lo político, instaurándose un ambiente que sobredimensionó el rol de las armas por fuera de la participación de las masas en la revolución. Las armas y la operatividad militar se entendieron como el *non plus ultra* de la revolución; de ahí la consigna de AVC: «A sembrar de fierros

87. En este sentido, en el diagnóstico que realizan las OPM ecuatorianas del proceso cubano y nicaragüense se abstraían de ver la participación popular (en el sentido de las mayorías volcadas al proceso revolucionario), depositando, en la práctica, la responsabilidad política en la acción de la vanguardia (Debray 1975, 77). El símbolo del Che fue una fuente de referencia central para refutar puntos de vista que planteaban la inexistencia de condiciones para la lucha revolucionaria, puesto que, como sugiere la idea guevarista, a pesar de la inexistencia de un contexto favorable para el despliegue de la lucha armada, el guerrillero puede crearlas y transformar una situación negativa en oportunidad.

el país». ⁸⁸ En tal virtud, el concepto del sujeto revolucionario (el militante revolucionario) se impregnó de la idea de la necesidad del empuje militar a secas, localizado, en especial, en el desarrollo del campo técnico-armamentístico.

La organización político-militar busca desarrollar una estructura especializada de carácter estrictamente militar con capacidad operativa, con recursos militares de alta calidad y suficientes; con preparación militar en las diversas ramas que la acción requiere [...] la fuerza militar que construimos se asienta tanto en el campo como en la ciudad y crece de manera clandestina absolutamente compartimentada. (Cárdenas y Jarrín 2011, 91)

Se evidenció la centralidad que el crecimiento del aparato y la formación militar supuso en la idea de la revolución para las OPM. El empuje militar, implícito en la militancia, representó la base para el desarrollo revolucionario. A partir de definir, en términos inmediatos, el «con quién» se hará la guerra y, en términos operativos, «el con qué» se sostendrá logísticamente el enfrentamiento, se constituyeron las prioridades (Debray 1975, 91).

El desborde subjetivo y el «exceso» de pasión, ⁸⁹ parte del indetenible carro de la historia que apuntaba hacia la emulación de las revoluciones triunfantes (como Cuba y Nicaragua), condujo al sacrificio de la militancia. Esta, sin una guía para la acción (teoría), depositó su fe en la certidumbre del cambio a través de la practicidad, lo que implicó la dilución del concepto de praxis. Se produjo, en ese momento, una suerte de polarización entre el «hacer» la revolución y el «pensar» la revolución. ⁹⁰ Como se analizó en el capítulo II, en la comprensión de la militancia revolucionaria aparecieron posturas refractarias a lo «intelectual», que se expresaron como una especie de código moral que obligaba a mirar con sospecha a lo teórico, por considerarlo lugar de la inacción, espacio de la inconsecuencia (Polo 2012, 124-71).

Al respecto, se plantean dos problemas. Por un lado, existió en el período de estudio (1975-1986), una intelectualidad más cercana al concepto sar-

88. Mensaje dejado en el Museo Municipal de Guayaquil, en un operativo de recuperación de las espadas de Alfaro y Montero (*Hoy*, 11 de agosto de 1983).

89. Para el argentino Nicolás Casullo «La revolución fue siempre y básicamente pasión de la subjetividad revolucionaria como estado de una época determinada, enunciable cada vez que se inscribe en una crónica determinada» (Casullo 2008, 77).

90. Asumir que «la praxis fue el *ethos* de la izquierda» (Benavides 2014), supondría afirmar la vinculación en la izquierda entre «el hacer y el pensar» la revolución, siendo que la definición marxista de praxis, precisamente, descarta una posible bifurcación entre estos dos axiomas. La praxis es, pues, conciencia y autodeterminación. El trabajo, para Marx sintetiza conciencia (teoría) y obra o autodeterminación (transformación de la materia). Consideramos que, por lo menos en la forma de pensar al sujeto revolucionario como militancia, la categoría de praxis no expresa el *ethos* de izquierda, sino más bien el de practicidad.

treano de «compromiso», que al gramsciano de «orgánico». Sartre, en *¿Qué es literatura?*, propondrá la necesidad de un «escritor comprometido» y recuperar la «función social de la literatura» (1967, 13), lo que supone, la imbricación entre la sensibilidad social y artística, en perspectiva de provocar cambios, sin que esto signifique ser adherente orgánico a un partido de izquierda. Entonces «El escritor «comprometido» sabe que la palabra es acción, sabe que rebelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio» (Sartre 1967, 53). En este campo se agrupan pensadores como Alejandro Moreano, Agustín Cueva y Bolívar Echeverría. Sin embargo, la limitación de esta producción intelectual, a-orgánica en la perspectiva de Gramsci, no significa que tenga que ser «desaprovechada» por la intelectualidad orgánica –proceso que no implica, a su vez, deponer el necesario punto de vista crítico–. Empero, la «sospecha» *per se* de lo teórico genera un distanciamiento entre las masas y la militancia hacia el «arma de la crítica» –en el sentido marxista–.⁹¹ La distancia hacia la intelectualidad *solamente* comprometida pero *no* militante de partido, que no estaba predispuesta a «jugarse» más de lo que la especulación teórica y cierta sensibilidad social permitía, propicia también desconfianza hacia una intelectualidad orgánica que podría asumir el problema de la revolución, tanto en la dimensión teórica como práctica, v. gr. Marx, Lenin, Mariátegui, el Che, Ricardo Paredes, Dolores Cacuango. Como suma de lo anterior, por otro lado, se generó despreocupación por producir una teoría que justificara la lucha revolucionaria política y militar, dado que, como repetía AVC: «la teoría nos divide, la acción nos unifica» (Benavides 2014, 94).

En síntesis, la categoría de praxis, como vinculación de la teoría y la práctica (Sánchez-Vásquez 2013, 65), fue desfigurada por la practicidad. De este modo, el vacío dejado por la teoría lo «llenaba» la acción, lo que hemos denominado «la impronta como discurso político», que significó la acción como crítica a la teoría, o la «*teorización* de la inconsecuencia de la teoría»; así, la urgencia revolucionaria afirmaba que «el tiempo era de cambios, de acción, no de teoría» (Carvajal citado por Polo 2012, 126). El sujeto revolucionario se caracterizó con una predisposición práctica a la lucha, y no por una reflexión que justificara el porqué de su acción.

91. Esta precisión sostiene la diferencia ético-política entre la crítica marxista y la crítica social de espíritu frankfurtiano que, en lo fundamental, como dice Anderson (2015), estimula el divorcio estructural entre el marxismo y la práctica política. Marx dirá en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* que «el arma de la crítica no sustituye a la crítica de las armas; el poder material solamente puede ser derribado con el poder material, pero la teoría también es poder material tan pronto como se apodera de las masas» (Marx 2010, 72). Estableciéndose la interdependencia entre el argumento social y político, teórico y práctico, que se fragua la categoría de «crítica».

En definitiva, el sujeto revolucionario se lo entiende de manera tautológica: «el sujeto revolucionario somos los revolucionarios», en este sentido, aquella militancia que asume de forma inmediata el uso de las armas para la revolución. Así, el sujeto no son las masas, no es un determinado sector de la sociedad, sino aquellos militantes que están dispuestos a luchar. O como plantea el investigador cubano José Bell Jara –estudioso de la obra de Che–, «a la pregunta de ¿Quiénes serán la vanguardia?; la respuesta: los que hagan la revolución» (Bell citado por Hart 1989, 380).

El militante, elevado a la condición de sujeto revolucionario, sufrió la falta de una mirada integral: la ausencia de una comprensión totalizadora de la dimensión teórica y práctica, de la articulación entre lo político y lo militar, de la unidad de las condiciones objetivas y subjetivas, de la vinculación dialéctica entre militancia y clase social (como teorizaban en su momento Paul Mattick, Karl Korsch y Anton Pannekoek).⁹² Esta comprensión parcial de la lucha política (practicidad, militarismo, politicidad)⁹³ hizo que las masas de trabajadores, campesinos y pobladores fueran sustituidas por la acción individualizada de los sujetos radicalizados, como diría Debray: «a los guerrilleros la guerra, y al pueblo el espectáculo de la guerra» (Debray 1975, 87).

EL SUJETO REVOLUCIONARIO COMO POBLACIÓN SUFRAGANTE

Gran parte de la izquierda ecuatoriana, desde sus inicios, se relacionó con conceptos devenidos de la matriz del pensamiento liberal. Principios como la libertad y la igualdad, que en el sentido histórico burgués significan: *libertad* de compra-venta de fuerza de trabajo ofertada en el mercado y *libertad* de enriquecimiento del moderno propietario; e *igualdad* biológica y jurídica entre ciudadanos (y no igualdad social y económica entre clases); se condensarán institucionalmente y fortalecerán el paradigma de la democracia liberal, que

92. Estos autores se esfuerzan por unificar, en perspectiva de la construcción del sujeto revolucionario, tanto las necesidades denominadas subjetivas cuanto las objetivas. La clave, a decir de su análisis, es no depositar las esperanzas ni en la «crisis económica final» capitalista, ni en el voluntarismo de los sujetos. Las crisis económicas, sin una acción política de las masas revolucionarias, son una fase que puede ser «acomodable» para el capital. La única crisis final para el capitalismo proviene de: la suma de la teoría revolucionaria en las masas, más un período de depresión económica.
93. Louis Althusser se refiere a la «politicidad» como la enfermedad ideológica de la tradición política en América Latina, puesto que considera que todo es asunto de la política, dejando de lado los problemas de carácter estructural histórico-económico (Debray 1975, 244).

pautará, en buena medida, la contienda política de nuestro período de estudio. A decir de Velasco:

La izquierda ecuatoriana se desarrolla a partir de la segunda década del presente siglo [siglo XX] en muchos aspectos a partir de las concepciones liberales. Y de ellas extrae no solo su tradición de lucha, sino también sus esquemas metodológicos e interpretativos, los cuales fueron asimilados por la tendencia naciente sin beneficio de inventario y apelando al bautizo de las concepciones de base positivista con nombres marxistas que, como es obvio, no constituían más que escaparates para los contenidos burgueses. (Velasco 1976, 62)

De este modo, el PSE, PCE-FADI y el PCMLE-MPD actuaron a partir de principios de la tradición liberal, en especial el de la libertad democrática. Este concepto asumió un peso especial en la izquierda, sin que eso significara –en particular en el caso del PCMLE– prescindir del todo de una terminología ligada a la reflexión «marxista» de raíz dogmática. En la práctica, la comprensión del sujeto sufrió una particular conceptualización, establecida, en su relación con la participación electoral y el sistema de partidos, como una forma de disputar espacios de representación a la burguesía, y dar paso a la disputa parlamentaria en la democracia de partidos.⁹⁴

El retorno a la democracia, la aprobación de la *Ley de Partidos Políticos y de Régimen Electoral* (1978), el ascenso del gobierno de Jaime Roldós y la conquista de puestos en el parlamento vía voto universal,⁹⁵ trasladó la idea de la política como ruptura revolucionaria de la historia, a la de participación en condiciones de igualdad jurídica relativa (un ciudadano, un voto) en la carrera por el gobierno. Por otro lado, se marcaron distancias entre lucha armada y reforma democrática. Los grupos que privilegiaron la lucha armada, como expresión del ejercicio político, comprendieron el escenario de lo electoral como la antítesis de lo revolucionario, y viceversa, los partidos que asumirán la disputa en el sistema electoral, tomarán una posición refractaria a la vía armada, con la excepción del PCMLE, que en lo declarativo refrendará la imaginaria lucha armada, sin que esto tenga como correlato, esfuerzos reales para su materialización.

94. Sin embargo, la participación electoral de la izquierda no fue exitosa, debido a que no logró posicionarse como una fuerza política en las preferencias del electorado. Francisco Sánchez (2010) señaló que, en el periodo de 1979 a 2002 (23 años), el MPD tuvo 26 diputados, el PSE, 25 y el FADI, 8.

95. El PSE logró, posteriormente a la victoria de Edelberto Bonilla (1981), tener alrededor de ocho diputaciones en el Congreso, proceso que significó la validación de la línea electoralista como la estrategia correcta para acceder al poder.

El litigio político al interno de la democracia de partidos excluyó las tesis insurreccionales como factores integrantes de la lucha política⁹⁶ (Sader 2009, 112). En este orden, el PSE, por ejemplo, consideraba que, por medio de la democracia, existían condiciones para «castigar al gobierno en las urnas» (*La Tierra*, No. 16, 1986), consigna que validaba el reformismo electoral como mecanismo probado de contienda. De esta forma, la relación entre lucha armada y elecciones se planteó de manera dicotómica: aceptación absoluta o negación absoluta del Estado. A su vez, la «lucha legal e ilegal/pacífica y violenta» se asumió de manera antitética en las estrategias de poder al socialismo y en la construcción del sujeto revolucionario. Los partidos de izquierda optaron por uno u otro camino, sin la posibilidad de que, en su praxis, se articularan estratégicamente estos dos campos.

En el caso del PSE, la cercanía a lo electoral se convirtió en una de sus características partidarias fundantes:⁹⁷ v. gr., en los Congresos 39, 40, 41 y 42, el tema central de la discusión giró en torno al hecho electoral-parlamentario y las coyunturas políticas que se desprendían de su centro (Rodas 1983). Es más, en el Congreso 38, celebrado en junio de 1983, donde se restablecía la vida jurídica del PSE, se planteó como punto estratégico la contienda electoral.

La victoria de la legalidad y de lo electoral, como procedimiento de confrontación política de la izquierda con la derecha, hizo que el concepto del sujeto se modelara a partir de dichas tesis triunfantes: «Vamos a participar [electoralmente] para ampliar nuestro marco de acción, exigir libertades democráticas que nos permitan organizarnos sin restricciones» (*El Alfarero*, No. 4, 1978).

En la sociedad civil o sociedad burguesa (Echeverría 1998, 82) —concepto medular para entender el escenario sobre el cual dicho «sujeto revolucionario» actúa—, lo permisivo y lo prohibitivo delimitan las reglas de juego que son acatadas por todos los jugadores, a partir de los principios cultores del liberalismo (libertad e igualdad), promoviendo una acción social de carácter limitado, que busca la participación ordenada de los jugadores mediante el régimen de partidos (Sartori 1999, 48 y s.). Empero, la asimilación del credo liberal también era aceptado en las organizaciones que formalmente se reclamaban «radicales», como MPL, que decían luchar:

96. El PCMLE-MPD no excluyó, en teoría, lo político-militar de su narrativa. De hecho, en sus programas nunca se negó la vía armada, no obstante, en esencia su práctica se dispuso en el escenario de la contienda electoral y del crecimiento político ligado fundamentalmente al movimiento estudiantil y el magisterio y, en menor medida, al obrero y campesino. El factor militar nunca se expresó (fuera del montaje del aparato partidario), como estrategia por la toma del poder.
97. De hecho, para 1931, el PSE ya participaba de manera tripartita con los liberales y conservadores de la Asamblea Constituyente.

Por la vigencia plena de la democracia y por la defensa de las libertades democráticas contenidas en la Constitución Política de nuestro País. a) Respeto a los derechos y garantías ciudadanas; b) respeto a la independencia en el ejercicio de las funciones, de la Función Jurisdiccional, Función Legislativa y demás organismos del Estado; c) organización de la economía de acuerdo con las exigencias constitucionales de Justicia Social y funcionamiento pleno de los cuatro sectores de la economía. (*¡Aquí estamos compadre!*, No. 7, 1986)

La izquierda establece –como se aprecia en la cita– una relación de atracción hacia el Estado, expresada en las referencias a la institucionalidad que contienen, a su vez, la defensa del reformismo electoral, sin que esto haya anulado del todo la lucha política de masas. En este plano, la consigna se traduce para el PSE, por ejemplo, en la relación «elecciones con movilización de los trabajadores» (*El Alfarero*, No. 4, 1978). En este caso, sin dejar de lado la movilización social (en los límites de la democracia), el procedimiento de engorde electoral ligado al sistema de partidos se muestra, por igual, central.

Desde el escenario de la democracia de partidos, las discrepancias políticas pueden ser solucionadas, siempre y cuando se parta de conceptos que no supongan antagonismo –situación únicamente posible si se elimina el presupuesto de matriz marxista de intereses contrapuestos entre clases sociales antagónicas–, en vista de que «la clave central de la posición de Lenin es la afirmación de que la forma organizativa del Estado con la democracia parlamentaria es en sí misma esencialmente hostil a los intereses de la clase trabajadora» (Offe 1992, 58)–. Respecto al problema del parlamentarismo, el PSRE decía:

No podemos impulsar un socialismo de corte pequeño-burgués que basa sus esperanzas en el parlamentarismo como si fuera la panacea universal a todos los problemas y tiene inevitablemente a la conciliación de clases y que carece de proyección histórica. No podemos caer en un reformismo parlamentario, que suplante el poder organizado de los trabajadores por la simple participación electoral. (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 2, 1977)

La acción política marxista busca afectar la formación económico-social capitalista, que se contrapone a los intereses de la clase trabajadora, incluido el aparato estatal. En tal suerte, la anulación del antagonismo de clase y de la crítica al Estado es, por principio, la eliminación del enfoque marxista en la comprensión de la política.

Sin embargo, establecer acuerdos interpartidistas más allá de las diferencias ideológicas, para el PSE se torna posible pues «[l]a política de independencia no es incompatible con acuerdos puntuales que se puedan realizar con los distintos grupos parlamentarios» (*La Tierra*, No. 7, 1984). El sujeto revolucionario, en tal sentido, tiene que matizar lo «revolucionario» desde el

establecimiento de una relación social no-antagónica y, por ende, que esté en condiciones de moverse con orden y equilibrio (prohibitivo/permisivo) en el juego de la democracia o, como dice Lipset, en el juego de la «lucha de clases democrática» (Offe 1992, 58), porque como dice el PSE «la política parlamentaria es un aspecto de la nueva política frente al régimen» (*La Tierra*, No. 7, 1984). En este contexto, ¿se puede hablar aún de sujeto revolucionario? Sí, en el sentido de sujeto *pensado* (sic) por la izquierda. No, en tanto categoría de sujeto que persigue la supresión de su propia historia como sujeto explotado, es decir, que rompe con la condición de «instrumento» que la economía y la política capitalista ha generado en las personas.

Si en la tentativa de transformación social, la estrategia de avance está pensada mediante la vía del escenario electoral, entonces, los actores políticos que actúan en este marco, son los depositarios de la condición de potenciales sujetos con posibilidad de «trasformar» el estado de las cosas, al participar en la disputa en el sistema de partidos. El «sujeto revolucionario» es visto como la población sufragante. Las organizaciones de trabajadores aceptan el trabajo político de los partidos (reivindicaciones gremiales) y con ellos se construye un capital político, el cual se direcciona como cuota electoral hacia los dignatarios de representación popular.⁹⁸

Igualmente, existieron planteamientos de rechazo desde otros partidos de izquierda a la idea del parlamentarismo. Las voces más críticas, del período 1785-1986, provinieron del PSRE, del MIR, del MRT y de AVC en una primera etapa de desarrollo. En la *Prensa Obrero y Campesina* el PSRE deja constancia de la importancia de:

Garantizar que el proletariado, por el influjo de las posiciones democrático-revolucionarias no caiga en el ilusionismo parlamentarista. Impulsar una participación no significa ocultar la naturaleza de clase del parlamentarismo; ni pensar que las elecciones nos llevarán al poder político, sino que nos permitirán ganar tribuna política para propagar nuestras tesis y crear condiciones iniciales para organizar amplios sectores de masas. (No. 2, 1977)

Retomando la reflexión, los partidos que basaron su praxis política en la lucha de masas y el sistema de elecciones (PSE, PCE-FADI y el PC-MLE-MPD); ingresaron gradualmente en un proceso de domesticación a las reglas de juego electoral, lo que el PSRE calificará de «ilusionismo parlamentarista». En palabras de un liberal como Martin Lipset «el asentamiento de los

98. Pensando con Scott, este proceso en principio expresa un *círculo virtuoso* (relación partido-masas-votos), pero a la larga se convierte en un *círculo vicioso* que garantiza la dominación del escenario electoral, legitimado con la lealtad de las masas (Scott 2000, 34).

partidos obreros en estructuras de gobiernos locales y nacionales, [...] [trae] su consiguiente «domesticación» desde el sistema establecido» (Lipset y Rokkan 1992, 255). De esta forma, las rupturas revolucionarias fueron desplazadas por proclamas reformistas, como se verá más adelante, a pesar de sus afirmaciones: «La acción electoral de las masas es solo un aspecto de su lucha total por la transformación revolucionaria del país» (*El Pueblo*, No. 1147, 1978).⁹⁹

En el caso del PCE, a decir de su secretario general René Mougé en 1982, la acción electoral permitió fraguar «la unidad» más allá de una base marxista, y fueron «las aspiraciones democráticas» de los «sectores patrióticos» el aglutinador central:

Consideramos que el Frente Amplio de Izquierda fue una importante experiencia que es preciso revitalizarla para que la izquierda ecuatoriana tenga una expresión legal en las próximas contiendas electorales y un instrumento unitario permanente de lucha. La concepción de nuestra unidad no la reducimos a los sectores de izquierda de orientación marxista, sino que también debe abarcar a otros sectores patrióticos, con los cuales se puede lograr alianzas por objetivos concretos sobre la base de aspiraciones democráticas. (*El Pueblo*, No. 1373, 1982)

Lo anterior evidencia el peso del liberalismo en la izquierda ecuatoriana, dimensión en la que caen, por diversos factores, no solamente la izquierda que privilegió la contienda electoral, sino inclusive varios artífices de la lucha armada. La influencia liberal en la interpretación marxista en Ecuador significa, en el orden de la construcción del sujeto político, encaminar a los trabajadores hacia el sistema de partidos —como plantearían Max Weber, Robert Michels y Rosa Luxemburgo, respectivamente— mediante la representación que les provee la «máquina partidaria», «la jaula de hierro» y el «oportunismo burocrático» (Offe 1992, 62).¹⁰⁰

El control del gobierno, expresión política del Estado, alcanzado con el cónclave electoral, marca el ámbito de acción de los partidos, embriagados por un hipotético triunfo electoral... que nunca llega. El torneo de la lid electoral,

99. Manuel Agustín Aguirre dice que «Hay quienes diciéndose marxistas, si bien se han visto obligados a abandonar la tradicional visión de la historia, basada en la sucesión de personajes, continúan haciéndola girar sobre el eje de las contradicciones secundarias, entre las diversas y casi personales facciones de la burguesía, ignorando las luchas del campesinado, el proletariado y otras de carácter popular, con las que deforman y mutilan el gran proceso histórico, basado en la lucha de clases, que es el verdadero motor de la historia» (Ycaza 2007, 18).

100. Esta característica, a su vez, tiene como puntos de apoyo ideológicos, directos o indirectos, el desarrollo de la socialdemocracia alemana del siglo XX, la experiencia de la izquierda electoral latinoamericana, sobre todo la Unidad Popular chilena (Allende), además de los reformismos militares autodefinidos como «nacionalistas» en Perú (Velasco Alvarado) y en Ecuador (Rodríguez Lara).

se superpone a los triunfos de las organizaciones de masas ajenos al espacio electoral, por ejemplo las huelgas obreras, que en el período gozan de extraordinaria fuerza (Dávila 1992; Ibarra 2011).

Por otro lado, la «ciudadanización» del sujeto revolucionario excluye a la violencia de su proceso configurativo.¹⁰¹ La violencia no es propia de la población sufragante; por el contrario, es vista con desconfianza, al ser una potencial causa de descalificación del sistema de partidos. Por tanto, es asumida peyorativamente, de ahí los calificativos: «ultraizquierdistas», «ultristas» y «foquistas», para procesos en los cuales la violencia es parte de la identidad política de izquierda (*El Pueblo*, No. 1372, 1347, 1981). Esto determina que el particular «sujeto revolucionario = población sufragante» sea amalgamado a la idea de lucha pacífica, matizada por ciertos ejercicios de presión social, siempre y cuando no desborden el orden institucional. Para Giovanni Sartori, liberal contemporáneo, el pluralismo político es una característica clave para la conservación del sistema de partidos. En este sentido, el disenso, el consenso y el conflicto son la base del ejercicio democrático: «la base de la democracia no es el consenso, sino de hecho, el conflicto» (Sartori 1999, 37).

En el orden ideológico, la salida etapista y el gradualismo constituyeron las condiciones de avance. En el caso del PCE y PCMLE fue una estrategia manifiesta –como revisamos en el capítulo II–, dado que antes de la revolución socialista había que atravesar la revolución nacional liberadora (PCE) (Ibarra 2013, 60) y la revolución democrática antiimperialista (PCMLE) (PCMLE 1991, 5), desarrollando fuerzas productivas que entren en contradicción directa con las relaciones sociales de producción, lo que implicaría la preparación de las condiciones objetivas de avance. Razonamientos bastante apegados a la interpretación positivista del marxismo de la Tercera Internacional:

El marxismo había venido a identificarse con un método de interpretación (economicista) de la historia y un certificado del advenimiento de la revolución una vez que las circunstancias estuvieran «maduras», esto es, una vez que hubieran alcanzado su máximo grado de desarrollo las contradicciones de esa forma histórica de producción que es la formación económico-social capitalista. (Muñoz citado por Lichtheim 1973, 11)

Bajo esta reflexión, mientras no se supla la necesaria revolución democrático-burguesa, el sujeto revolucionario no puede ser simplemente entendido

101. Aquí hacemos referencia a la ausencia de la violencia integrada a una estrategia de lucha contra el Estado, y no al manejo de la violencia en otras «esferas». En rigor, la violencia sí estuvo integrada al proceso «configurativo» de los partidos de esta tendencia, sino piénsese en la violencia interpartidista e intrapartidista de izquierda. Lo que no existe, por lo menos en términos estratégicos, es la violencia contra la burguesía.

como proletariado, puesto que el sujeto tendría que actuar en orden a las «condiciones materialmente existentes», siendo esto una justificación para entender la necesidad de la vinculación con los sectores de la burguesía nacional (Saad 1974, 35). Estos, en tensión con el imperialismo, estarían dispuestos a profundizar un tipo de democracia, concebida como antesala del socialismo.

Para finalizar, recurrimos a la metáfora de Alejandro Moreano, con la intención de entender un proceso que, en el siglo pasado, caracterizó una parte de lo que hemos descrito en este acápite. La boa constrictor (el Estado) devoró al viejo topo (la revolución) (Moreano citado por Chávez 2012, 79). El topo que quiso matar a la boa desde dentro, fue engullido en el intento. La revolución socialista fue devorada por el Estado nacional y, por extensión, la población sufragante devoró al proletariado. Este punto de vista no intenta estigmatizar la lucha al interior de la «sociedad civil» (desde la comprensión gramsciana), entendiéndola como espacios de disputa, porosos, que tienen que ser llenados por la acción de los trabajadores. Esto incluye los espacios electorales, sin que se pierda de vista la perspectiva de ruptura socialista.

En la lucha de clases, las reflexiones conventuales, morales, no sirven. No expresamos lo «bueno» o lo «malo» de la lucha electoral; se explica que privilegiar la lucha electoral, por sobre la proyección histórica de ruptura socialista, significó, en los partidos (PCE-FADI, PSE, PCMLE-MPD), una alta dosis de ciudadanización, que diluyó al proletariado como sujeto de lucha contra el capital.

EL PUEBLO COMO CONTENEDOR DEL TODO Y LA NADA

La figura del «pueblo» se proyectó como otra de las variantes para entender el sujeto revolucionario en el ideario de la izquierda ecuatoriana. Varios partidos optaron por incluir al pueblo en el llamado de acción política, indistintamente del carácter armado o pacífico de su propuesta. El PCE, el PSE y AVC fueron las organizaciones que más usaron este término. En el caso de AVC, el concepto fue central, a partir del desplazamiento del marxismo y la inobservancia a pensar la composición de las contradicciones sociales, desde categorías como las de burgués/proletario, dando preferencia a las de oligarquía/pueblo (Terán 1994, 144). En el caso del PSE, la inclusión del concepto se aplicará al escenario del litigio electoral y la plataforma reivindicativa (*La Tierra*, No. 7, 1984), y el PCE lo utilizó en una especie de mezcla con conceptos situados en la lógica marxista más cerrada (*El Pueblo*, No. 1347, 1981: 1; *El Pueblo*, No. 1029, 1975). Es decir, se configuró, de manera retórica, la idea de

la «lucha del pueblo» como afirmación discursiva, más allá de las estrategias para el acceso al poder y la delimitación de su uso.

El concepto de pueblo fue modelado bajo la influencia de la Revolución sandinista y del estallido populista en la región; en todos los periódicos de los partidos analizados,¹⁰² las referencias a la Revolución sandinista fueron permanentes.¹⁰³ Consignas como «contra la dominación imperialista organizar la lucha solidaria con el pueblo de Nicaragua» (*Causa Proletaria*, No. 25, 1978), no solamente expresaron un colchón de solidaridad internacional, sino la legitimidad de las tesis políticas sandinistas de acceso al poder.¹⁰⁴

Como premisa aclaratoria a un análisis del uso del término en la intelectualidad de los partidos anteriormente citados, es preciso plantear que desde la perspectiva marxista también se utilizó el concepto de pueblo (Dussel 2010, 404), estableciéndolo como un símil de explotado, como lo explica Agustín Cueva (1998). No obstante, en la consideración del presente estudio, este carácter no fue el que primó en el tratamiento que la mayoría de los partidos le dieron al concepto.¹⁰⁵ La

102. Entre los principales órganos centrales destacamos *La Tierra, El Pueblo, Causa Proletaria, Prensa Obrera y Campesina, En Marcha, Lucha Socialista, Qué Páichicas Mi País*, a los que le agregamos *El Miope, El Grito del Pueblo, Tribuna Socialista, Juventud Rebelde, Lucha Proletaria, Voz Rebelde, Nuestra Lucha, Tarea Urgente, Línea Roja, Patria Nueva, ¡Aquí estamos compadre!*, y *Montonera*.

103. Aparte de que, como dijimos, en todos los periódicos de los partidos de izquierda de la época permanentemente se llamaba a defender la Revolución sandinista (para ilustrar destacamos los periódicos *En Marcha*, No. 470-475, 1979 y *Causa Proletaria*, No. 25, 1978), existieron otras publicaciones que reivindicaban el proceso nicaragüense, una de ellas fue el *Eco de las Segovias*, periódico del Comité Ecuatoriano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua y el FSLN (*Eco de las Segovias*, No. 3, 1978; No. 9-10, 1979; No. 11, 1980). Este periódico agrupó a varios militantes de partidos y organizaciones de izquierda en Ecuador, del período de estudio, entre los que destacan Gustavo Alfredo Jácome, Manuel Agustín Aguirre, Raúl Pérez Torres, Nela Martínez, Edmundo Rivadeneira, Ulises Estrella, Benjamín Carrión, entre otros. Estos nombres eran complementados por miembros de varias federaciones de trabajadores (FTP y otras) partidos de izquierda (MIR, PCE, PSRE, etc.), además de otros intelectuales y artistas (Comité Ecuatoriano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua y el FSLN, *Eco de las Segovias*, No. 3, 1978).

104. Pero, a ciencia cierta ¿Qué fue la Revolución sandinista? A decir de Harris y Vila, fue una alternativa «popular, democrática y antiimperialista, basada en un proyecto político de unidad nacional en una economía mixta» (Harris y Vila 1985, 9). Los conceptos integrantes, contenidos en la anterior explicación, son importantes para nuestros propósitos. Cabe anotar que «lo popular», «democrático» y «antiimperialista» guardan empatía con los de «proyecto político», «unidad nacional» y «economía mixta». Lo que encontramos en este marco conceptual es un llamamiento a que todos los sectores del pueblo, que no estén de acuerdo con las imposiciones de los intereses estadounidenses, tienen la posibilidad de construir un proceso político revolucionario que se oponga al reparto apátrida de los grupos internos (oligarcas) y externos (imperialistas). En el fondo del planteamiento descansa un proyecto policlasista y la búsqueda de actores diversos.

105. En el manejo del concepto del pueblo no se identifica a clases sociales, presupuesto de análisis marxista. Se privilegió la dicotomía pueblo/oligarquía o ciudadanía/aristocracia, que es

idea de pueblo no era comprendida por el PCE, PSE, AVC y MPL, como necesariamente ligada a la idea de explotación, sino que era una estrategia retórica de contenido policlasista.

La inclusión del pueblo en el discurso de la izquierda apareció como una síntesis que vinculaba, de una u otra forma, a los sectores desfavorecidos por los gobiernos de la época (Guillermo Rodríguez Lara, 1972-1975; Triunvirato militar, 1975-1978; Jaime Roldós, 1978-1981; Osvaldo Hurtado, 1981-1984; León Febres Cordero, 1984-1988), en la perspectiva de lograr una retórica que construyera un «bloque social» que acumulara fuerzas, sin establecer con claridad la finalidad. En palabras de Dussel:

En un sentido estricto «pueblo» es un bloque social. No un bloque político, como definiría Gramsci a los grupos hegemónicos. Un «bloque social» de la sociedad civil, antihegemónico en cuando oprimido y explotado en épocas finales de un sistema, de un modo de apropiación y producción, cuando la estructura no resiste el empuje creador de las fuerzas productivas (o improductivas con respecto al capital) y debe reprimir el surgimiento de un nuevo sistema. (Dussel 2010, 408)

Sin embargo, la inclusión a la lucha política del «sujeto histórico pueblo», en los partidos de izquierda analizados, se desligó de una plataforma ideológica representada por el anticapitalismo (inclusión de la burguesía «nacional-antiimperialista», o como denominaba Patricio Ycaza –1994– «la quimera de la burguesía nacional»). Pensando desde Dussel, el concepto de pueblo, en el caso ecuatoriano, se alejó de la construcción de un bloque social contrahegemónico, en cuanto concentración de los explotados¹⁰⁶ en una fase prerrevolucionaria. La finalidad de la apertura de un programa que no estuviera restringido por el carácter anticapitalista de la revolución y, por tanto, socialista (como en la propuesta de la «primera fase de la revolución» en el caso del PCE, y de la propuesta de AVC) respondía a la necesidad de convocar a sectores que estaban fuera de la consigna anticapitalista: la burguesía nacional y la pequeña burguesía.

una forma estamental de clasificación, metodológicamente liberal a consecuencia de las condiciones de desarrollo capitalista en Ecuador. En este marco la noción clasista es sustraída.

106. Es más, en rigor teórico, el concepto de explotado desapareció de la idea de pueblo en algunos de los partidos de izquierda analizados, especialmente en el PCE y el PCMLE, en la etapa de la «primera fase» de revolución: la revolución nacional liberadora (PCE) y de la revolución democrática antiimperialista (PCMLE). La explotación es un concepto únicamente aplicable a la clase trabajadora, tal como afirma Marx en *El Capital* (2002). Sin embargo, estos partidos incluían a la «burguesía nacional» en el concepto de pueblo, lo que significaba que el axioma explotación no fuera parte integrante del contenido, puesto que lo contrario implicaría que en el pueblo únicamente estarían integrados los diversos sectores de la clase trabajadora explotados.

Algunos partidos del período, como el PSRE (también el MIR y el MRT), criticaron la idea de «la existencia de una burguesía nacional antiimperialista», argumentando que las contradicciones de clase imperialistas, aparentemente externas, se expresaban en el escenario local a través de la misma «burguesía nativa»:

Los Partidos Comunistas sostienen la existencia de una burguesía nacional antiimperialista, que los lleva a entregar la dirección de esta lucha a estos sectores de la clase dominante [...] nosotros no consideramos al imperialismo como un fenómeno externo, ante el cual pueda renunciarse o atenuarse las contradicciones de clase al interior de nuestra sociedad sino al contrario: el imperialismo se expresa a través de su aliada la burguesía nativa. (*Tribuna Socialista*, No. 1, 1976)

La idea del sujeto revolucionario asociado al pueblo necesita de la construcción de una plataforma de intereses amplia,¹⁰⁷ en la que se vean identificados –indistintamente de su rol en la sociedad– diversos sectores, lo que constituye un punto de partida que abre las posibilidades de integración de clases.

representantes de las fuerzas sociales: de los gremios obreros y campesinos, de los barrios, de los indígenas, de los negros, de la Iglesia, de las mujeres, de los dirigentes políticos de los partidos populares y progresistas, de los intelectuales, de las juventudes, de los maestros, de los gremios de la producción no monopolistas y nacionales; de comerciantes minoristas, de las instituciones de derechos humanos y con preocupación social. (AVC 1985, 27)

El contenido policlasista es una de las características principales en la utilización del concepto de pueblo. A los trabajadores, desempleados, mujeres, etc., se suman los «gremios de la producción no-monopolistas y nacionales». Laclau en *La razón populista* (2006) propone el concepto del significativo vacío, para entender la idea de pueblo y populismo.¹⁰⁸ En este sentido, el pueblo aparece como una unidad articuladora de diversas necesidades, que encuentran puntos de similitud sin eliminar la heterogeneidad de cada uno de los grupos convergentes. Como un recipiente que soporta cualquier contenido, o un contenedor que, vacío, está ansioso de ser llenado por algo, sin que importe qué. El pueblo como un todo (plataforma multisectorial amplia) y como nada a

107. AVC planteó la necesidad de «Una gran alianza sin más condiciones que definir una postura antioligárquica, no solo de principios sino de acción. Una gran alianza que retome la ofensiva, que retome la decisión nacional, que defienda a la patria y al pueblo» (AVC 1985, 26).

108. De esta forma, «la emergencia del pueblo como actor histórico más universal, cuyos objetivos cristalizarán, necesariamente, en torno a significantes vacíos como objetos de identificación política» (Laclau 2008, 28).

la vez (imposibilidad de concreción ideológica). La acción reivindicativa del pueblo se articula a partir de la «lógica equivalencial» (Laclau 2008, 25), que permite agremiar a una multiplicidad de demandas –de grupos diversos– en un pliego común de peticiones, que se confina, en lo medular, a una hoja de ruta de carácter reformista.

El límite del «sujeto pueblo» radica en que, dado que su programa procura satisfacer a la heterogeneidad social que lo configura, su termómetro político es, estrictamente, la plataforma reivindicativa. El factor vinculante no opera en la dimensión del quiebre de la relación social capitalista, sino en aspectos puntuales de carácter reivindicativo que alcanzan dimensión universal, hecho que –para el marxista eslavo Slavoj Žižek– actúa como factor de reificación: sustitución del todo por la parte (Žižek citado por Laclau 2008, 18).

La apariencia se muestra como la esencia: *continuum* de uno de los componentes más importantes de la formación social capitalista, al cual Lukács analiza bajo el concepto de reificación (Lukács 1969, 90). La propuesta de levantar al sujeto-pueblo bajo estos parámetros, en los partidos de izquierda ecuatoriana –especialmente en el caso del PCE (que paradójicamente nunca dejó el marxismo como argumentación política)–, entra en contradicción con las tesis de lógica comunista.

El comunismo no es una alternativa a algo, es la negación radical del estado de las cosas. En términos filosóficos, la negación no es la ausencia de propuesta, la negación en sí es la propuesta misma. El proletariado en la versión marxista es la negación de algo que no tiene alternativa. Es la negación de la inviabilidad civilizatoria capitalista que está llevando al colapso de la especie humana. Es la oposición total a una fase histórica que no se proyecta como ruindad futura, sino que –como pensaba Benjamin– es la ruina misma en el presente (Benjamin 2013, 64-5). En esta línea, la propuesta de pensar desde la noción de pueblo, por fuera de la categoría explotación, se desarticula de una estrategia de poder comunista, que mantiene el proyecto de un modelo civilizatorio que se encuentra en las antípodas del capital y que, por tanto, persigue su odio.

Es evidente una contradicción, pues esta forma de concebir el «sujeto pueblo», en los partidos en cuestión, se desmarca del concepto de lo «revolucionario». Para el mismo Laclau, el pueblo no está inscrito en una valoración de esta naturaleza; es decir: no es revolucionario, dado que, independientemente de la generación de un movimiento social, no pretende la ruptura del modo de producción. ¿Por qué la izquierda, especialmente la identificada con el marxismo, creyó que con este tipo de caracterización se podía constituir un sujeto con posibilidades revolucionarias?

Vale considerar que tanto el PCE-FADI y el PCMLE-MPD defendían la teleología que vaticinaba a la clase obrera como la portadora de la

sociedad comunista. De esta manera, la tesis de que los obreros industriales, pensado como el sujeto inmanente histórico, estaba predestinado a sepultar el capitalismo, proyectó la constitución del proletariado desde una óptica productivista y obrerista (Lefebvre 1974). La vinculación de estos partidos con el sujeto-pueblo se produjo en razón de la ausencia del paradigma sujeto-proletariado; debido –como argumentaban– al limitado desarrollo industrial del Ecuador.¹⁰⁹

La idea del pueblo tuvo otros enunciados cercanos: lo nacional, lo popular y los pobres. Para Sader (2009), la articulación del programa nacionalista-antiimperialista permitió la incorporación de la idea de lo nacional y lo popular.¹¹⁰ Esto posicionó el ideario nacionalista como reivindicación de lo popular –bajo la premisa de juntar a varias capas de la población en un criterio común–, lo que a la larga produjo una conexión policlasista y la asimilación de lo popular como lo nacional, y se desprendieron ideas como la «patria» o el «patriotismo», conceptos utilizados por varios partidos (PCE, PSE, PCMLE, AVC, MPL). Por ejemplo, el PCE sostenía:

Patriotismo es el amor a la patria y los comunistas somos patriotas de verdad. El Partido defiende resueltamente los intereses de la nación y el pueblo. Por eso luchamos. Por la independencia de la patria de la dominación imperialista y de la opresión de una minoría criolla. Luchamos por el progreso social y por la democracia para todo el pueblo y no solo para las clases dominantes. (*El Pueblo*, No. 1366, 1981)

En este párrafo se observa la necesidad, en la izquierda, de crear «la nación auténtica» negada por las élites. La contraposición entre el esquema «cultura dominante (clase dominante) /cultura popular (clase dominada), es el elemento fundamental en la composición de una teoría de la revolución» (Polo 2012, 100). El sujeto-pueblo, en esta reflexión, es parte de este gran conjunto: la nación y la patria, que se advierten como cuestiones a ser resueltas por una izquierda que, como dijimos, nunca se desembarazó del todo de la herencia liberal (171).

109. Sin embargo, como plantea el marxista inglés E. P. Thompson, las clases no preexisten a la lucha, sino que son producto de la misma, lo cual sugiere la importancia que tiene la lucha política en la configuración de un sujeto revolucionario. Esto debido a que no existen clases sociales predeterminadas, «puras»; la clase social no preexiste, sino que se crea. El proletariado no solo es el resultado del desarrollo de la industria, sino también es resultado político de la lucha de clases.

110. En contraste, Gramsci propone la construcción de lo nacional-popular en procura de la consolidación de los subordinados en un bloque proletariado, y no del Estado nación burgués.

LA CLASE OBRERA INDUSTRIAL DESDE EL PARADIGMA DE LA IZQUIERDA POSITIVISTA

Como señalamos en el capítulo I, siguiendo los postulados de Marx, el concepto de proletariado se modificó en el desarrollo de su obra: el proletariado, en las tesis del *Manifiesto* (1848), no es el mismo que en las obras posteriores, como en *El Capital* (1867). De esta forma, la comprensión de proletariado –de los países del capitalismo central– como clase obrera industrial en proceso de pauperización, fue potenciada, estableciéndose posibilidades más amplias para su interpretación (Aricó 2010).

Las revoluciones triunfantes del siglo pasado (Rusia, China, Vietnam, Cuba, etc.), acompañadas de un particular desarrollo teórico, ampliaron aún más el concepto de proletariado. Surgieron, a su vez, otros sujetos como los campesinos, los estudiantes, «los pobres del tercer mundo», etc., que se juntaron al concepto de proletariado, y compusieron un sujeto revolucionario de características más amplias que la cerrada figura de la clase obrera industrial.

Sin embargo, parte de la izquierda en Ecuador mantuvo la tesis de que el sujeto revolucionario era la clase obrera industrial. Hubo una fuerte tendencia a concentrarse en las reflexiones establecidas en el *Manifiesto* y despreocuparse de la trayectoria de desarrollo de la obra marxiana, lo que implicó –como veremos en el periódico *Juventud Rebelde* de PCE– asumir el concepto proletariado como clase obrera industrial:

Es sabido que el marxismo surge como la concepción científica y la ideología del proletariado, que el principal mérito de Marx es el poner en claro el papel histórico y universal de la clase obrera, en definitiva que «*la burguesía no solo ha forjado las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñaran esas armas; los obreros modernos, los proletarios*». (*Juventud Rebelde*, No. 50, 1977), (el énfasis pertenece al original y corresponde a una frase del *Manifiesto* de Marx y Engels)

Hubo varios partidos que se alimentaron de este tipo de interpretaciones. El PCMLE, el MIR y el PCE pensaron, en algunos momentos de su desarrollo, al proletariado como conceptualización cerrada, situación que no significó, sobre todo en el caso de los dos primeros partidos, integrar en su estructura orgánica a militantes obreros, sin embargo, los estudiantes y maestros serían la absoluta mayoría. El PCMLE, al principio, privilegió la tesis de la alianza campesina-obrera para, posteriormente –desplazándose de la base maoísta que lo vio nacer (Polo 2012, 94)–, centrarse en la defensa de la clase obrera, giro que no descartó la presencia de otros actores en su praxis, como los maestros

y los estudiantes.¹¹¹ Igual cosa sucedió en el caso del MIR que, sosteniendo la tesis del carácter revolucionario de la clase obrera industrial, incorporó a otros actores políticos, entre los que podemos destacar la figura del militante revolucionario o el estudiantado (*Causa Proletaria*, No. 4, 1972). El PCE intercaló la idea de la importancia de la clase obrera con la idea de pueblo –como se vio en el acápite anterior– (*El Pueblo*, No. 1029, 1975).

Ergo, el sujeto revolucionario que mantuvo el papel hegemónico en las principales formulaciones políticas del PCMLE, del MIR y del PCE siempre fue la clase obrera, planteamiento que se opuso a cualquier intento «revisionista» contrario a dicha tesis: «Los revisionistas [...] han elaborado supuestas teorías que niegan el papel dirigente y hegemónico de la clase obrera, que tiene variantes «nacionales», pero que en esencia pretende desarmar, en la teoría y en la práctica, al proletariado y a los pueblos del mundo, fortificando al mismo tiempo a las clases dominantes de esos países y al imperialismo» (*En Marcha*, No. 421, 1978).

¿Por qué los partidos de izquierda defendieron la idea de la clase obrera como vanguardia revolucionaria, a pesar de que, producto de un débil proceso de industrialización, la clase obrera ecuatoriana tuvo un crecimiento significativamente menor que, por ejemplo, la de los países del Cono Sur? En este sentido, ¿si existían otros sujetos sociales explotados en Ecuador, como el campesinado, por qué se insistió en la centralidad revolucionaria de la clase obrera?, ¿por qué este tipo de «tradicción» de izquierda adjudicó, por sobre el resto de clases, el papel primordial del proceso de cambio a la clase obrera?

Al respecto, formulamos posibles salidas a estas interrogantes. Una de las referencias más fuertes de la clase obrera, en la región –como se señalaba en el capítulo I–, giró en torno al proceso chileno. La llegada al poder con Salvador Allende, a través de la emergencia de un pujante movimiento obrero, la CUT chilena, generó en la militancia de izquierda el convencimiento de la importancia de la clase obrera, en el período de ascenso de la Unidad Popular (UP), y durante el golpe de Estado encabezado por Augusto Pinochet. Como consta en los periódicos de la izquierda en Ecuador, el tema de la solidaridad y las referencias al tema de Chile fueron permanentes.¹¹²

111. Marco Villarroel, entrevista realizada el 16 de septiembre de 2014.

112. Como se planteó, en todos los periódicos de la izquierda ecuatoriana se dieron muestras de solidaridad con el caso chileno, a la par que se reivindicaba la figura de los trabajadores en la lucha política. Como referencia se expone *Juventud Rebelde* (No. 33-32-31, 1974), *El Pueblo* (No. 1127, 1977; No. 1058-1042-1041-1038, 1976; No. 1032-1031-1029; 1975), *Prensa Obrero y Campesina* (No. 3, 1977) y *Causa Proletaria* (No. 25), órgano central del MIR ecuatoriano, que particularmente expresará su apoyo a la resistencia en Chile, por medio de la permanente difusión de comunicados del MIR chileno.

Por otro lado, en la década del 70, se generó en Ecuador una reanimación de la producción a partir del *boom* petrolero, lo que implicó, entre otras cosas, el crecimiento del Estado y el impulso de la conocida industrialización para la sustitución de importaciones (ISI), siguiendo la idiosincrasia de las economías latinoamericanas de 1960 y 1970 que intentaban superar su condición de dependencia, mediante el desarrollo de la industria local (Thorp 1998, 141-2).

En el caso del Ecuador, esto hizo posible –con límites en su desarrollo– el crecimiento de la clase obrera y, a su vez, de las organizaciones sindicales. La izquierda en este escenario actuó para organizar a los trabajadores, mediante la figura del sindicato. El crecimiento organizativo de la clase obrera unificó la creencia de que «El papel histórico de la clase obrera es la destrucción de este sistema y la construcción de uno nuevo sobre sus ruinas» (*En Marcha*, No. 426, 1978). Si bien la clase obrera gozaba de condiciones políticas para encabezar la serie de huelgas nacionales que se generaron en el período 1975-1986,¹¹³ su absolutización por sobre el resto del campo popular se mantuvo anclada al marxismo soviético, el cual planteaba –en términos productivistas y obreristas– su condición revolucionaria.

En la interpretación soviética, la teoría marxista sufrió un proceso de encuentro con el positivismo, situación que alineó, *in nuce*, los pensamientos Marx y Lenin a una lectura teleológica y científicista que produjo una suerte de quietismo teórico, de dogma abstracto, que disminuyó la creatividad política. La reflexión de Marx en el *prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política* de 1857, que planteaba que «ninguna formación social histórica sucumbe si no se han desarrollado todas sus contradicciones», significaba, en el pensamiento científicista, que los factores de desarrollo material, de corte económico, eran el punto nodal del desarrollo de las contradicciones. En esta línea, se planteaba a la clase obrera industrial como la demostración científica del derrumbe del capitalismo y como el único sujeto con posibilidades realmente revolucionarias para alcanzar el socialismo; siendo una propuesta que fetichizaría las relaciones sociales, como desprendimiento de la evolución económica y social.¹¹⁴

Todas las interpretaciones que no acatasen las orientaciones contenidas en las fórmulas científicistas del «materialismo histórico y el materialismo

113. Observar la lista de las huelgas nacionales del FUT, que van desde el 13 de noviembre de 1975 hasta el 25 de marzo de 1986, en la tabla 1.

114. La «ciencia marxista» consentía el derrumbe del capitalismo por su imposibilidad de sostenerse bajo sus propias contradicciones, siendo una de sus principales la clase obrera. En este sentido, «la acción consciente de la clase, en suma, la subjetividad revolucionaria» (Muñoz citado por Lichtheim 1973, 11) no encajaba en un esquema (los modos de producción) que se mostraba omnipresente, y que aseguraba el derrotero comunista certificado por las «leyes» del desarrollo histórico.

dialéctico»¹¹⁵ fueron adjetivadas como reformistas, reaccionarias, aventureras, contrarrevolucionarias, etc. A decir del exmilitante del PCE, Alfredo Llontop, pensando en la asimilación del marxismo en los partidos de la época, «el marxismo se hizo evangelio»;¹¹⁶ el proletariado se transformó en el profeta único que anunciaba la buena nueva contenida en los manuales divulgación de la «ciencia- teológica» materialista.

En tal medida, parte de la izquierda que se alineó a esta interpretación del marxismo –que, en términos teórico-políticos, daba prioridad a la clase obrera sobre el resto de trabajadores–, consideraba que el resto de sectores sociales (trabajadores no industriales, campesinos, pobladores) tenían que someterse a la preclaridad de la clase obrera, como planteó, en 1986, el presidente de la CTE y militante del PCE, Bolívar Bolaño:

Yo quiero hacer una afirmación, nosotros como clase obrera tenemos que dar importancia a la unidad de los trabajadores, del sector proletario de la industria; por que los demás sectores, como los campesinos, los pobladores, los pequeños comerciantes son aliados de la clase obrera, por consiguiente nosotros tenemos que dar prioridad a la organización de la clase obrera del país y de ahí irradiar organización hacia los aliados; esa es la tarea que nosotros estamos haciendo, nosotros no queremos alinear a los sectores populares, pero ellos deben entender que son aliados de la clase obrera. (*La Tierra*, No. 20, 1986)

La clase obrera o trabajadores formales de la industria fabril, se transfiguró en el sujeto primordial de la lucha revolucionaria, representando el paradigma a alcanzar, base desde donde se construía la discursividad del PCMLE, PCE y el MIR; produciéndose una suerte de letanía marxista anclada en un espíritu dogmático. La asunción «dogmática» del marxismo proviene de la sumisión de la izquierda a las categorías interpretadas desde el PCUS, contenidas en los manuales de difusión del marxismo que supuestamente bastaban para comprender el todo absoluto (Ibarra 2013, 63). En el caso del PCE –a decir de Ibarra–, la relación de subordinación con el «socialismo soviético»¹¹⁷ fue determinante.

115. A decir de Stalin, «la dialéctica es la aplicación de las leyes de las ciencias naturales a la sociedad» (Stalin 1972); por tanto, el factor subjetivo, el actor político de la emancipación, era el resultado del desarrollo económico del capitalismo. Esto ocasionó una suerte de inmovilidad, de concepción «antidialéctica», que inhibía, en parte de la izquierda, el desarrollo de una subjetividad y de un sujeto en la lucha cotidiana frente al capital.

116. Alfredo Llontop, entrevista realizada el 26 agosto de 2014.

117. «Marxismo soviético» (Marcuse), «marxismo socialdemócrata» (Korsch) o «despotismo ilustrado soviético» (Moreano), fueron algunas de las formas de llamar a lo que había ocurrido con el marxismo en el proceso de oficialización en la URSS, el derrumbe de la posibilidad revolucionaria en Europa central y la burocratización del SPD alemán.

El sujeto revolucionario «clase obrera» se percibiría de manera estática, lo que ocasionó que el proletariado ecuatoriano se «conciba» a imagen y semejanza del proletariado centroeuropeo, visto en clave economicista. Este planteamiento, no obstante, era observado como ajeno –inclusive– para algunos autores «centroeuropeos»¹¹⁸ (Thompson 1979).

La adquisición de una «dimensión mítica de la clase obrera» en Ecuador (Ibarra 2013, 62) desligó a parte de la izquierda de una problematización más aguda del tema «unidad de clase». La versión salvífica de la clase obrera industrial provocó una suerte de desconexión con el resto de sectores sociales explotados en Ecuador. Froilán Asanza, Presidente de la CEDOC y militante socialista, planteaba en 1986, frente a las críticas de los movimientos campesinos e indígenas al FUT, la falta de comprensión de la clase obrera respecto al tema campesino: «Hay que dar al FUT mayor apertura para que participen otras organizaciones nacionales para lograr verdadera unidad de la clase trabajadora [...] el repetir que la clase obrera es la vanguardia ha llevado a equivocaciones, como las de querer imponer desde la dirección sindical una línea de conducta al campesinado, al pueblo indígena, al movimiento poblacional» (*La Tierra*, No. 20, 1986).

O, como planteaba Cristóbal Tapuy, dirigente amazónico de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana (CONFENIAE) en 1986:

Con el pueblo trabajador, con el pueblo obrero, queremos tener mayor coordinación, cierto diálogo para que vayan entendiendo al pueblo indígena. Ellos creen que el pueblo obrero es la vanguardia de la lucha, la vanguardia de la revolución, que a través de ellos vamos a llegar al poder. Nosotros creemos que con la unidad del pueblo obrero, del pueblo campesino y del pueblo indio alguna vez llegaríamos al poder. (*La Tierra*, No. 20, 1986)

En el Ecuador de la época, la clase obrera no fue el único sector del campo popular explotado –ni tampoco la mayoritaria en términos cuantitativos–. Entonces, el planteamiento de la clase obrera industrial como el sujeto revolucionario único se configuró en un esquema que no terminaba de empatar con la realidad: el proletariado en Ecuador resultaba ser algo más. La situación, para 1986, como se ve en la cita, comienza a generar tensiones entre el movimiento sindical y campesino. De esta manera, por ejemplo, no se agregó a la determinación de lo proletario (venta de fuerza de trabajo, visto desde la economía) la

118. Al respecto, el trabajo de E. P. Thompson resulta fundamental para entender cómo el propio proceso de conformación de la clase obrera inglesa se da a partir de otros condicionantes, que exceden al mundo económico de la fábrica, implicando valores devenidos de la tradición religiosa, familiar y social.

variante campesino-indígena (como componente económico y socio-cultural envuelto en relaciones de explotación) o, si se incluyó, fue opacada por el «despotismo» que el concepto clase obrera había adquirido.

Lo proletario, visto como clase obrera industrial, se mostraba, especialmente para el PCE y PCMLE, como una especie de *sanctus verbum*, negando el desarrollo de la teoría de Marx, lo que ocasionó que cualquier intento de contribución marxista, fuera descalificado con una connotación moral: ultraizquierdistas, reaccionarias, reformistas. Los elementos caracterizadores de esa forma de entender lo proletario se sustentaron en el dogma, el sectarismo y el ostracismo, situación que popularizó la interpretación sobre el proletariado, y por extensión de la teoría marxista. Mas, existió otra forma de comprender el concepto de proletariado, proceso que revisaremos a continuación.

EL PROLETARIADO COMO SUJETO POLÍTICO NEGATIVO

Otra tesis coincidente entre los partidos analizados, como el MRT, el PSRE y en menor grado el MIR y el PCMLE, es la de entender al sujeto revolucionario desde una dimensión aglutinante de otros sujetos, tendientes a componer, en unidad, una respuesta política colectiva que supere la mirada unívoca de la clase obrera industrial, como factor único de potencial emancipatorio. De esta forma, el PSRE propone el «Aglutinar a las fuerzas del proletariado en torno a un proyecto político independiente» (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 2, 1977), lo que implica la existencia de varios sujetos pensados como «fuerzas del proletariado», algo así como un «sujeto de sujetos», y no solo de la clase obrera industrial.

En esta idea de sujeto revolucionario se establecía una relación íntima entre lo obrero y lo campesino, símil de los explotados del campo y de la ciudad; así, se permitió la introducción de un diagnóstico que integraba, a más de la situación de clase, aspectos devenidos de las transformaciones surgidas en la hacienda en Ecuador (como en el caso del MRT y Velasco) y de la constitución más específica de las fuerzas sociales campesinas.¹¹⁹ En tal suerte, resultó clave pensar desde tres sujetos: lo obrero, lo campesino y lo popular como una sola fórmula de expresión del poder popular: «Desarrollar el poder del movi-

119. El MRT, en *Tarea Urgente*, propone «la existencia del siguiente bloque de clases [en el campesinado], objetivamente interesadas en la transformación de la sociedad ecuatoriana: [...] pequeño burguesía rural, [...] semiproletariado rural, [...] proletariado agrícola y [...] campesinos sin tierra» (No. 2, 1976).

miento obrero-campesino y popular, dado que la revolución se fundamenta en la construcción permanente del poder obrero-campesino y popular» (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 2, 1977).

Esto permitió comprender las necesidades de la lucha política frente al dominio del capital, indiferentemente de que éste operase en el mundo de la fábrica o el mundo rural. De este modo, los intentos de pensar la «clase» se generalizaron en «todos los explotados» que soportasen los embates del bloque «capitalista-imperialista-terrateniendo». En *Tribuna Socialista*, periódico del PSRE, se planteaba:

Construir un FRENTE DE CLASE que tenga como columna vertebral la alianza obrero-campesina y que incluya como fuerzas de apoyo a los sectores medios empobrecidos, al estudiantado, a los pequeños propietarios, al artesano, a los medios propietarios, en fin a todos los sectores que soportan explotación capitalista-imperialista-terrateniendo. (*Tribuna Socialista*, No. 7, 1976), (énfasis en el original)

La oposición al bloque «capitalista-imperialista-terrateniendo» implica un proceso de enfrentamiento a los diversos aspectos sobre los cuales históricamente la explotación ha existido. En tal medida, el sujeto revolucionario tendría que manifestar justamente la necesidad de la oposición al «estado de las cosas», la negación absoluta al capital; o como dice Manuel Agustín Aguirre: la «negación absoluta del orden», planteándose un sistema organizativo al margen de la burguesía: el socialismo (Aguirre 1983, 7). El acto de negar el orden lleva implícito los gérmenes de este nuevo sistema organizativo no-capitalista; por tanto, las relaciones comunistas se recrean en la medida de la acción y la lucha de la clase trabajadora. No se localizan en el futuro, sino que existe «una estructura en negativo» en el presente desde donde edificarlas; de ahí la necesidad de construcción del poder popular (planteamiento constitutivo de una parte del ideario de izquierda latinoamericana) como un mecanismo de construcción de relaciones socialistas en las fauces del capital. A decir de Bolívar Echeverría: «Las relaciones comunistas de reproducción social se hallan ya presentes, pero dentro de las relaciones capitalistas de reproducción y subordinadas a ellas. Su presencia delinea como una estructura en negativo –posible pero sistemáticamente reprimida– en torno al conjunto de fallas o puntos de fracaso del propio orden capitalista» (Echeverría 1976, 46).

La negatividad, como valor oposicional al capital, caracteriza lo revolucionario como la antítesis del orden capitalista: «Marx parte de la idea de clase obrera y negatividad –siendo concebida la negatividad de manera hegeliana– y, por otra parte, entre negatividad y capacidad positiva de construcción de un conjunto social totalmente nuevo» (Lefebvre 1974, 251). Sin embargo, la importancia revolucionaria de la clase obrera no implica que otros sectores del

campo popular sean periféricos a la acción política; por el contrario, el socialismo es imposible, sin la participación «del resto de clases y capas explotadas» para la conformación de «órganos de poder popular»:

Los órganos de poder popular tendrían que unir a la clase obrera con el resto de clases y de capas explotadas, para que de esta forma pueda la clase obrera ejercer su papel de vanguardia y dirección en el seno del pueblo [...] Los Consejos Zonales Fabriles y las Juntas Campesinas pueden ser un punto de partida para desarrollar las instancias políticas de la clase obrera [...pero...] no podemos reducir la construcción de la organización política del proletariado a la organización de su vanguardia. (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 2, 1977)

La construcción de una agenda más amplia –dada la participación multisectorial–, sin que esto implique el abandono del horizonte anticapitalista, implica una diferencia importante con la idea de pueblo, la cual tendía a pensarse desde una base policlasista. Es decir, el programa político agrupa a todos los sectores que, de una u otra forma, son explotados por el capital, lo que involucra por ejemplo, el impedimento para que la «burguesía nacional» o capas semejantes puedan participar o sean tomadas en consideración por el poder popular. En este orden, la idea de lo anticapitalista no desaparecería, puesto que «la conciencia revolucionaria tiene que necesariamente ser el enjuiciamiento más radical de toda organización social interna de dicho modo de producción» (Echeverría 1965). La negatividad marxista, personificada en el sujeto revolucionario, se expresa, para el MIR, en la crítica más radical de la civilización capitalista:

Mientras más nos acercamos a la codiciada democracia burguesa, a las elecciones y al referéndum, al Congreso Nacional, a la constitucionalidad, a la tan decantada igualdad de derechos para los ciudadanos, la democracia burguesa cada vez se torna más en barbarie burguesa, la cultura y la civilización capitalistas en brutalidad e irracionalidad capitalistas. (*Lucha Proletaria*, No. 6, 1977)

Lo anterior permite acercarse al sujeto revolucionario como una totalidad, tesis integrante de la propuesta lukacsiana del proletariado (Lukács 1970, 39). El sujeto en esta línea pasa de una plataforma reivindicativa fraccionada, a una plataforma política integrada. Esto representa la totalidad, desde la base de una comprensión política que es siempre vinculante, sin que esto implique aglutinar a sectores ajenos a una lectura de clase, como sucedía en el caso del concepto del pueblo entendido desde el PSE, el PCE, AVC y MPL. Por tanto, el trasfondo ya no sería la situación de la clase obrera o del campesinado por separado, sino la de todos los sectores que componen a la clase explotada en su conjunto. En esta perspectiva «Las comisiones internas de fábrica, las consejos

zonales y las comunidades campesinas son centros de vida proletaria que hay que desarrollar» (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 1, 1977).

El problema es la situación del trabajo en su conjunto. Marx plantea a los sujetos burgués y proletario como personificaciones de dos categorías económicas que se condensan en relaciones concretas en la sociedad (Marx 2002, 8). Entonces, el problema político en el marxismo no consiste en la afectación a un lugar específico, donde el capital se materializa (la burguesía o los trabajadores), sino a todos los lugares en los que el capital afecta, material e ideológicamente, la totalidad social. «Con una acentuación de lo negativo: crítica radical, destrucción impulsada hasta el fin. La clase obrera es universal en tanto que conlleva la intuición de lo negativo, es decir, la capacidad radical de destrucción de lo existente y de lo positivo, de la capacidad de construir otro mundo totalmente nuevo» (Lefebvre 1974, 251).

Como se revisó anteriormente, el trabajo es «condición eterna de los hombres» (Marx 2002, 53), la base para determinar a la población con posibilidades negativas (destructivas) del capital son los trabajadores. Pero, para que la clase trabajadora «empleada» pueda producir, se requiere trabajadores al «margen» de la producción, en situación de «desempleo» o «subempleo»; grupo social al que, en lenguaje marxista, se reconoce como «ejército industrial de reserva» (EIR). De esta forma, según Aguirre, para que haya un partido revolucionario este «tiene que constituirse en la vanguardia del proletariado y semiproletariado, unido al campesinado y a las clases medias, especialmente en sus capas más pauperizadas, constituyéndose así en el partido de todas las clases explotadas y oprimidas del país» (Manuel Agustín Aguirre citado por *La Tierra*, septiembre, 1979).

Otra de las posibilidades para comprender al conjunto de los explotados, con capacidad negativa al capital, es la idea de «pueblo», acepción conceptualmente distinta a la descrita, líneas arriba. Ubicándonos, en este sentido, en «el concepto de pueblo como alianza revolucionaria de todos los explotados» (Lukács 1970, 29). El pueblo y los pobres no son categorías con posibilidades variables de contenido, hasta el punto de soportar casi cualquier discurso; la elasticidad del concepto aguantaría todo, siempre y cuando no rompa el cobertizo de lucha anticapitalista.

A su modo, varios partidos de izquierda en algún momento abordaron el sujeto revolucionario desde una mirada negativa. No obstante, no fue su posición fundamental; en la mayoría de los casos, se volvía a la consideración del sujeto desde el pueblo, la clase obrera, la población sufragante, o desde la tautología de lo revolucionario. Desde el punto de vista discursivo, la mayor diferencia la marcaron, como dijimos, el MRT y el PSRE, y en menor medida el MIR y el PCMLE. Los antecedentes, en el caso ecuatoriano, para la cons-

trucción de este sujeto negativo y de una plataforma multisectorial desde la vinculación entre lo obrero, campesino y popular, se exponen a continuación.

A pesar de la creación de un ambiente –a finales de la década de los 80 y especialmente en los 90– que daba cuenta de una hipotética distancia entre el movimiento sindical y campesino-indígena, la maduración histórica de estos dos sectores marcha a pie juntillas. No se puede entender los orígenes y cambios de los gremios obreros y campesinos, por lo menos hasta la década del 80, de manera separada y por fuera de la lucha de los partidos de izquierda.

Proponemos tres ejemplos nodales:

1. La cimiento del movimiento indígena contemporáneo se encuentra en la creación de los primeros sindicatos agrícolas en Cayambe, que, en nexos con el PCE, levantaron las primeras reivindicaciones del campesinado de la Sierra, tanto en el ámbito económico como en el cultural. La tierra para los indios y el reconocimiento de la educación en lengua propia fueron las consignas demostrativas de este hecho. Nombres como el de Dolores Cacuango han sido representativos de una dirigencia reconocida tanto como líder histórica del movimiento indígena, así como del movimiento sindical. La FEI tuvo, en este sentido, una estrecha vinculación con la CTE y el PCE.
2. La FENOC estaba íntimamente ligada a la CEDOC; esta, a su vez, en nuestro período de estudio, al trabajo de Fernando Velasco y del MRT. De hecho, la democratización y la transición de las tesis venidas desde la matriz católica a la socialista en la CEDOC, provenían, por vía orgánica, de la FENOC, federación que aglutinaba en su mayoría a sectores campesinos de la Sierra-centro y la Costa, y que posteriormente sirvió de base para la conformación de la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas, Indígenas y Negras (FENOCIN). El trabajo de Velasco sobre el tema campesino era simbólico, y a la vez se encomendaba a levantar la lucha del movimiento sindical en tiempos de las huelgas nacionales conducidas por el FUT.¹²⁰
3. Por último, la relación entre las CEOSL y su filial del Guayas, la Federación Nacional de Trabajadores Agroindustriales, Campesinos e Indígenas Libres del Ecuador (FENACLE), estrechó los lazos entre lo sindical, lo campesino y lo indígena. Esta organización, fundada en 1969, agrupó a asalariados agrícolas de las provincias de Guayas y Los Ríos, y a sectores campesinos indígenas de algunas provincias de la Sierra.

Cabe destacar, en la línea de vinculación entre lo obrero, campesino y popular, que en la revisión de los pliegos de peticiones de las huelgas na-

120. Entrevista a José Chávez, 5 de septiembre de 2014.

cionales, comprendidas entre el 13 de noviembre de 1975 a 28 de octubre de 1987 (13 huelgas generales), existen elementos vinculantes que exceden las demandas gremiales del movimiento obrero, e incorporan temas de los sectores campesinos (precio del azúcar, solidaridad con la masacre de Aztra), indígenas (educación en lengua materna), de la política nacional (endeudamiento, nacionalización del petróleo) y las demandas de los sectores populares (alto costo de la vida, acceso a la educación). Sin embargo, la lucha reivindicativa multisectorial es, en lo fundamental, de carácter reformista, apartándose de la sugerencia leninista, recogida por el PSRE, de que «La lucha por las reivindicaciones inmediatas no debe hacer olvidar la tarea fundamental: luchar por la revolución y el socialismo» (*La Tierra*, No. 4, 1975).

El establecimiento de esta plataforma conjunta de los distintos sectores sociales, tuvo como responsables a las diversas tradiciones marxistas que operaron en su seno. La unidad de los trabajadores –vista como el concepto «amplio» de lo proletario y, como hemos sugerido, con la perspectiva de pensar al sujeto revolucionario desde la base de la negatividad– no tuvo todos los alcances que nosotros, casi tres décadas después, podemos agregarle; por ejemplo: no existió una profundización sobre las lógicas territoriales indígenas (Álvarez 1999, 281). Este punto hubiera servido para ahondar una reflexividad política más crítica, pensando lo proletario como unidad vinculante de los explotados del campo y la ciudad.

La profundización acerca del concepto «sujeto revolucionario» –como negación absoluta del orden capitalista– y del discurso marxista, se detuvieron con el desplome del campo socialista.¹²¹ Y la lucha de clases se desplazó por

121. El derrumbe del campo socialista generó un escenario contrastante con lo que hasta el momento se ha escrito en este trabajo, en el que a pesar de las hondas y variadas diferencias –en las concepciones acerca del sujeto revolucionario– entre las tradiciones de la izquierda ecuatoriana analizadas, tenía una «existencia» real. La situación posterior a la caída del Muro de Berlín es diametralmente distinta: no hay sujeto revolucionario; al parecer se habría extinguido la posibilidad de transformación estructural del capitalismo, que ideológicamente se proyectaba como unipolaridad victoriosa.

La apreciación de Nela Martínez respecto que la caída del paradigma de la revolución, a finales de siglo pasado, significó la inauguración de un «tiempo glacial para la izquierda y el marxismo», en un período histórico de contrarrevolución y desesperanza (Martínez citado por Ycaza 1994, 38), parece advertir la gravedad de una trama en la que la gran utopía del siglo XX se hundió. Las tesis que proclamaban el fin de las ideologías y el fin de la historia (como el caso de Francis Fukuyama) adquirieron enorme gravitación, de la mano del afianzamiento del credo liberal en la versión neoconservadora de Margaret Thatcher y Ronald Reagan (Casullo 2008, 87).

En este orden, el sujeto revolucionario (el proletariado), centro de la emancipación en el siglo pasado, se despedazó debido a los «enormes acomodamientos geológicos que habían ocurrido en las capas que componen la historia» (Sader 2009, 22). La derrota existencial de la inmensa mayoría de la militancia (23-4) hizo que las estrategias revolucionarias de lucha

la contienda de carácter liberal en el sistema de partidos políticos de la democracia burguesa: el PCE se disolverá en el FADI, el PSRE y el MRT en el PSE, el PCMLE en el MPD, y el MIR en múltiples fracciones, que a la larga, terminarán subsumidas en la disputa electoral.

por el socialismo fueran depuestas por la democracia como objetivo político (108), y la idea del sujeto revolucionario sea desplazada por la de los «nuevos actores sociales» (Offe 1992, 67). El giro culturalista (Jameson 1999) se planteó la sustitución del partido por el de movimiento social, de la mano de un acercamiento al problema de la democracia. El «grito de los excluidos» devoró a la «lucha de los explotados» (*El grito de los excluidos* fue una de las consignas dominantes de los movimientos sociales durante la década de los 90. Reclamaba la incorporación de todos los «excluidos» por la globalización. Pensando con Georges Sorel, la categoría del oprimido/excluido se diferencia de la de explotado, en el no involucramiento con la dimensión clasista. En la burguesía, por ejemplo, también existe opresión –v. gr. la situación de la mujer burguesa–, sin embargo, no existe explotación, concepto que únicamente es aplicable a los trabajadores).

El alejamiento del marxismo y del sujeto revolucionario, en tanto liquidación de la posibilidad de la revolución en su conjunto, significó desconocer a la política como sistema de las relaciones antagónicas de poder y a la categoría filosófica de la totalidad. Ahora, los desafíos de los nuevos sujetos del cambio (comprendidos por fuera del concepto de la revolución) son el ecologismo, las identidades (culturales, sexuales, etarias), el institucionalismo (ciudadanos), de la mano de la descalificación de cualquier proceso que intente pensar el mundo desde las relaciones de clase y el Estado. Los nuevos sujetos asumen la contienda, en la mayoría de los casos, desde un tipo de «crítica» atomizada en las relaciones de poder, a escala minimalista y desde el grupúsculo.

Consideraciones finales

La historia de este estudio se cierra con una fecha simbólica: 1986, año en el que suceden una serie de acontecimientos sintomáticos, que anticipan una etapa en la que la centralidad de lucha ya no está representada por el movimiento obrero y la lucha de la izquierda marxista, tal como consta en una de las ediciones del periódico *La Tierra*: «Los niveles de combatividad de la clase obrera se vieron disminuidos en 1986, en comparación con la alta combatividad de la década del setenta y los primeros años del ochenta» (Granda citado por *La Tierra*, No. 20, 1986).

En 1986, se descabeza, vía asesinato, a la dirigencia de AVC, que a pesar de empujar un proyecto –a nuestro entender– errático, aún pretendía reproducir el espíritu del siglo XX: la revolución. Se suman: la extinción del proyecto del Socialismo Revolucionario (insurrección de masas), la aniquilación de otras formas de subversión en el país hasta finales de la década del 80 (MPL, OPM), la consolidación del electoralismo en la izquierda existente (PSE, PCE, PCMLE), la disgregación del MIR en varias facciones, la desaparición del MRT, la pérdida de la centralidad clasista y marxista en la vida política de los partidos, y la desacreditación de los (otrora) sujetos revolucionarios: proletariado, campesinado, clase obrera, militantes revolucionarios, etcétera.

A decir de Nicolás Casullo, el «hueco histórico» dejado por la caída del paradigma de la revolución, lo «llenaría» el posmodernismo y el neoliberalismo (Casullo 2008, 15). Además, el vacío dejado por el «sujeto revolucionario» lo colmaron los nuevos actores: los movimientos sociales. El objetivo en este período ya no sería la revolución, sino la democracia, la participación, la «resistencia»,¹²² la desobediencia; en el sentido de Habermas y Arendt: la

122. Es importante entender cuan profundamente liberal y contractual resulta ser el publicitado concepto de resistencia (ya no de revolución) en el período de pérdida del horizonte marxista. Bodín (1529-1596) intentó limitar el derecho de rebelión a un simple derecho de resistencia, y en 1651 Hobbes escribió que, si bien la autodefensa es una necesidad del ser humano, debido a la carencia de las condiciones de vida, los hombres han de pactar un contrato social materializado en un Estado. En 1690, Locke seguía defendiendo el derecho a la resistencia, siempre que el poder estuviera en contra los derechos de las personas, establecidos por ley

«desobediencia civil, como derecho de las minorías a que se opongan circunstancialmente al poder» (Habermas 2000, 54) y la «intromisión de lo novedoso, como la manifestación emergente de la sociedad civil desobediente en democracia» (Arendt 2004, 206).

El sujeto revolucionario pensado por la intelectualidad orgánica de izquierda ecuatoriana, dentro de la coyuntura analizada, muestra ser una amalgama de construcciones diversas, divergentes. Los planteamientos de los distintos partidos en cuestión respecto al sujeto revolucionario, no fueron lo mismo. Esto se debió a varios factores, anclados en lo fundamental, a la forma de entender la lucha política en su aspecto más amplio, que excedía a la interrogante de quién hace la revolución. De ahí que no se pueda entender al sujeto revolucionario sino dentro de un proyecto político más general, siendo uno de sus componentes la pregunta por el sujeto histórico. Hay que tener en consideración que las diferencias entre los partidos no solamente operan en la interpretación del objeto de estudio en mención; sino, a su vez, en la constitución de las mismas organizaciones, tanto a nivel orgánico como político. De esta forma, la utilización del genérico de partido para las organizaciones políticas de este estudio, tomó en cuenta las diferencias existentes en cuanto lo político, orgánico y de su crecimiento concreto en el país y las organizaciones de masas.

La adopción, por parte de cada uno de los intelectuales orgánicos representados en los partidos (PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR, AVC), de un sujeto revolucionario particular (el militante revolucionario, el pueblo, la población sufragante, el proletariado como clase obrera industrial, el proletariado como sujeto negativo) no niega que, en determinados momentos, se integre a otro sujeto revolucionario; por ejemplo, el PCE involucró al «proletariado como clase obrera», así como al «pueblo»; o AVC al «militante revolucionario», tanto como al «pueblo».

Por otro lado, existen contradicciones entre los aspectos teórico y práctico. Por ejemplo, en los casos del PCE, el PCMLE y el MIR se evidencia una contradicción entre la defensa teórica del sujeto revolucionario «clase obrera», y la incorporación práctica en sus agendas de lucha de otros sujetos: pueblo, estudiantes y maestros, militante revolucionario. En otros casos, se da un uso conceptual distinto de un mismo sujeto, como en el concepto de pueblo; allí se identifica la utilización desde una acepción populista de contenido policlasista (PCE, AVC); o desde la idea de «todos los explotados» (PSRE, MRT, MIR),

natural e interpretados por el poder legislativo; incluso un racista conservador, como David Hume (1711-1776) –defensor de que el pueblo cediera parte de sus derechos a un Estado fuerte, que garantizase la paz social– aceptaba a regañadientes el derecho a la resistencia contra la opresión, cuando esta era ya insostenible.

más cercana al concepto de proletariado como sujeto negativo concebido en el marxismo.

El sujeto analizado, con la excepción del PSE y AVC, se encuentra lejos de una praxis y estrategia coherente; la orfandad lo arredra. En Gramsci, la estrategia comunista es un proyecto a largo plazo que tiene un valor contrahegemónico, que se enfrenta con su proyecto antitético: la hegemonía capitalista de larga duración. Esta estrategia abarca la dimensión política, militar, ideológica, estética, ética y antropológica. La estrategia que no integre estos factores se desplaza de la reflexividad comunista. El *sujeto*, en tanto no edifica la historia como contrahegemonía, como conquista/construcción del poder, no es sujeto sino objeto del capital (sea fuerza de trabajo usada o latente, suministro de materia prima o alimento barato, formador de mano de obra barata, fuerza de trabajo en proceso de calificación, etc.). Por tanto, el determinante subjetivo para la existencia del sujeto revolucionario es la condición autoconsciente de la sustitución del estado de las cosas llevada a la escala política. El sujeto en esta lógica fue un ideal y no una concreción, alejado de la dimensión estratégica, con las excepciones señaladas (no comunistas): a) en el PSE se evidencia la existencia del sujeto sufragante integrado al sistema de partidos burgués, y b) AVC, donde el militante revolucionario asume en concreto (y en solitario) el planteamiento de la transformación.

Algunas organizaciones, proclamando a la clase obrera como vanguardia, de acuerdo a ciertas posturas mecanicistas de izquierda, perdieron de vista la necesaria singularidad de la formación social ecuatoriana, y por tanto la necesidad de pensar de manera dialéctica la configuración de un sujeto histórico que responda de manera específica al contexto de desarrollo del capitalismo en Ecuador. En este campo podemos agrupar a organizaciones como el PCE, el PCMLE y el MIR. Esta narrativa se realizó a la sombra de los paradigmas de las revoluciones triunfantes –en especial, Rusia y Albania–, y a su vez de las propuestas de la Segunda y de la Tercera Internacional, pos-Lenin. Esto supone una fuerte dosis dogmática en la praxis política de los partidos en mención. O lo que es lo mismo, la adopción de un programa político que no respondía a la realidad ecuatoriana, y se asumía como una *fórmula adecuada* a emular, propuesta de espíritu positivista. La clase obrera como clase revolucionaria, varias veces expuesta como proletariado a secas, imposibilitó una caracterización más minuciosa de la clase trabajadora en Ecuador. En tal suerte, los campesinos o los indígenas eran disueltos o invisibilizados en un genérico, *la clase obrera o el proletariado*, que por sí solos «explicaban» la realidad.

Se puede señalar, además, que algunas formulaciones sobre el sujeto revolucionario carecieron de una argumentación teórica sostenida; primó la coyuntura (acción) sobre un proyecto político de largo plazo que pudiera dar cuenta de las necesidades de la revolución ecuatoriana de manera más aguda. De esta forma, el concepto de la praxis fue sustituido por el de practicidad, y se

privilegió la acción por sobre la reflexión. Esto estuvo fuertemente condicionado por el contexto latinoamericano, marcado por la lógica revolucionaria de corte guerrillero, especialmente de Cuba y Nicaragua.

En esta línea se inscribieron, sobre todo, las organizaciones político militares (AVC, OPM, MPL), y en menor medida el MIR. En la conclusión tautológica de que *el sujeto revolucionario era el revolucionario*, se escondía una pretensión redentora, vanguardista, expresión de clase de la pequeña burguesía, en lo fundamental de los estudiantes que optaron, en algunos casos, por la radicalización de la política vía lucha armada. De esto se desprende el alejamiento de estas organizaciones de las masas. Esta forma de comprensión de la política, que denominamos la *impronta como discurso*, ocasionó la bifurcación entre las OPM y las organizaciones populares, y constituyó, a la larga, uno de los factores del fracaso de su intento de transformación.

Por otro lado, en una significativa parte de la producción teórica de la intelectualidad orgánica de la izquierda en Ecuador, existió una fuerte interpretación liberal del marxismo. Esto devino en la centralidad que adquirieron en el discurso de los partidos, ejes como democracia, derecho al voto, participación política, reivindicaciones institucionales, etcétera, en detrimento de otros ejes asociados como «radicales», o de «raíz» anticapitalista. En sí, el sistema de partidos de la democracia burguesa se convirtió en la punta de lanza de la lucha política. Esto, en cuanto a la creación del sujeto, implicó asumir a la población en capacidad de *sufragio*, como el sujeto con posibilidades de transformar las cosas. En este acápite se ubican partidos como el PSE, el PCE y el PCMLE. No obstante, siguiendo a Fernando Velasco, la presencia liberal en la izquierda ecuatoriana tiene antecedentes longevos.

El sujeto revolucionario pensando desde el concepto de *pueblo*, resultó otra de las fórmulas en las que parte de la intelectualidad orgánica de la izquierda del período naufragó. Este mecanismo implicó una suerte de explicación abstracta de los sectores que componían el «sujeto». Aquí podemos hacer mención a organizaciones como el PCE, AVC y, más lejos, el PSE. Este planteamiento fue formulado, en la mayoría de los casos, por fuera del análisis marxista, siendo influenciado por la ola populista en la región y por los procesos revolucionarios centroamericanos, sobre todo el nicaragüense. En el caso de AVC, la dicotomía burgués/proletario fue sustituida por la de oligarquía/pueblo. No obstante, existió otra forma de entender el concepto de pueblo, como él de la aglutinación de todos explotados, como planteaba Agustín Cueva, más cercano al concepto de proletariado como sujeto negativo. En este campo podemos distinguir organizaciones como el MRT y el PSRE.

También existió otra interpretación de sujeto revolucionario, ligada al concepto del proletariado como negatividad desde un espíritu anticapitalista, y que integraba a todos los explotados y oprimidos por el capital. Esta variante

prestó mayor atención a la dinámica política y a la realidad ecuatoriana, planteando la unidad de los diversos sectores sociales y populares atravesados por la lógica del trabajo. La unidad obrero-campesina-popular, la obrero-campesina-estudiantil, o la obrero-campesina-indígena constituyeron algunas de sus expresiones. Partidos como el MRT y el PSRE defendieron esta tesis, y en menor medida el PCMLE y el MIR. En el fondo, la propuesta era la vinculación de sectores heterogéneos, sin perder la identidad de lucha revolucionaria socialista. Empero, es preciso señalar, que tanto el PSRE y el MRT, no lograron cristalizar en la práctica los alcances de su reflexión teórica. La unidad de los diversos actores sin desmontarse del planteamiento marxista, no tuvo repercusiones materiales significativas. De ahí que, a la larga el MRT acabaría integrándose a la propuesta del FADI y el PSRE a la del PSE.

Consideramos que para pensar la revolución en nuestra era, sería necesaria una *reinención* de la herencia recibida, teniendo claro que un proyecto revolucionario no triunfa si no está ligado, de manera íntima, a las masas desposeídas y explotadas, y si no se edifica una estrategia por la toma/construcción del poder que rompa con los límites de la política capitalista.

Por último, es preciso dejar abierta la necesidad de una investigación que incorpore a otras organizaciones, que en este estudio –por factores de delimitación– no fueron tratadas a profundidad. Como el Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana (MRIC), el Partido Socialista Popular (PSP) y el Movimiento Socialista de Trabajadores (MST) (de corte trotskista). Así como que se profundice en los casos MPL y OPM.

EPÍLOGO

Llamarada o glacialización de la pradera

De manera particular, creemos en lo que Benjamin creyó: «Nada ha corrompido tanto a la clase trabajadora [...] como la idea de nadar a favor de la corriente» (2010, 65). Esa actitud de «nadar a favor de la corriente» (o de *no leer la historia a contrapelo*, como él mismo dijo), en el caso de la intelectualidad orgánica de la izquierda del Ecuador, se expresó en posiciones dogmáticas, prácticas electoralistas, limitaciones en su praxis política, adopción de esquemas considerados salvíficos, ausencia de una reflexividad más crítica. Consideramos que el deterioro de la capacidad transformadora y negativa de la clase trabajadora, por un rol más «proactivo» al interno de la sociedad capitalista —de la mano de una interpretación liberal del marxismo—, fue una de las razones de la «domesticación» y pérdida de capacidad revolucionaria de una clase, que según la praxis marxista debía sustituir el estado de las cosas.

Entender el pasado, implica transformar el presente. Combatir los bajos fondos antiguos, supone luminosidad en el ahora. Criticar la miopía de la izquierda anterior, clarifica la lucha revolucionaria actual. Negarse a repetir los viejos errores, afirma la construcción de nuevas verdades. Matar al decrepito sujeto funcional al capital, abriga el nacimiento vigoroso de un sujeto revolucionario enemigo acérrimo del estado de las cosas. Benjamin plantea una tesis muy sugerente:

El sujeto del conocimiento es la misma clase oprimida que combate. En Marx aparece como la última clase esclava, como la clase vengadora, que lleva a su fin la obra de la liberación en nombre de las generaciones de vencidos. Esta conciencia [...], ha sido siempre desagradable para la socialdemocracia. [...] La socialdemocracia se complacía en asignar a la clase trabajadora el papel de redentora de las generaciones futuras. Así se cortaba el nervio fundamental de su fuerza. En esta escuela la clase desaprendió tanto el odio como la voluntad de sacrificio. Pues ambos se nutren de la imagen de los antepasados oprimidos y no del ideal de los descendientes libres. (Benjamin 2010, 67)

Cerramos el análisis, afirmando que el abismo más sentido para la izquierda, *tanto ayer como hoy*, ha sido insistir en una práctica política perma-

nentamente jaloneada por la fuerza de atracción de los mecanismos de *contienda* legal, jurídica, constitucional, electoral, o por un programa de acción inmediatista; perdiendo de vista (so pretexto de «acumular fuerzas», «de no es el momento», «no hay condiciones», o «solamente es un factor táctico») la totalidad de la *lucha* política proletaria, la guerra sin cuartel contra el enemigo de clase, y la necesidad imperiosa de hacerse de los dos axiomas más importantes del concepto de la política marxista: la contradicción (anticapitalista) y la universalidad (comunista).

Bibliografía

- Aguirre, Manuel Agustín. 1983. «El marxismo, la revolución y los partidos Comunista y Socialista en Ecuador». En Instituto de Investigaciones Sociales, edit., *Carlos Marx: En homenaje en su centenario de muerte: IV Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador*, 3-66. Cuenca: Instituto de Investigaciones Sociales-Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Cuenca.
- Almeida, Laura. 2007. *Antología*. Quito: La Tierra.
- Álvarez Litben, Silvia Graciela. 1999. *De huancavilcas a comuneros: Relaciones interétnicas en la provincia de Santa Elena-Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Anderson, Perry. 2015. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Aricó, José. 2010. *Marx y América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- AVC. 1985. «Mientras haya algo que hacer nada hemos hecho. MHQH». Documento inédito (Quito).
- Baño, Rodrigo, y Ángel Flisfisch. 1988. «El colapso de la Unidad Popular y la democracia chilena». En Dieter Nohlen, comp., *Reforma política y consolidación democrática: Europa y América Latina*, 41-62. Caracas: Nueva Sociedad.
- Benavides Morales, Ana Cristina. 2014. «La izquierda ecuatoriana: Discurso y praxis en los años ochenta». Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador (FLACSO-E), Quito.
- Benjamin, Walter. 2010. *Ensayos escogidos / Walter Benjamin*. Selección y traducción H. A. Murena. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Borón, Atilio. 2006. «Clase inaugural: Por el necesario (y demorado) retorno al marxismo». En Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina González, comp., *La teoría marxista hoy: Problemas y perspectivas*, 35-52. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Cárdenas, Mireya, y Miguel Jarrín. 2011. *¿Dónde está la sangre del pueblo?* Quito: Ministerio de Cultura del Ecuador.
- Casullo, Nicolás. 2008. *Las cuestiones*. Buenos Aires: FCE.
- Caycedo Turriago, Jaime. 1999. «El sujeto histórico y su complejidad». En Jaime Caycedo Turriago y Jairo Estrada Álvarez, comp., *Marx vive: Siglo y medio del Manifiesto Comunista: ¿Superación, vigencia o reactualización?*, 277-92. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Unibiblos.
- Chávez, David. 2012. *Encuentros en la negatividad: Marx y América Latina. La interpretación de Alejandro Moreano*. Quito: Malaidea.

- Chávez, José. 2014. *El «Conejo» Velasco y la lucha de los trabajadores en la década del 70*. Quito: s. e.
- CONADES. 1979. *Plan ecuatoriano para el desarrollo de los recursos humanos*. Quito: CONADES.
- Cueva, Agustín. 1998. *La teoría marxista: Categorías de base y problemas actuales*. Quito: Planeta.
- Debray, Régis. 1975. *La crítica de las armas*. Madrid: Siglo XXI.
- Dussel, Enrique. 1994. «Teología de la liberación y marxismo». En Ignacio Ellacuría, comp., *Mysterium liberationis: Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, 115-44. Madrid: Trotta.
- Echeverría, Bolívar. 1965. «Posibilidad del cambio». Quito: Pucuna 6.
- . 1971. *¿Qué significa la palabra revolución?* Quito: Procontra 1.
- . 2011. *Modernidad y blanquitud*. México DF: Era.
- . 2012. *Valor de uso y utopía*, 2a. ed. México DF: Siglo XXI.
- Fanon, Frantz. 1969. *Los condenados de la tierra*. México DF: FCE.
- Fournet-Betancourt, Raúl. 1993. «Reflexiones en torno a la significación de la filosofía y la teología latinoamericana de liberación». En Universidad Autónoma del Estado de México, edit., *América Latina, historia y destino: Homenaje a Leopoldo Zea*, 245-8. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Goulder, Alvin G. 1989. *Los dos marxismos: Contradicciones y anomalías del desarrollo de la teoría*. Madrid: Alianza.
- Gramsci, Antonio. 2013. *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gutiérrez, Gustavo. 1994. «Pobres y opción fundamental». En Ignacio Ellacuría, comp., *Mysterium liberationis: Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, 303-22. Madrid: Trotta.
- Habermas, Jürgen. 2000. «La desobediencia civil: Piedra de toque del Estado democrático de Derecho». En *Ensayos políticos*, 56-86. Barcelona: Península.
- Hardt, Hannah. 2004. *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Harris, Richard. 1985. «La transformación revolucionaria de Nicaragua». En Richard Harris y Carlos Vilas, edit., *La revolución en Nicaragua: Liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, 9-16. México DF: Era.
- . «Liberación nacional, democracia popular y transición al socialismo». En Richard Harris y Carlos Vilas, edit., *La revolución en Nicaragua: Liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, 331-50. México DF: Era.
- Hart Dávalos, Armando. 1989. *Pensar al Che: Retos de la transición socialista*, t. 1(a) y 2(b). La Habana: Centro de Estudios sobre América Latina / Ed. José Martí.
- Hidalgo, Telmo. 2010. *Reforma agraria, ideología y política*. Quito: La Tierra.
- Hobsbawm, Eric. 2012. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Ibarra, Hernán, introducción y selección. 2013. *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*. Quito: Ministerio Coordinador de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Ishida, Yoshihiko. 2007. «Althusser y la cuestión del sujeto». *Youkali: Revista crítica de las artes y el pensamiento*, No. 4, *Subjetividad, sujeto, sujetos* (diciembre), (Madrid: Tierra de Nadie): 73-8.
- Jarrín, Arturo. 2004. *El cementerio de los vivos*. Quito: Arco Iris.

- Korsch, Karl. 1978. «Algunos supuestos básicos para una discusión materialista acerca de la teoría de la crisis». En Anton Pannekoek, Karl Korsch y Paul Mattick, edit., *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, 124-31. México DF: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto. 2008. *Debates y combates: Por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aires: FCE.
- . 2007. *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Larco C., Carolina, y León Espinosa O., introducción y selección. 2012. *El pensamiento político de los movimientos sociales*. Quito: Ministerio Coordinador de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Lefebvre, Henri. 1974. «¿Es revolucionaria la clase obrera?». En Jean Pronteau, edit., *Coloquio de Cabris: Sociología y revolución*, 249-62. México DF: Grijalbo.
- Lenin, Vladímir Ilich. 1973a. *¿Qué hacer?* La Habana: Instituto Cubano del Libro / Ed. de Ciencias Sociales.
- . 1973b. *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. En *Obras completas*, t. IX, 1918-191. Moscú: Progreso.
- . 1974. *El desarrollo del capitalismo en Rusia: El proceso de desarrollo del mercado interior para la gran industrial*. Barcelona: Ariel.
- Lipset, Seymour, y Martin Rokkan Stein. 1992. «Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales». En Albert Battle, edit., *Diez textos básicos de ciencia política*, 231-66. Barcelona: Ariel.
- Lukács, Georg. 1969. *Historia y conciencia de clase*. México DF: Grijalbo.
- . 1970. *Lenin (la coherencia de su pensamiento)*. México DF: Grijalbo.
- . 2004. *Ontología del ser social: El trabajo*. Buenos Aires: Herramienta.
- Luxemburgo, Rosa. 1999. *Reforma ou revolução?* São Paulo: Expressão Popular.
- Mao, Tse-tung. 1972a. *Obras escogidas*, t. I. Pekín: Edic. de Lenguas Extranjeras.
- . 1972b. *Obras escogidas*, t. II. Pekín: Edic. de Lenguas Extranjeras.
- Marcuse, Herbert. 1968. *El final de la utopía*. Buenos Aires: Ariel.
- Mariátegui, José Carlos. 1984. *Obra política*. México DF: Era.
- . 2008. *Sete ensaios de interpretação da realidade peruana*. São Paulo: Expressão Popular / CLACSO.
- Marx, Carlos. 2010. *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Madrid: Ed. Nueva.
- . 2004. *El capital: El proceso de producción del capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- . 1971. *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Ariel.
- . 2007. *La lucha de clases en Francia*. Buenos Aires: Claridad.
- . 1984. *Introducción general de la crítica de la economía política: 1857*. México DF: Siglo XXI.
- . 1970. *Tesis de Feuerbach y otros escritos filosóficos*. México DF: Grijalbo.
- Marx, Carlos, y Federico Engels. 1998. *Manifiesto del Partido Comunista*. Barcelona: Crítica.
- Mattick, Paul. 1978. «Prólogo». En Anton Pannekoek, Karl Korsch y Paul Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, 53-61. México DF: Siglo XXI.
- Mazzeo, Miguel. 2009. *Invitación al descubrimiento: José Carlos Mariátegui y el socialismo de nuestra América*. Buenos Aires: El Colectivo.

- MRT. 1978. *¿Qué es el MRT y qué se propone?* Documento de divulgación. Quito.
- Moreano, Alejandro. 2012. *Alrededor de la teología de la liberación*. Quito: Malaidea.
- . 1976. *Latinoamérica: Desarrollo del capitalismo y pensamiento de izquierda. Política y sociedad*. Quito: Escuela de Sociología y Ciencias Políticas-Universidad Central del Ecuador.
- Muro Rodríguez, Mirtha. 1886. *Nicaragua y la Revolución sandinista*. La Habana: Ed. de Ciencia Sociales.
- Offe, Claus. 1992. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.
- Osorio, Jaime. 2001. *Fundamentos del análisis social: La realidad social y su conocimiento*. México DF: FCE.
- Pannekoek, Anton, Karl Korsch y Paul Mattick. 1978. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* México DF: Siglo XXI.
- Paredes, Ricardo. [1928] 1978. «Informe de la delegación latinoamericana en el debate sobre el problema colonial». En *VI Congreso de la Internacional Comunista. Segunda parte: Informes y discusiones*, 176-86. México DF: Siglo XXI.
- PCMLE. 1991. *Programa general y estatutos*. Quito: Edic. de la Revolución Ecuatoriana.
- Polo Bonilla, Rafael. 2012. *La crítica y sus objetos: Historia intelectual de la crítica en el Ecuador (1960-1990)*. Quito: FLACSO-E.
- Ponce, Aníbal. 1975. *Obras escogidas*. La Habana: Casa de las Américas.
- Proaño, Leonidas. 1974. «La evangelización en la diócesis de Riobamba». En *Iglesia y fe en América Latina: Reflexiones desde Ecuador*, 53-64. Quito: Instituto Ecuatoriano para el Desarrollo Social.
- Pupo Sintras, Héctor Manuel. 2006. *El sujeto de la historia y el sujeto histórico*. Bogotá: s. e.
- Quijano, Aníbal. 1981. *Reencuentro y debate: Una introducción a Mariátegui*. Lima: Mosca Azul.
- Ramos, Jorge Abelardo. 2012. *Historia de la nación latinoamericana*. Buenos Aires: Continente.
- Rodas Chávez, Germán. 2000. *La izquierda ecuatoriana del siglo XX*. Quito: Abya-Yala.
- . 1983. *Reconstitución del PSE*. Quito: La Tierra.
- Saad, Pedro. 1976. *Los problemas de la revolución ecuatoriana: La reforma agraria democrática*. Comité Central del Partido Comunista del Ecuador. Guayaquil: Claridad.
- Sader, Emir. 2009. *El nuevo topo: Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Salem, Jean. 2008. *Lenin e a Revolução*. São Paulo: Expressão Popular.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. 2013. *Filosofía de la praxis*. México DF: Siglo XXI.
- Sánchez, Francisco. 2010. «¿Democracia no lograda o democracia malograda?: Un análisis del sistema político del Ecuador: 1979-2002». *Iconos*, No. 36 (Quito: FLACSO-E): 239-52.
- Sartori, Giovanni. 1999. *Partidos y sistemas de partidos: Marco para un análisis*. Madrid: Alianza.
- Sartre, Jean-Paul. 1967. *¿Qué es literatura?* Buenos Aires: Losada.

- Scott, James. 1990. *Los dominados y el arte de la resistencia: Discursos ocultos*. México DF: Era.
- Shitikov, Mijail. 1986. «El problema del sujeto de la historia». *Varona*, año VIII, No. 7 (La Habana): 158-71.
- Sorel, Georges. 1978. *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Stalin, José. 1977. *Cuestiones del leninismo*. Pekín: Edic. en Lenguas Extranjeras de la República Popular China.
- . 1972. *El socialismo en un solo país: El gran debate (1924-1926)*. Córdoba: Pasado y Presente.
- Terán, Juan Fernando. 1994. *AVC: Revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Thompson, Edward P. 1979. *Tradición, revuelta y conciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.
- Thorp, Rosemary. 1998. *Progreso, pobreza y exclusión: Una historia económica de América Latina del siglo XX*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Tinajero, Fernando. 1987. *De la evasión al desencanto*. Quito: El Conejo.
- Velasco, Fernando. 1979. *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra*. Quito: El Conejo.
- Vila, Carlos. 1985. «Unidad nacional y contradicciones sociales en una economía mixta: Nicaragua 1970-1984». En Richard Harris y Carlos Vila, edit., *La revolución en Nicaragua: Liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, 17-50. México DF: Era.
- Villamizar Herrera, Darío. 1994. *Ecuador 1960-1990: Insurgencia, democracia y dictadura*. Quito: El Conejo.
- Ycaza, Patricio. 2007. *Historia del movimiento obrero: De su génesis al Frente Popular*. Quito: La Tierra.
- . 1994. *Vencer el miedo a ser felices: Creatividad, democracia y soberanía en una época de contrarrevolución y desesperanza*. Quito: Centro para el Desarrollo Social.
- Žižek, Slavoj. 2006. «Against the Populism Temptation». *Critical Inquiry* 32, No 3: 551-74.

Periódicos de los partidos de izquierda ecuatorianos

PCE

- El Pueblo*. 1975 (No. 1032-1031, 1029); 1976 (No. 1058-1042-1041-1038); 1977 (No. 1088, 1127, 1139); 1978 (No. 1187, 1147); 1982 (No. 1373); 1981 (No. 1350, 1372, 1347, 1366); 1987 (No. 1645).
- Juventud Rebelde*. 1974 (No. 33-32-31); 1977 (No. 50).

PSE

- La Tierra*. 1983 (No. 3); 1984 (No. 5, 7); 1985 (No. 14, 15); 1986 (No. 16, 18, 20).
- El Alfarero*. 1978 (No. 4).

PSRE

La Tierra. 1974 (No. 3); 1975 (No. 4); 1978 (No. 2, quinta época); 1979 (septiembre).

Prensa Obrero y Campesina. 1977 (No. 2, 3, 4).

Tribuna Socialista. 1976 (No. 1); 1977 (No. 7).

PCMLE y MPD

En Marcha. 1975 (No. 320, 321); 1976 (No. 322, 346, 347); 1977 (No. 376, 380-390, 398, 400, 401); 1978 (No. 421, 426); 1979 (No. 470-475).

Patria Nueva. 1978.

MIR

Causa Proletaria. 1972 (No. 4, 5); 1974 (No. 6, 7, 8); 1975 (No. 9, 10, 11, 12, 13); 1976 (No. 14, 15, 16, 18, 19); 1977 (No. 20, 21, 22, 23); 1978 (No. 24, 25, 26, 27); 1979 (No. 28, 29, 30); 1980 (suplemento).

Lucha Proletaria. 1977 (No. 6).

Voz Rebelde. 1982 (No. 7).

MRT

Lucha Socialista. 1977 (No. 1).

Nuestra Lucha. 1977 (No. 8).

Tarea Urgente. 1976 (No. 1, 2).

Movimiento. Noviembre de 1980.

AVC

Qué Púchicas Mi País. 1986 (No. 1).

Montonera. 1985 (No. 19, 26).

MPL

¡Aquí estamos compadre! 1986 (No. 7).

Otros periódicos y revistas

Eco de la Segovias. Comité Ecuatoriano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua y el FSLN. 1978 (No. 3); 1979 (No. 9, 10); 1980 (No. 11).

Hoy. 11 de agosto de 1983.

Punto de Vista. 1992 (No. 537).

Entrevistas

Chávez, José. 5 de septiembre de 2014.

Llontop, Alfredo. 26 agosto de 2014.

Oviedo, Jorge. 14 de agosto de 2014.

Villarroel, Marco. 16 de septiembre de 2014.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La Universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la Subregión en Sudamérica, América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución de la Comunidad Andina (CAN). Como tal forma parte del Sistema Andino de Integración. Fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Además de su carácter de institución académica autónoma, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene sedes académicas en Sucre (Bolivia), Quito (Ecuador), sedes locales en La Paz y Santa Cruz (Bolivia), y oficinas en Bogotá (Colombia) y Lima (Perú). La Universidad tiene especial relación con los países de la UNASUR.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. En ese año la Universidad suscribió un convenio de sede con el gobierno del Ecuador, representado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador, mediante ley, la incorporó al sistema de educación superior del Ecuador, y la Constitución de 1998 reconoció su estatus jurídico, ratificado posteriormente por la legislación ecuatoriana vigente. Es la primera universidad del Ecuador en recibir un certificado internacional de calidad y excelencia.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Últimos títulos de la Serie Magíster

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

- 214** Diana Ferro, «NEOARTESANÍA» QUITENÑA: UNA PROPUESTA SUSTENTABLE. Identidad cultural e innovación frente al mito del crecimiento
- 215** Santiago Estrella, MIRADAS A LA IDENTIDAD NACIONAL EN EL FILME *QUÉ TAN LEJOS*
- 216** José Chalco Salgado, PRINCIPIO DEMOCRÁTICO Y LA FACULTAD REGLAMENTARIA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
- 217** Juan Francisco Guerrero del Pozo, EL AGOTAMIENTO DE RECURSOS PREVIO A LA ACCIÓN EXTRAORDINARIA DE PROTECCIÓN: ¿Un presupuesto material o procesal?
- 218** Julia Ortega, LOLITA: CRIATURA FANTAMÁSTICA. La adaptación del libro de Vladimir Nabokov al cine
- 219** Jorge Touma, EL PROCEDIMIENTO ABREVIADO: Entre la eficacia judicial y el derecho a la no autoinculpación
- 220** Hugo Palacios, ARTE EN EL TRANSPORTE PÚBLICO DE QUITO
- 221** Juan Carlos Mena Serrano, EL ARTE DEL CÓMIC EN ECUADOR
- 222** Saudia Levoyer, LOS HURACANES QUE ARRASARON EL SISTEMA DE INTELIGENCIA
- 223** Wilmer Miranda, LOS PARADIGMAS DE LA DISCAPACIDAD EN LAS POLÍTICAS ESTATALES Y EN EXPERIENCIAS CULTURALES
- 224** Elsa Guerra Rodríguez, LA MUJER COMO FIN EN SÍ MISMA: Desentrañando las implicancias del aborto clandestino en Ecuador
- 225** Andrés Salazar, LA AUTORÍA MEDIATA POR DOMINIO DE LA VOLUNTAD EN APARATOS DE PODER ORGANIZADOS: Comisión de la Verdad del Ecuador 2010
- 226** Andrés Madrid, EN BUSCA DE LA CHISPA EN LA PRADERA: El sujeto revolucionario en la intelectualidad orgánica de izquierda en Ecuador, 1975-1986

Cuando Mao Tse-tung aplicó la tesis de «una sola chispa puede incendiar la pradera» demostró con brillantez cómo la investigación teórica sobre la constitución del sujeto –la «chispa»– fue determinante para el éxito de la revolución. Es justamente esta búsqueda, pensada desde la historia política del Ecuador, el hilo conductor de este libro.

¿El sujeto revolucionario está en la clase obrera industrial, en el campesinado, en los estudiantes, en los maestros o en el «pueblo»? ¿es la ciudadanía votante, el proletariado o «los nuevos sujetos»? ¿o son los mismos revolucionarios?

¿El sujeto revolucionario depende de la voluntad militante o de la predeterminación material? ¿De las condiciones coyunturales creadas o de las estructurales dadas? ¿Es víctima o victimario de la historia? ¿La revolución es un acto creacionista o una fatalidad histórica?, ¿o es una amalgama de lo anterior?

Este libro se ocupa del estudio de las ideas sobre el sujeto revolucionario en los discursos del PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR y AVC entre 1975 y 1986.



Andrés Madrid Tamayo (Quito, 1983) es Licenciado en Artes (2008) por la Universidad Central del Ecuador, Quito; Magíster en Estudios Latinoamericanos, con mención en Política y Cultura (2015) por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito. Actualmente se desempeña como docente de Teoría política en la Escuela de Sociología de la Universidad de Guayaquil. Es actor, sociólogo autodidacta y marxista.

ISBN: 978-9978-84-995-8



9789978849958